

1021

J. L. Estrada

I/8905

E/1001

El Húsar.



X-61-119654-1

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104877909



El Húsar,

Ó LA

FAMILIA DE FALKENSTEIN.

CAPITULO PRIMERO.

MAQUINACIONES FRUSTRADAS

EN este tiempo el baron Aloisio de Falk hizo una visita á su hermano. Wenzel habia ido á verle en varias ocasiones, pero nunca le iustó para que fuese á su casa. Algunas veces conversando con su confidente Jorge, le decia que su hermano era un pobre hombre, de escelente carácter; pero que la Baronesa

era una furia , pues por su altanería se podían considerar sus pobres vasallos como si estuviesen á las puertas del infierno , en tanto que los habitantes de Falkenstein gozaban de tranquilidad y toda clase de comodidades , y que no le inquietaba mucho que su hermano no se acordase de visitarle. Semejante frialdad de parte del Conde alarmó á la Baronesa ; y sin embargo de la distancia que habia desde Steinau á Falkenstein , persuadió á su esposo emprendiese este viaje. Apenas llegaron al castillo , la Baronesa examinó con escrupulosa atención la casa , la población , la naturaleza de las tierras , y calculó cuanto podría valer todo.

Viendo que Irene se daba todo el aire y la importancia de ama de la casa , y que su cuñado no oponía á ello el menor reparo , conoció cuan ventajoso sería para el logro de sus miras grangear-

se la amistad y proteccion de Irene , mostrándose con ella muy afectuosa; pero esta correspondió con circunspeccion á las señales de amistad de la Baronesa. La conversacion empezó por monosílabos , exclamaciones y rodeos , hasta que en fin llegaron á ponerse de acuerdo sobre el punto que ambas deseaban tratar.

— Querida , dijo la Baronesa , ¡ que despilfarro se observa en esta casa ! Vos , á quien no falta talento y penetracion , deberiais hacer algunas observaciones al primo , que no dudo os escucha con la mayor deferencia.

— ¡ Ah querida prima ! contestó Irene , Dios sabe cuanto le digo , pero todo es en balde. Aquí se perdonan los arrendamientos á los vasallos , se les dá madera y cal para labrar sus casas , granos para la sementera , y hasta las caballerías , y todo por consejo de... ¿No habeis repa-

rado en aquel hombre vestido de negro?
¿Que juicio formais de él?

— Yo!... vos debéis conocerle mejor.

— Pues bien, sabed que todas las lindas ideas de la profusion, que aquí se observa, son dictadas por él.

— Si ocupara yo vuestro lugar, diria á mi cuñado que...

— ¡Dios nos libre! El sabio anciano es su favorito.

— ¡Oh Dios mio! Segun lo que preveo, mis hijos solo hallarán aquí algun dia deudas, en vez de una pingüe herencia.

— ¿Pues que no puede casarse mi primo? dijo Irene con frialdad, y dando dos pasos atrás como asombrada.

— A lo menos, respondió la Baronesa, así nos lo ha prometido cuando estuvo la primera vez en Steinau.

Irene quedó pensativa por unos instantes; y al fin dijo con una indiferencia afectada:

— Es verdad que si todos los bienes pudiesen reunirse en una sola familia , sería muy conveniente ; pero... ¿habeis reparado en Claudia ?

La Baronesa se acercó con precipitación á Irene , y tomándola por la mano , la dijo con asombro :

— Como ! ¿ Qué queréis decir con eso ? Esa estúpida , que apenas habla , ¿pretendería... ?

— ¡ Ah Baronesa ! guardaos del agua mansa. ¿ No habeis reparado las atenciones que continuamente la prodiga el Conde y las ricas y costosas joyas que la adornan ? Pues él se las ha regalado , porque dice gusta de verla bien ataviada.

Durante esta conversacion , la Baronesa descubrió las profundas arrugas del rostro de su prima , y notó al mismo tiempo que el brillo de sus mejillas era distinto del que prometia su edad.

Para aclarar mejor sus sospechas dijo á Irene :

— Claudia! no, jamás. Si mi cuñado pensara en casarse, Dios me es testigo, le rogaría todos los dias le colmase de bendiciones; pero para que mi placer fuese completo, quisiera eligiese una esposa amable, prudente, dotada de la madurez necesaria para aconsejarle su deber, como por ejemplo, vos.

Esta palabra produjo en Irene el efecto mágico que la Baronesa esperaba. El rostro de Irene se cubrió de un color diferente del carmin que ordinariamente ocultaba su constante palidez; tomó las manos de la Baronesa, y las estrechó contra su corazón, que sagaz en extremo, conocia demasiado bien que no era aquella muger la que obligaría á su cuñado á mudar de intencion; pero deseando penetrar las ideas de su parienta, la manifestó cuanta satisfaccion tendria

no poderla considerar como hermana y prima.

Irene, sumamente alegre con este discurso, refirió no sin exhalar algunos suspiros y aparentando al mismo tiempo el pudor propio de una doncella, el estado de confianza en que se hallaba con el primo, y tambien que habia recibido el homenaje de sus vasallos sentada á su lado bajo el mismo dosel. Esta relacion llena de fuego atormentó bastante á la Baronesa, que no sabia que partido tomar: apartó su silla de la de Irene, y su rostro fue tomando cada vez un aspecto mas serio, lo que la obligó á callar temerosa de haber dicho demasiado. Estas dos mugeres desconfiaban una de otra, aunque estaban muy acordes en cuanto á la urgente necesidad de alejar á Claudia del castillo, y en particular la Baronesa, que cada vez que miraba el pintado rostro de su prima, se persuadia

íntimamente que nunca su cuñado podría tener la extravagancia de unirse á aquella vieja figura.

Aunque Falk habia renovado á su hermana la promesa de no casarse , esta temia con razon que los hermosos ojos y los diez y siete años de Claudia burlasen todas sus esperanzas. Para salir mejor con su intento , afectó un extremo cariño á la huérfana , que atraída por sus dulces modales , la correspondió con la mas viva ternura. La Baronesa no tardó en comunicarla su proyecto de llevarla consigo á Steinau ; la habló de sus hijas , de los placeres y diversiones que disfrutaria en su compañía : mas Claudia aterrada con estas proposiciones , no la respondió nada , por lo que la Baronesa se dirigió á su cuñado.

Le representó que el genio taciturno de Claudia provenia de la vida sedentaria que llevaba en aquella soledad , don-

cercada de hombres de poca educa-
 ción, la era preciso conducirse con la
 reserva propia de una doncella honesta ;
 y estar en un absoluto retiro no se
 podía llamar vida : y que convendría que
 se la llevase á su casa , donde en com-
 pañía de sus hijas , casi de una misma
 edad, pasaria dias mas alegres. Wenzel ,
 que en vano habia procurado adivinar el
 origen de la tristeza de Claudia , contes-
 tó á su hermana tenia razon , y que él
 no habia atinado con el origen de la pe-
 na que siempre notaba en ella.

La Baronesa anunció á Claudia que
 el Conde, penetrado de que una casa lle-
 na de húsares no era morada decente
 para una doncella, la habia rogado la
 llevase consigo á Steinau : este discurso
 fue apoyado por Irene con una cruel
 alegría. Al oír esto Claudia perdió el
 color , y á no asirse del brazo de la Ba-
 ronesa , habria caído en tierra. Nada res-

pondió, porque no estaba dispuesta á contrariar en lo mas mínimo la voluntad de aquel por quien gustosamente hubiera sacrificado mil vidas.

Las dos primas dijeron á Falk que la jóven consentia en partir, y aun él mismo la habló del asunto en la mesa. La triste huérfana bajó la vista, y se retiró á su estancia para evitar que su protector notase la turbacion de su semblante y el terrible dolor que le causaba una proposicion de tal naturaleza.

Viéndola Jorge salir de la sala con pasos trémulos é inciertos, la siguió y la preguntó si se hallaba indispuesta.

— ¡ Ah Jorge ! respondió con voz apenas inteligible : es forzoso que yo parta... que deje esta mansion... ¡ Ay de mí ! Jorge, si te fuese preciso separarte de tu amo, dime francamente : ¿ podrias hacerlo sin morir de dolor ?

Claudia estaba firmemente persuadida

que todos los hombres miraban como
 al noble Falk.

Jorge reflexionó un momento, y des-
 pues la preguntó con aire compasivo :

— Amada señorita, ¿salís con pesar
 del castillo?

— ¡Oh Dios! ¿Si salgo con pesar, dices?
 No, no podré sobrevivir á semejante des-
 gracia.

— Pero en Steinau disfrutaréis mas
 placeres.

— ¡Ay de mí! pero no le veré mas!

— La Baronesa os ama, sus hijas son
 bellas y amables...

— Mas no oiré allí su voz, Jorge.

— Sin embargo, amable señorita,
 aquí en medio de los húsares...

— ¡Oh buen Jorge! ¡Si yo ocupase tu
 puesto, si tuviera á mi cargo cuidar del
 Relámpago y cada mañana pudiese mon-
 tar á caballo para acompañarle á pa-
 seo!...

al fuego todos sus libros, porque en ellos solo se encuentran palabras vanas, y aquí hay hechos. Diantre! si yo me atreviese á hablar á mi amo..... No, esto seria obrar contra el respeto.... Sin embargo, la pobre doucella cuenta conmigo, y yo haré en su favor todo lo que esté de mi parte.

Acabado este soliloquio entró en la estancia de su amo con pretesto de poner en órden las cosas, y dió mil vueltas al rededor de la mesa donde se hallaba sentado. Como no era permitido á sus domésticos, hablarle sin que él les preguntase, Jorge hizo tales ademanes, y se enjugó tantas veces los ojos, que al fin Falk le preguntó con aire impaciente qué era lo que tenia.

— ¡Ay señor! respondió Jorge, no soy yo el verdaderamente afligido... acabo de ver ahora un rostro pálido como el de la muerte, y unos hermosos ojos llenos

de lágrimas... Ah ! el corazon se me despedaza.

— ¡ Oh Dios ! ¿ Qué hay pues...

— La señorita Claudia.

— ¿ Qué tiene ? preguntó Falk sobresaltado.

Jorge no queria confesar que él era el confidente de Claudia : sus lecturas le habian hecho circunspecto...

— ¡ Ah mi querido amo ! dijo : yo bien sé que estando en la mesa la dijisteis se preparase para marchar á Steinau, cuya órden casi la puso á peligro de perder el sentido. Cuando se levantó para salir del comedor , observé que caminaba con pasos vacilantes , y temiendo se hallase indispuesta , la seguí para darla algun socorro. Con efecto, señor ; sus rodillas apenas podian sostenerla ; bajó al cuartito oscuro, de donde la habeis sacado cuando llegasteis al castillo. Yo miré al pasar, y ví á la buena señorita sentada

sin movimiento, y que de sus ojos salia un raudal de lágrimas. No ignorais, mi señor, que á nuestra llegada aquí la pobre niña estaba subordinada á todos, y principalmente á Irene...

— ¿ Quien te mete en eso, pícaro ?

Jorge, que ya habia dado un paso bastante avanzado en el asunto, continuó con audacia : — Vos obrais con esta pobre huérfana como un padre tierno y sensible, señor; ella no puede apartarse de vuestro lado, del mismo modo que yo no puedo hacerlo, aunque fuese á precio de ascender á teniente.

Falk volvió la cabeza para ocultar la visible emocion de su semblante.

— Jorge, dijo al fin, no se trata de usar de violencia. Si Claudia no gusta salir del castillo, puede quedarse : yo hablaré á mi hermana. Pero Jorge; esta amable jóven no me parece que aquí es dichosa, y por eso yo creia...

— Ya se ve , mi Comandante , porque siendo tan superior á nosotros no puede gustar de la sociedad con mis iguales. Además , la señora Irene quizá la encuentre demasiado linda para...

— Acaba , Jorge.

— Voy á deciros mi pensamiento. Yo creo que el ejercicio distraeria mucho á la señorita Claudia , y si tuvieseis un caballito bien adiestrado y manso para que pudiera pasearse.... No sabeis cuanto la gustan los caballos : cuando salimos por la mañana, he observado se pone detrás de la cortina á mirarnos como caracoleamos , y á nuestra vuelta baja al patio á dar bizcochos al Relámpago.

— ¿Al Relámpago ?

— Si señor, y despues dándole palmaditas en el cuello le ruega con dulzura modere su fogosidad cuando os lleva sobre sus lomos.

Falk volvió la cabeza para ocultar se-

gunda vez su conmoción , porque la bella Claudia dando bizcochos al fogoso animal con su pequeña y blanca mano presentaba un delicioso cuadro á su imaginacion ; y la encantadora hija de un húsar montada en un caballito Litauiano y trotando á par suya por montes y vallados , era una idea para él aun mas agradable.

— Todos los meses hay feria de caballos en Kesberg, dijo á Jorge ; si encuentras uno cual conviene para Claudia , cómprale. Al fin , la hija de un húsar debe tener las mismas inclinaciones que su padre , y yo quiero proporcionarla cuanto pueda contribuir á su distraccion,

« ¡ Par diez ! exclamó el dichoso Jorge luego que se halló en la antecámara : si yo logro que salga á caballo, apuesto que no tardaré mucho en colocarla en el sillón de terciopelo , y acaso en el lecho nupcial. ¡ Oh mi amado y buen señor !

cuanta será entonces mi alegría!» Y sin detenerse, fue precipitadamente al cuarto de Claudia, y la dijo : — Os quedaréis aquí, mi amada señorita. Pero aun debo deciros una cosa importante : Relámpago pierde mucho de su fogosidad cuando le dais bizcochos ; y debo añadir que mi amo quiere tanto á este caballo , que galopa con él como un diablo á riesgo de romperse la cabeza... No os asustéis, señorita, continuó viendo la palidez de que se cubrió el rostro de Claudia ; pues tenemos un medio de evitar esta desgracia. Siendo hija de un húsar, ¿porque no os determinais á montar á caballo? De este modo, obligándole á pasearse mas despacio, evitariais los riesgos á que continuamente está espuesto.

Claudia ofreció hacer lo que Jorge proponia , y este al tiempo de retirarse , iba diciendo entre sí : «esto es hecho; cada uno sigue la senda que le parece me-

jor... saldrá lo que Dios quiera ; pero yo tambien he leído libros de caballería y sé lo que hace falta á mi amo.

Entretanto Claudia era feliz : permanecia en el castillo por gusto de Falk , y solo turbaba su alegría el recuerdo de los daños á que se esponia su protector ; y deseaba con ansia poner en ejecucion el medio inventado por Jorge para precaverlos. Su imaginacion se exaltaba al considerar que iba á pasearse á caballo en compañía de Falk , y apoderándose de ella esta idea, la seguia hasta en el sueño.

Falk anunció á Irene y á la Baronesa que Claudia no saldria del castillo , y no quiso escuchar cuantas razones emplearon ambas para hacerle mudar de intento.

Aquella noche Jorge pensó que si al dia siguiente su amo mandaba le llevasen á Relámpago para salir á paseo, era la mejor señal; y por lo mismo á la mañana le

preguntó con toda malicia cual caballo queria montar en aquel día. Falk contestó sin titubear que el Relámpago.

Cuando volvieron de paseo, Claudia estaba detrás de la cortina, lo que no se escapó á Falk. Dos minutos despues, Jorge vió á su amo en el mismo sitio que Claudia acababa de dejar luego que Falk bajó del caballo, observando por detrás de la cortina como la hermosa doncella presentaba bizcochos á Relámpago, y daba con su blanca mano palmaditas en el cuello del fogoso animal.

Irene no sabia que furia del infierno habia destruido su plan. Estaba segura que Claudia no habia dicho una palabra al primo; y sin embargo, observó con dolor que Falk durante la comida lanzaba á la huérfana miradas espresivas. La jóven, segun su costumbre, tenia los ojos fijos en el plato, y siempre muda y atenta escuchaba con placer todas las pa-

ras que salian de los labios de Falk. Cuando Irene y la Baronesa se vieron solas, aquella manifestó lo urgente que era la partida de Claudia, en lo que consultó la Baronesa. Hablaron del intendente de bosques; y como tenia su residencia entre Falkenstein y Steinau, la Baronesa se encargó de hablar con él y aconsejarle, para saber si seria capaz de emprender una accion arriesgada, á fin de asegurarse la posesion de aquella á quien con sobrado motivo tanto temian. Irene hizo creer á la Baronesa que el intendente era en extremo atrevido, asegurándola al mismo tiempo que Claudia era como un tierno pajarillo, y que sostándola se haria de ella cuanto se quisiese, pero que convenia no dilatarlo mucho.

Las dos primas acordaron mantener una correspondencia seguida, y se apartaron muy contentas la una de la otra,

contando Irene desposarse con el Conde, y la Baronesa con heredar sus bienes, si lograban apartar á Claudia de su vista.

Sin embargo, Irene no pudo contener por mucho tiempo su furor al ver las continuas atenciones con que Falk trataba á Claudia. Un dia la preguntó muy colérica si entraba en sus planes el ser algun dia la condesa de Falk. A pesar de la sorpresa que causó á Claudia semejante pregunta, conoció por primera vez la fuerza de la llama secreta que ardia en su corazon, y que tenia una rival en su tia. Entonces penetró los motivos porque habia tratado alejarla de Falkenstein, y por los que ella sentia tanta repugnancia en resolverse á partir : un torrente de lagrimas salió de sus ojos ; sus deseos le parecian insensatos, y al mismo tiempo temia verlos frustrados. Sin embargo, un nuevo sentimiento que empezaba á conocer, la infundió sobrado valor para de


CAPITULO II.
**LA AMAZONA.**

Ocho dias pasaron sin ocurrir cosa notable; en cuyo tiempo Jorge, conforme las órdenes de su amo, habia ido á Kesberg y comprado el mas hermoso caballo para señora que pudo encontrar. Al verle Falk, dudó que Claudia se determinase á subir en él.

Irene, así como todos los envidiosos, estaba destinada á hacer que Claudia pasase por todos los grados de la felicidad. Hablando un dia Falk con ella, se valió de un pretesto para venir á recaer en su proposicion, y al efecto habló del conti-

nno retiro de Claudia. Irene tomó al instante la palabra , y le dijo :

— Teneis razon , y yo lo digo todos los dias : esta jóven no puede continuar viviendo así ; miradla bien el rostro ; convendréis en que es necesario que se distraiga.

— No , yo no la creo enferma ; al contrario , está fresca como una rosa : pero con todo , me parece là seria conveniente el ejercicio y respirar el aire.

— Si , interrumpió Irene , bueno es que mude de aires. Un corto viaje á Steinau...

— Nada adelantará con eso : un viaje dentro de un coche allige mas que distrae á una persona de genio melancólico. El cirujano de mi regimiento tenia razon cuando aseguraba que el ejercicio á caballo era el mejor de todos. Yo quiero que Claudia vaya á Steinau , pero no en coche.

Irene observó interiormente que poco importaba el modo como debiese ir su sobrina á Steinau , con tal que se ausentase de allí ; y despues hablando con su primo , dijo :

— Ciertamente que habeis acertado el unico remedio para distraer á Claudia. Nuestro difunto tio decia con frecuencia: á caballo , el caballo... y cuando dejó de hacer ejercicio á caballo , empezó á enfermarse. Sí , es preciso que Claudia vaya de este modo á Steinau.

Falk mandó sacasen de la cuadra el hermoso caballito , y que lo llevasen al picadero : en seguida fue en busca de Claudia , y la dijo con una dulce sonrisa :

— Querida , siendo hija de un húsar , ¿ porque has de pasar dias enteros con la aguja en la mano?... Esto perjudica á tu salud ; y es necesario , segun dice Irene , que hagas algun ejercicio corporal.

Al nombre de Irene , Claudia se alar-

mó ; pero Falk sin advertirlo continuó :

— Ven conmigo , pues he comprado para tí un lindo caballo. Oh ! aunque tuviese diez hijas , haria que todas se instruyesen en este ejercicio : yo te considero como una hija mia , y quiero darte algunas lecciones ; ven , mi querida Claudia.

— Qué ! ¿ yo he de montar á caballo ? respondió ? y al mismo tiempo la alegría sonroseó sus hermosas mejillas.

— Es manso como un cordero , prosiguió Wenzel , y no hay ningun riesgo en subir en él : yo sé muy bien que te gustan los caballos , y mi Relámpago tiene mucho que agradecerte : tú le das bizcochos...

— Ah ! interrumpió Claudia con timidez ; eso es porque Relámpago... y no pudo proseguir asustada de sus mismas palabras.

— Diablo ! dijo Falk sin comprender

el sentido de ellas; no te juzgaba yo con tanto valor; y si Relámpago no fuese tan inquieto, y tan vivo, estaría á tu disposicion.

Claudia pensó que venciendo su natural timidez conseguiria que su noble protector no se espusiese tanto: se decidió á salir, pero no bien hubo dado dos pasos, preguntó á Falk si el traje en que se hallaba era cual convenia para el ejercicio á caballo. Falk contestó que no habia dado en ello; pero que creia no hubiese dejado Jorge de proveer á todo: y sin aguardar respuesta salió del aposento.

En efecto, Jorge no tardó en traer un elegante vestido de amazona y un sombrero de finísimo castor, adornado de muchas plumas.

Claudia recibió el vestido con una alegría inesplicable: ¡cuan dichosa se consideraba en aquel momento! Todas

las señales de tristeza habian desaparecido de su rostro. Bastaba que su noble protector hubiese manifestado un deseo, para que ella no titubeara en cumplirle; y sin mas detenerse se retiró á su gabinete, donde se vistió precipitadamente. se rizó sus rubios cabellos, se acomodó el sombrero con plumas, y echando una mirada al espejo, su rostro se cubrió de un vivo carmin al ver su encantadora belleza. Jorge, que la esperaba en la antesala, la entregó una fusta, y la aconsejó no tuviese ningun temor, pues el caballo era muy dócil. Aun dudaba si se prestaría á los deseos de su noble protector; pero acordándose de repente de Irene, y de las palabras *condesa de Falk*, se revistió de un valor extraordinario, y con la majestad de una reina y la modestia propia de una doncella, se presentó á Falk, que al verla quedó mudo de sorpresa. Un sentimiento de gozo y

La melancolía se apoderó de su pecho; sin apartar la vista de la bella amazona, la saludó con mas respeto que hasta entonces habia mostrado á nadie.

Señorita, la dijo, me es muy grato hayais tenido la bondad de prestaros á mis deseos; y en seguida la instruyó del uso que debia hacer del estribo, de la brida y demas arreos.

El buen Falk en su vida se habia visto tan turbado para dar estas simples nociones de equitacion, como entonces; pero su turbacion tomó mayor incremento cuando entregó las bridas á Claudia, pues tenia á su parecer asida la mano mas linda del mundo. Siendo preciso subir en la silla, Falk colocó el pie de Claudia en el estribo; pero al ver los borceguies de talilete encarnado que encerraban un bonito pie, su corazon latió con mayor fuerza. Continuó sus lecciones hasta verla sentada en la silla,

y despues la instruyó en el modo de tener la brida , y en hacer volver el caballo á uno y otro lado.

Claudia, encarnada como la rosa, escuchaba las lecciones con mucha atencion, comprendiéndolas bien y pronto ; pero el maestro siempre encontraba algo que reprender sobre el modo de llevar la brida , acaso para tener un pretesto de tocar la hermosa mano de su discípula.

Irene estaba bien agena del golpe que la amenazaba. Cuando su primo dijo era necesario que Claudia montase á caballo , creyó que su sobrina iria á Steinau sobre un caballo dócil como los en que ordinariamente se lleva la fruta al mercado. Al ir á llevar esta nueva á Claudia, oyó las voces que daba su primo , y asomándose á la ventana , preguntó á un húsar el motivo de las alegres exclamaciones de su Comandante.

— Señora la respondió, está dando lecciones de equitacion á la señorita Claudia , y par diez que las comprende á las mil maravillas , y por eso manifiesta tanta alegría el Comandante.

— Como ! respondió alterada ; ¡ á Claudia !.... y dirigiendo la vista á lo lejos , divisó en el picadero una dama montada á caballo , trotando al lado de Falk. Este espectáculo hizo en ella el efecto del rayo : se retiró de la ventana llena de despecho , pues acabó de conocer que todo estaba perdido para ella. ¡ La falsa !... esclamaba con acento dolorido.... pero volviendo en sí , añadió : ¿ porque me desespero ? ¿ No puedo yo tambien como ella montar á caballo ?... Esta idea la tranquilizó en parte , y poniendo el mayor cuidado en ocultar su despecho , marchó al dia siguiente á la ciudad con el fin de mandar hacer un vestido mucho mas maguífico que el

de Claudia ; porque, gracias á la generosidad de Wenzel, se hallaba en estado de sostener estos gastos, por haberla asignado una cantidad determinada para vestirse. Al cabo de algunos dias volvió al castillo á tiempo que Claudia y Falk seguido de sus húsares, habian salido á dar un paseo. Entonces, vistiéndose el traje de amazona, bajó á la cuadra, y encontrando á un solo húsar en ella, le ofreció una buena recompensa y el mas inviolable secreto si la enseñaba á montar á caballo en uno de los patios interiores del castillo. Irene habia formado este plan, para destruir el de su rival, en tanto que Claudia agena de toda idea de ambicion y de orgullo, gozaba de una dicha sin límites al ver las atenciones que Falk usaba con ella. Observando siempre hasta sus menores movimientos, caminaba con precaucion; se apartaba de los malos pasos: al mas

¡gero tropiezo de su caballo, fuera de él, la exhortaba con palabras afectuosas que tuviese aliento.

Al volver de sus paseos, Falk acariciaba el caballo de Claudia, le visitaba en la cuadra, y encargó espresamente á un húsar cuidase de él. Cualquiera jóven en su lugar no habria desconocido que tales demostraciones eran la señal mas evidente de un amor tierno y apasionado; pero este nombre era aun muy extraño para la tímida Claudia.

Una mañana que Falk y su discípula estaban en su paseo acostumbrado, vieron con la mayor sorpresa que Irene montada sobre un soberbio alazan, venia á carrera abierta á su encuentro. La alegría de Falk fue extraordinaria al ver el atrevimiento de su prima: el traje que llevaba era magnífico, pero recargado de tantos adornos, que en vez de hermosarla, daban á su figura un aspecto ridiculo.

Falk echó una rápida ojeada sobre las dos amazonas, y encontró mil defectos en el traje de Irene, la cual á falta de los atractivos de la juventud, quiso deslumbrar á su primo con los del valor; y sin oír las representaciones de este, tomó un galope, despues la carrera, y volvió á donde estaban al mismo paso. Falk estaba enagenado.

—Amable Claudia, dijo á esta, cobra un poco de brio, y da tambien un galope, para manifestar á Irene que has tenido un buen maestro de equitacion.

Las dos rivales partieron corriendo á un mismo tiempo, pero Irene adelantó presto á Claudia. Quería vencer á cualquier precio, y además montaba el alazan.

Falk se admiraba cada vez mas de ver como una muger de la edad y costumbres de Irene habia podido decidirse tan de repente á arrostrar peligros evi-

entes , y á desechar el temor propio de su sexo. Pero la anciana amazona sabia muy precioso era el tiempo , y que debia valerse de todos los medios imaginables para atraer hácia sí el corazón de su primo : solo la belleza de su rival le daba algun temor , pero olvidando sus años y cuantos riesgos pudieran sucederle , decia entre sí procurando recobrar el aliento que una larga carrera habia agotado :

« Ah ! si yo lo hubiese previsto antes , acaso seria hoy Condesa de Falkenstein , mas no importa la lucha aun no está concluida. »

Claudia se sintió violentamente conmovida con la aparicion de Irene. De vuelta al castillo , se retiró á su cuarto , y despojándose del elegante vestido se saboreaba con las mas lisoujeras ilusiones : su imaginacion la representaba que algun dia podria ser útil al genero-

so Falk; creia le acompañaba en los combates, presentándole su caballo en un riesgo inminente; y que su reconocido y fiel corazón recibía el golpe destinado á su noble protector.

Mientras que ella limitaba á este único pensamiento sus deseos, Irene, que conocia el flanco de Falk, concebía mayores y fundadas esperanzas de apoderarse de él enteramente: visitaba las cuerdas, estudiaba todas las obras que tratan de las propiedades del caballo, le hacia mil preguntas sobre el arte de equitacion, no se despojaba de su traje de amazona, montaba indistintamente en todos los caballos, sin perdonar al fogoso Relámpago; con lo que su primo la decia riéndose, que si hubiese nacido hombre habria sido un excelente húsar.

Cuando por la mañana pedia Falk los caballos, ya Irene estaba montada en su alazan: todo lo arrostraba; saltaba fosos

y vallados con tanta intrepidez como un búsar; su trage tomaba cada dia una nueva forma militar; y todo esto admirabamos al buen Falk, consiguiendo sus fines. Claudia por el contrario, luego que volvian de paseo se vestia su trage honesto y sencillo, y se apartaba de la presencia de Falk con su modestia habitual. Quanto mas veia que Irene se dedicaba á agradar al noble primo, tanto mas ella, tímida y reservada, volvía á entregarse á su vida silenciosa.

Jorge se desesperaba con esta conducta de Claudia. Un dia que la encontró á solas, la dijo que era absolutamente forzoso montase mas á menudo á caballo, pues de otra manera la vieja y artificiosa Irene podría gauarse enteramente el corazon de su señor; pero Claudia, cuyo carácter era en extremo suave, no pudo en aquella ocasion dejar de reprenderle con alguna severidad, di-

ciéndote esperaba que en adelante no volveria á proferir ninguna espresion contra su tia. Persistió en su extravagante capricho, como llamaba Jorge á su tímida reserva; y de este modo Irene fue ganando por grados el afecto de Falk.

Cuando recibia un nuevo tratado sobre la caballeria, mandaba llamar inmediatamente á Irene para consultar con ella, que en poco tiempo habia adquirido los conocimientos necesarios para decidir de la edad, defectos ó buenas calidades de un caballo: visitaba las cuadras á menudo con Falk, aprendió á disparar una pistola, y le acompañaba siempre á caza, ejercicio á que nunca pudo acostumbrar á Claudia, pues esta solo daba por respuesta á sus instancias que no se sentia con ánimo para privar de la vida á un pobre animal de quien no habia recibido ningun daño.

Sin embargo Falk se incomodaba

cuando veia á Irene montar á caballo para acompañarle á caza en tanto que Claudia permanecia en su cuarto. Irene , no contenta con haber aprendido á manejar un caballo , se dedicó á leer varios tratados del arte de la guerra ; con lo que Falk , cada vez mas encantado al ver á su prima adornada con tan bellos conocimientos , decia con frecuencia al Rector que su prima tenia tanto valor como cien hombres , y que la consideraba capaz de mandar un ejército , á la manera que la reina Cenobia de quien él le habia hablado en algunas ocasiones ; y que á ser mas jóven y bella , acaso se decidiria á darla la mano de esposo.

Por último , Irene , que siempre deseosa de aumentar sus conocimientos hojeara cuantos libros podia haber á las manos encontró en la biblioteca del Rector un catálogo de obras nuevas que le habian remitido de Leipsick ; y al ver

anunciada en él una obra titulada: *Arte de conservar la hermosura*, sus ojos centellearon de placer con tan precioso hallazgo. Marchó sin detencion á la ciudad, compró á buen precio el libro que tanto deseaba; leyó en él dia y noche, segura que esta ciencia la seria de mas utilidad que la de equitacion y la de la guerra.

Al cabo de un mes de este descubrimiento se observó, no sin asombro, que Irene iba poco á poco embelleciéndose cada vez mas y aun adquiriendo las gracias de la juventud: sus cabellos entrecanos se volvieron castaños, largos y rizados; sus mejillas descoloridas se cubrieron de un ligero sonrosado; el cutis apareció tan blanco y fino, que se distinguia en su frente el color azulado de las venas. Sus esperanzas se aumentaban de dia en dia, y el gozo interior de haber vencido á Claudia fue


bien mas poderosamente contribuyó á
de milagro; y considerándose próxima
recoger el fruto de sus afanes, se com-
placia ya en el triunfo.

CAPITULO III.**EL PIE PEQUEÑO.**

EL honrado Jorge veia con disgusto desvanecerse como el humo todos sus bellos planes : penetraba los artificios y el blanco á donde se dirigia Irene ; pero no se atrevia á hablar mal de ella á su amo , despues que la vió tan enterada de las obligaciones de un húsar , y manejar tan bien el caballo como una amazona. Aterrado al observar que iba rejuveneciéndose , y que cada vez aparecia mas bella , contra el órden natural , juzgó que el único talisman que podria contrariar sus astutos hechizos , era el lindo y pequeño pie de Claudia , con su borcegni de tafilete encarnado , y de

remonia de la armería la miraba como una mogiganga , habria intentado renovarla. Irene penetraba los deseos del buen Falk , y se aprovechó con bastante destreza de su descubrimiento , pidiendo la esplicase las de un torneo. A unas preguntas tan insidiosas los ojos de Falk brillaron de alegría : fue en busca de una grande estampa , que representaba uno de estos memorables hechos , y se la entregó para que la examinase. Irene le pidió hiciese una minuciosa esplicacion de ella ; y despues , para inflamar los deseos de su primo , dijo poniendo la mano sobre el hombro de este :

— Oh ! y que sitio tan hermoso es para un torneo el vasto círculo que forman las hayas de la grande avenida!..... Un vivo encarnado coloreó la frente de Falk.

— Pero Irene, respondió , ¿ qué dirian las gentes y mis vasallos? 

— Prímo mio , replicó prontamente Irene , asistirán como espectadores ; y se les dirá , que es un ejercicio militar con el fin de adiestrar á los húsares para el caso en que se declare la guerra. Bien sabeis que los Cosacos se sirven de la lanza : ¿ creéis que vuestros paisanos conozcan la diferencia que hay entre los antiguos caballeros y los Cosacos?..... Por otra parte , esta diversion es ahora de moda ; y segun me han contado , no hace mucho que una de las fiestas con que celebró la corte el casamiento del Príncipe de S** fue con un torneo.

— ¿ De veras ? Pues en ese caso , yo tambien tendré el mismo gusto : pero quiero que todo se haga segun las reglas de la caballeria.

Falk consultó á Jorge sobre el asunto ; y este , alegre sobre manera , aprobó el proyecto , aconsejándole con calor se pusiese inmediatamente en práctica. El

fiel criado solo pensaba en Claudia. Ya la veia en su imaginacion sentada sobre el estrado , distribuyendo laureles y premios á los vencedores.

Falk comunicó al Rector su nuevo proyecto , diciéndole no sin algo de rubor que esperaba su dictámen acerca de la intencion que tenia de ejercitar sus húsares , pero queria que fuese con algun aparato. El buen anciano , que amaba á Falk , aprobó su pensamiento , y se prestó gustoso á cuanto quisiese exigir de él.

Contento sobre manera de no encontrar obstáculo ninguno , mandó traer todas las obras que trataban de los torneos , y por espacio de ocho dias recorrió los enormes tomos en folio de la biblioteca caballeresca de *Bourgméister* , donde encontró doce veces el nombre de un Falkenstein que habia combatido en el trigésimo sexto torneo que hubo :

En Alemania. Sin embargo, moderó un poco su alegría cuando observó que el caballero se llamaba *Falkestein*, y no *Falk de Falkenstein*; y aunque era probable que él descendiese de aquel héroe, no estaba bien seguro de ello.

« ¡ Que diantre! decía, señalando con el dedo el nombre de *Falkestein*: diría de buena gana lá mitad de mi condado por saber con certeza que este es uno de mis antepasados; pero su alegría no tuvo límites al leer mas adelante que *Falkenstein*, propiedad noble, fue exenta de los derechos de la guerra en consideracion á los servicios que su señor prestó á las armas cristianas.

Este pasaje disipó todos los temores de Falk. Sin embargo, para fijar la época de este grande acontecimiento, faltaban aun muchas cosas, y no era la menor la de caballeros con quienes combatir. El Rector, deseando sacarle de su

apuro , despues de haber discurrido mil medios , le propuso por último armase caballeros á los húsares que le habian servido en la guerra , asegurando que á él mas que á ninguno constaba cuan acreedores eran por su valor y fidelidad á una honra tan distinguida. Falk estuvo pensativo , y al cabo de un rato dijo :

— Bien sé que en los tiempos antiguos un caballero tenia el derecho de conferir la Orden de caballería á sus escuderos... però yo...

— Y bien , ¿no sois tambien caballero? interrumpió el Rector mostrándole las cruces que decoraban su pecho.

— Teneis razon , dijo Falk con alegría. Y como esto solo es una especie de diversion , poco importa que falten algunas de las formalidades de estilo.

A la hora en que los húsares , segun costumbre , se reunian delante de las cuadras para pasar la revista diaria ,

Falk les hizo una corta arenga en la que en términos vagos les significó iba á publicarse la guerra, y que de consiguiente era probable volviesen á tomar las armas. Preguntándoles si en este caso se prestarían á servir con lealtad á la patria, todos lo juraron con entusiasmo; y Falk, suprimiendo las mas de las ceremonias de que estaba perfectamente instruido, entre risueño y grave fue dando á cada uno de ellos un golpecito con su sable, y en un instante se vió rodeado de una docena de caballeros, sin miedo y sin tacha.

De esta manera y sin advertirlo los húsares quedaron armados caballeros: no comprendieron porque su Comandante les habia tocado con tanta suavidad con el sable, y solo infirieron de su discurso que debian entrar muy pronto en campaña. Pero Jorge presenci6 la ceremonia: además, estaba cierto que

el torneo iba á verificarse; y con el exceso de su alegría, arrojó la gorra al aire, dando dos ó tres alegres vivas.

—Cuidado muchachos, dijo á sus compañeros: sabed, que vamos á justar en un palenque, y cátaos hechos caballeros sin serlo. Ahora bien, espero que presto veréis lo que yo os he predicho.

— ¡Estás loco, Jorge? exclamaron. ¿Nosotros somos y no somos caballeros?

— ¡Pobres diablos! Cuando yo os digo que sois caballeros, y de los mas encoquetados, bien podeis asegurarlo; y tambien si cualquiera hombrecillo os mirase de través, podeis arrojarle un guante, y retarle á todo trance.

Los húsares rogaron á Jorge les descifrase el enigma, y uno de ellos le preguntó si el Comandante tenia derecho para crear caballeros.

— ¡Y como que le tiene! replicó este; sino decidme: el hombre mas valien

e del ejército, el mas prudente y el me-
 or de todos, ¿no tiene facultades para ar-
 ar caballeros á sus fieles compañeros
 e armas? Si él no tuviese esta facultad,
 estaba por afirmar que tampoco la tenia
 el bienaventurado san Jorge, bajo cuyo
 estandarte os hallais alistados : nuestro
 Comandante casi posee las virtudes de es-
 te santo ; oh ! si se presentase un hor-
 rible dragon alado, vomitando llamas
 por la boca, vosotros veriais á nuestro
 valeroso gefe derribarle en tierra al mo-
 mento. Os lo repito, amigos míos : no-
 otros somos caballeros ; pero entretan-
 to... silencio... en boca cerrada no en-
 tran moscas... despues del torneo... vo-
 otros veréis.


CAPITULO IV.
**EL TORNEO.**

DESDE que Falk publicó el torneo, Irene se ocupó sin descanso en hacer los preparativos con tanta magnificencia que un antiguo caballero de Falk ó de Falkenstein habria quedado completamente satisfecho de su zelo.

Consultó los trages que habian de vestirse, é hizo traer de la ciudad las telas y artífices necesarios para su construccion : tambien cuidó de hacer dorar para Falk la mas ligera armadura ; hizo se delinease un círculo en una glorieta que formaban las hermosas hayas en frente de la antigua puerta del castillo, cerrándole con postes todo al rededor, en el que



CAPITULO IV.

EL TORNEO.

DESDE que Falk publicó el torneo, Irene se ocupó sin descanso en hacer los preparativos con tanta magnificencia, que un antiguo caballero de Falk ó de Falkenstein habria quedado completamente satisfecho de su zelo.

Consultó los trages que habian de vestirse, é hizo traer de la ciudad las telas y artífices necesarios para su construccion: tambien cuidó de hacer dorar para Falk la mas ligera armadura; hizo se delinease un círculo en una glorieta que formaban las hermosas hayas en frente de la antigua puerta del castillo, cerrándole con postes todo al rededor, en el que

formó una especie de trono , al que cubría el magnífico dosel suspendido de arboles. Innumerables banderas ondeaban por todos lados ; se igualó el suelo , cubriéndole con menuda arena ; cuando todo estuvo dispuesto , se pidió á Falk que señalara el día de la función ; pero esta medida que veía acercarse el momento deseado , se hallaba mas perplejo. Jorge , impaciente por ver colocada á la hermosa Claudia en el estrado , estrechaba vivamente , aunque sin fruto , á su primo no retardase la brillante fiesta caballerescas : sin embargo , Irene fue mas feliz que el húsar. Se acercaba el día de su cumpleaños , y suplicó á su primo fuese este el en que se celebrase el torneo , absiniéndose de decirle que número de días iban á celebrarse.

Falk , regocijado de tener un pretesto para dar la fiesta , condescendió con sus deseos ; y se acordó que aquella en cuyo

formó una especie de trono, al que cubría el magnífico dosel suspendido de árboles. Innumerables banderas ondeaban por todos lados ; se igualó el suelo, cubriéndole con menuda arena ; cuando todo estuvo dispuesto, se pidió á Falk señalara el día de la función ; pero este, á medida que veía acercarse el momento tan deseado, se hallaba mas perplejo. Jorge, impaciente por ver colocada á la hermosa Claudia en el estrado, estrechaba vivamente, aunque sin fruto, á su primo no retardase la brillante fiesta caballeresca : sin embargo, Irene fue mas feliz que el húsar. Se acercaba el día de su cumpleaños, y suplicó á su primo fuese este el en que se celebrase el torneo, absteniéndose de decirle que número de años iban á celebrarse.

Falk, regocijado de tener un pretesto para dar la fiesta, condescendió con sus deseos ; y se acordó que aquella en cuyo

honor se celebraba el torneo fuera la que coronase al vencedor , siendo esto lo menos que podia hacer en obsequio de una persona que mostraba tanto interés en cuanto conocia podia complacerle. Esta circunstancia desesperaba á Jorge , y renegando de Irene , casi daba al diablo el torneo.

— Primo mio , dijo la castellana inspirada por su mal genio, he leído que en el torneo celebrado el año de mil trescientos cuarenta por el Conde de Zaringen en honor de la bella Rosamunda , llamada la Reina de la hermosura , llevaba este un paje magníficamente vestido.

— Tambien le llevaréis , respondió Falk ; pero ¿ adonde encontraremos este paje ?

— ¿ No tenemos aquí á Claudia ? Ya conocéis su timidez , y solo un papel mudo es el que ella puede representar á las maravillas. Falk , que en su imaginación

representaba á Claudia sentada á su lado en el trono , tuvo que acceder á la petición de Irene , pues el estrado se habia construido de forma que no podian colocarse mas que dos sillones ; y Jorge , que solo pensaba en trastornar el plan de Irene , vió frustradas todas sus tentativas.

El mayordomo , el administrador , el burgo maestro , el bailio y el rector recibieron magníficos vestidos al estilo y gusto de aquellos tiempos. Estos debian representar el papel de jueces del campo , y algunos paisanos el de escuderos , pajes de armas y demas empleados. Se hizo tambien una nueva bandera que llevaria el mayordomo.

A Claudia , la única con quien apenas se contaba en los preparativos , se la hizo un vestido de paje á la española , de terciopelo azul celeste , con mangas acuchilladas de raso , y guarnecidas de pla-

papel de paje que se la habia destinado. Llegó por fin el grande y deseado dia : las diez de la mañana todos estaban vestidos. Irene se presentó con un traje de raso color morado , y un gran manto amarillo , forrado de pieles , habiendo agotado todos los recursos del arte para embellecerse y aparecer mas jóven que nunca , lo que en parte habia conseguido. El traje la daba cierto aire majestuoso que hacia muy buen efecto : el tocado era alto , á semejanza del de las antiguas damas alemanas , y desde lo mas elevado de él caia con bastante gracia un largo velo de trasparente gasa. Pero la pobre Irene no habia calculado bien sus intereses : al dar á Claudia un papel subalterno con el fin de oscurecerla , no conoció que ella misma daba armas á su rival para combatirla. Con efecto , al ver Jorge á la tierna doncella vestida de paje , quedó mudo de admiracion , y solo el

respeto de hallarse en la habitacion de su amo pudo contenerle para no arrojar su gorra al aire, y denotar el exceso de su alegría. Los vivos colores de las mejillas de la hermosa doncella, y su aire dulce y modesto parecieron á Jorge otras tantas armas poderosas contra las intrigas, el afeite y adorno de Irene. « ¡Par diez! exclamó; yo aseguro que todo saldrá bien: » y en seguida, ofreciendo su mano al fingido paje, le condujo al cuarto de Falk.

El caballero acababa de vestirse su armadura dorada, bastante ligera; el casco cargado de plumas ondulantes estaba encima de la mesa; y sus rubios y en sortijados cabellos le caian con mucha gracia sobre los hombros y espaldas. La alegría brillaba en sus ojos al considerar la fiesta de tan famoso dia; y á la hermosura de Reynaldo acompañaba la fiera de los paladines de la Tabla redonda.

Al ruido que hizo al llegar Jorge , volvió la cabeza ; y con la espresion de la mas viva sorpresa , exclamó al descubrir á Claudia :

— ¡Gran Dios ! ¿ Es ilusion lo que veo ? ¿ No es esta Claudia ?

— No señor , respondió la seductora jóven venciendo su natural timidez : es un pobre paje que recurre á vuestra proteccion.

— ¡ Tú pobre ! Ah ! si tú eres pobre , los ángeles lo son tambien...

Al decir esto , se acercó á Claudia con respeto , para contemplarla mas á su gusto. ¡ Pobre ! repetia á menudo : ah ! si yo poseyese la mitad del mundo , desde luego te lo ofreceria ; y si una sola de tus miradas me pudiese..... Falk se detuvo : admirado de ver la facilidad con que se explicaba , tomó una de sus manos , y despues de haberla llevado á sus lábios , la estrechó tiernamente contra su cora-

zon. En este instante , Claudia sintió por la primera vez el triunfo del amor : retiró su mano de la de Falk , y con una mirada en que se veia pintada la turbacion y el pudor virginal , dijo : Voy á buscar á mi tia.

Falk no tuvo valor para detenerla : la vió salir con pena del aposento , y una dulce y desconocida emocion se apoderó de su pecho. El lindo paje no se apartaba un momento de su imaginacion. Poco despues Irene , seguida de todos los caballeros , de los juces , del maestro del campo , de los escuderos , pajes de armas y demas comitiva , entró en la sala con todo el aire de la reina Aldegonda. Al ver Falk semejante aparato , se estremió de alegría ; recorrió uno por uno á todos , para pasar la revista de los cascos y armaduras ; y aunque su idea estaba demasiado ocupada , sus miradas siempre se dirigian hácia el tímido paje , que

con los ojos bajos sostenia respetuosamente el manto de su señora.

Falk colocó el casco sobre su altiva frente, y dió la órden de marchar : toda la elegante comitiva bajó con estrépito la ancha escalera ; los caballos daban muestras de su impaciencia en el patio , y con sus alegres y estrepitosos relinchos contribuian á aumentar la majestad á aquella pomposa ceremonia.

Irene, que no queria apartarse en lo mas minimo de las instrucciones de los antiguos autores , quiso oprimir los lomos de una blanca hacanea. Falk tenia en sus cuadras un soberbio caballo de raza , blanco como la nieve , que montaba rara vez porque era cerril y en extremo asombradizo , conservándole únicamente por su belleza. Este caballo, pues, fue en el que quiso ir la atrevida Irene.

— Cuidado prima , la dijo Falk , no os suceda alguna desgracia : sé que teneis

tanto valor como un húsar; pero temo que no podáis sujetar un animal tan bravo.

— No temais, pues es corto el camino de aquí al palenque, contestó la Reina de la hermosura; el Rector y Claudia irán á mi lado, y contendrán la impetuosidad de mi caballo, que llevaré al paso. Además, no hay otro que me convenga sino este, á causa de su color, puesto que los demas están destinados para la liza.

Falk no la contestó porque ya se iba á empezar la ceremonia, y admiró de nuevo el valor de Irene, que auxiliada de dos húsares subió sobre el caballo indómito con mucho desembarazo.

Estaba determinado que la noble dama á quien se festejaba, marchase con toda la comitiva á colocarse bajo el magnífico dosel que la estaba preparado; y que después el esforzado caballero se presentaría á pedir la venia para combatir. El Rec-

tor en calidad de gran senescal y el paje, montados en sus caballos lituanianos, se pusieron al lado de la Reina de la hermosura. El mayordomo que no estaba ya muy ágil por haber engruesado con exceso, tuvo el encargo de llevar la bandera y de abrir la marcha, seguido de los jueces del campo.

Como todos los caballos de silla estaban destinados para los paladines y sus escuderos, el mayordomo y los jueces montaron en los caballos de tiro, altos y tan pesados como elefantes: tras de ellos iba la altiva Irene, su paje y el senescal, cerrando la marcha un cierto número de pajes á caballo. Irene no dejaba de estar sobresaltada al verse montada en su alto palafren, cuya cabeza cargada de un penacho de hermosas plumas, se movia á uno y otro lado con altivez, encontrándose al mismo tiempo bastante embarazada con el manto y el velo; el viento

soplaba con violencia , y el mayordomo al tomar la bandera se encomendó á todos los santos del Cielo porque le librasen de un riesgo. Por fin, la cabalgata salió del patio del castillo con un paso majestuoso para tomar el camino del palenque.

Luego que ya se creyó estaba fuera de las puertas , Falk montó en su Relámpago , cuyo ejemplo siguieron los paladines y escuderos , saliendo tambien del patio á paso lento para dar tiempo á que se colocasen en sus puestos los que iban delante. Pasan el puente levadizo , miran á todas partes... el palenque estaba desierto; todos los que salieron antes que ellos habian desaparecido.

— ¿ Que diantres puede haber sucedido? exclamó Falk con inquietud alzando la visera. ¿ Qué se ha hecho de la Reina y de su comitiva?

Mira, aunque inútilmente, á todas par.

les, y nada descubre ; crece su confu-
sion y la de sus compañeros, hasta que
un húsar que habia subido á un monte-
cillo, descubre la bandera flotando de
tiempo en tiempo á través de una espesa
nube de polvo. Se dirigen hácia Baden-
berg, esclama: y sin dejarle proferir
otra espresion, todos echan á correr en
alcance de la cabalgata.

Los primeros habian salido con felici-
dad del castillo ; pero al tomar la vuelta
hácia la derecha , el viento llevó la ban-
dera á los ojos de la blanca hacanea, con
cuyo movimiento se asustó el animal,
dando un ligero salto á un lado ; el ele-
fante del mayordomo hizo otro tanto , y
la bandera flotó de nuevo sobre la cabe-
za del palafren de Irene : mas asustado
con este segundo golpe, volvió pronta-
mente sobre la izquierda , y echó á cor-
rer á todo escape. El mayordomo, á quien
Falk habia encargado cuidase de Irene ,

corrió tras de ella para detener su fogoso caballo ; y los tres caballos de tiro, fieles compañeros del elefante del mayordomo, no se quedaron atrás : todo se puso en el mayor desorden y confusion. El senescal y el paje, separados de los fugitivos, tenían bastante que hacer para sujetar sus pacíficos animales, que pretendian á pura fuerza imitar las proezas de sus camaradas ; pero consiguiendo apartarlos á un lado, los demas partieron á todo escape por el camino de Badenberg, donde entraron á rienda suelta en la poblacion en medio de un torbellino de polvo.

Por desgracia de Falk, habia feria aquel dia en Badenberg. Los gritos de los que se ponian en salvo, acrecentaron el espanto de los caballos; el mayordomo, que conocia bien á su amo, no quiso soltar la fatal bandera, no obstante que apenas podia sostenerse á caballo. En un mo-

nento se vieron los efectos del desorden
 de la cabalgata : á un lado caia una tien-
 da de cintas ; á otro una mesa llena de
 vasos y vidrios ; á la derecha , cestas de
 frutas ; á la izquierda , pasteles , tortas y
 otras cosas de masa ; en fin , todo era con-
 fusión y destrozo : los enfurecidos ven-
 dedores gritan y arrojan piedras y todo
 de la fatal cabalgata , que no por eso de-
 tiene su rápida carrera. La calle por don-
 de corria iba á terminar en la plaza de la
 iglesia , donde entre el edificio y una hi-
 lera de casas estaban los tratantes de lo-
 za levantando á ambos lados dos monta-
 ñas de pucheros , sin dejar para el paso
 mas que una estrecha senda , por la que
 los ciegos caballos se precipitaron , y res-
 balándose al primero el pie , cayó en tier-
 ra. Al momento el enorme monton de
 pucheros se desploma con estrépito , y cu-
 bre con sus trozos á los caballos y caba-
 lleros. El infeliz mayordomo en vano in-

tenta obligar á su caballo á que se levante : sale de entre las ruinas , y á favor de su bandera aparta cuantos obstáculos se oponen á su salida. El caballo del baiiio se encabrita á su vez , y arroja al jinete al suelo : los ollereros armados de escobas y palos descargan sobre los malandantes caballeros un diluvio de injurias y de golpes.

El tumulto llegó á ser horrible : la Reina de la hermosura se sostenia aun sobre la blanca hacanea , cuando de repente se vuelve el animal con tanta prontitud, que derribó á algunos que intentaban sujetarle. El tumulto se aumenta cada vez y el blanco cercel empieza á disparar coeces con el fin de quitarse de encima los arreos y cuanto impedia sus movimientos , para fugarse de la muchedumbre que le rodeaba ; pero los mercaderes y compradores le detienen , dando furiosos gritos. La desventurada Reina de L

ermosura, mas muerta que viva, asi-
 á las crines del fogoso animal, apenas
 puede sostenerse; pierde su manto en
 esta lucha, cae el tocado en el lodo, y
 los bucles de su ondulante cabellera si-
 guen la misma suerte: á esta vista, todo
 el valor la abandona, suelta de pronto
 las riendas, y el caballo viéndose libre,
 se despide de si con mucha ligereza, y
 en dos saltos se abre camino y desapa-
 rece.

La triste Irene, magullada con la cai-
 da, encuentra muy poca caridad entre los
 espectadores. Sus mal andantes compa-
 ñeros, cuyos caballos siguieron el ejem-
 plo de la blanca hacanea, yacian como
 ella en tierra, sepultados entre los restos
 de los pucheros. Los asistentes se creian
 autorizados para obrar contra unos per-
 turbadores del reposo público, y con tan-
 to mas motivo, cuanto que desde luego
 los tuvieron por una compañía de bai-

larines de cuerda que iba en aquel dia á mostrar sus habilidades , confirmándoles en esta idea el verlos vestidos de un modo tan extraño. Mas ¿cual fue el terror de los pacíficos habitantes de Bandenberg al ver entrar á todo galope á Falk á la cabeza de sus caballeros , la lanza en ristre , y gritando :

Canallas! ¿quereis dejar libre esa dama?...

Irene , despojada de sus adornos , sin arrebol , y sus cabellos cortos y blanquizcos , inspiró á Falk una extrema compasion : quizo acercarse á ella para consolarla; pero la desgraciada se refugió á una tienda , abriéndose paso por entre la muchedumbre , pues no podia soportar la idea de aparecer de aquel modo á los ojos de Falk. Este, despues de haber dado lugar á los caidos para que se levantaran iba á informarse de la causa del alboroto cuando aparecieron delante de él doc

hombres armados con alabardas. El que hacia cabeza preguntó á Falk con tono spero :

— ¿ Quien de vosotros es el principal de la cuadrilla ?

— ¿ De la cuadrilla ? Miserable ! ¿ Con quien hablas tú ?

— Con vos ; y en nombre de la autoridad de la poblacion , os intimo vengais conmigo á la cárcel.

Falk no respondió una palabra : alzó su lanza , y le sacudió tan fuerte golpe en las espaldas , que le obligó á dar algunos pasos atrás , arrojando gritos espantosos. « Seguidme , gritó á su comitiva , y no dejeis ninguno vivo.

La mayor parte de los caballeros habian echado pie á tierra ; mas viéndose acometidos por los de las alabardas , les tiraban grandes lanzadas , y como los alabarderos encontraban con los escudos y corazas , emprendieron la fuga , dejándolos dueños del campo de batalla.



Falk sin detenerse volvió al paraje de la primera pelca , con el fin de librar del furor del populacho á sus domésticos y á la vanguardia , con la que logró terminar al instante la disputa.

Sabido por Falk todo el caso , sacó sin dilacion su bolsillo , y pagó con la mayor generosidad el destrozo causado ; y cuantos habian sufrido alguna pérdida, quedaron en extremo contentos. La calma empezaba á renacer ; se trajeron los caballos que dieron origen al alboroto. Se buscó un coche, en que entró la desolada Irene con el mayordomo y el bai-lío ; y los tres, maldiciendo el torneo, se dirigieron á Falkenstein por otro camino.

Los paladines montaron en sus caballos, y cuando se disponian para volver al castillo , oyeron la campana de la iglesia que empezó á tocar á rebato : y al mismo tiempo vieron colocarse al fin de la calle un destacamento de la guardia ur-

na, reunida por el magistrado, armada de fusiles y de espadas, con la resolution de defender el paso.

— Preciso es que el espiritu maligno se mezcle en este asunto, dijo Falk al acercarse á aquellas gentes. Despues les preguntó con la mayor dulzura : ¿ Qué quereis, amigos míos ?

— El gefe le respondió, no sin temor, que el burgomaestre le habia dado órden de intimarle rindjese las armas, y que tanto él como su comitiva, se entregasen prisioneros.

— ¿ Yo prisionero ? exclamó Falk. Escuchad, amigos míos : id á decir al que os envia que el teniente coronel Wenceslao Fálk de Falkenstein no se entrega nunca prisionero..... ; Lanza en ristre ! grita á sus compañeros : de frente ; marchen... y sin decir mas, da de espuelas al caballo ; los suyos le siguen, y la guardia urbana atropellándose á un lado y á

otro, deja libre el paso sin tratar de detener á ninguno de los caballeros. Viéndose Falk fuera de las puertas de la ciudad, ordenó que una parte de los caballeros fuesen á alcanzar el coche de Irene, para escoltarle, y con el resto permaneció una media hora á poca distancia de las puertas de Badenbergo, para asegurarse de las intenciones de los enemigos.

Muchas personas atraídas por la curiosidad salieron á ver los caballeros. Aunque algunos habian sido atropellados, no se hallaba ninguno herido, ó á lo menos nadie se quejó de ello. El magistrado sabedor de que los alborotadores no pertenecian á una compañía de farsantes sino que eran dependientes del ilustre y poderoso Conde de Falkenstein, que solía tratar de divertirse, se arrepintió de su ligereza, y no quiso que se volviese á hablar mas del asunto.

Durante el furor de la pendencia no

estuvo Falk tan distraído , que no observase con bastante sorpresa la conducta de Claudia , que constantemente se mantuvo á su lado. De vuelta al castillo la alargó la mano con un vivo afecto, y la dijo :

— Lado sea Dios, Claudia mía, pues según parece no has recibido ningún daño. ; Amable y querida hija ! mas de una vez he temblado por tu interesante vida... En un lance como este, tu puesto era detrás de los bagajes, y no te has apartado de mi un instante.

— ; Ah mi señor ! respondió Claudia, con voz tierna ; ; tenia tanto miedo que os sucediese alguna desgracia !...

— Como ! interrumpió Falk ; ¿ y por eso no te apartabas de mi lado ? ; Oh mi querida y buena Claudia ! me faltan expresiones con que manifestarte mi reconocimiento. ; Temias me sucediese alguna desgracia !... ; Oh mi buena y amada hija !

En efecto , el gozo tenia tan fuera de sí á Falk . que no acertaba á coordinar las palabras , y la dichosa Claudia bajó los ojos en silencio. Jorge al ver el gozo de su amo estuvo para decir en alta voz que todo era una disposicion del Cielo. Por fin , la cabalgata entró en el castillo. La triste Irene se habia metido en la cama , á causa de lo mucho que habia padecido ; pero conociendo que su indisposicion no debia impedir se verificase el torneo , disimuló su pesar , y antes que perder el fruto de sus afanes quiso renunciar en aquel dia el honor de representar la *Reina de la hermosura*. En su consecuencia envió á decir á su primo tuviese á bien no suspender la fiesta y hacer que Claudia ocupase su lugar. Penetrado Falk de una deferencia tan marcada por todo lo que era respectivo á sus gustos , rehusaba acceder á su peticion ; pero Jorge le decidió á condescender con los deseos de la vieja catellana.

Claudia se vistió inmediatamente segun lo exigia la ceremonia, y fue á ocupar su puesto debajo del dosel. Falk peleó y triunfó de todos sus antagonistas sin herir á ninguno. Irene, que llevaba consigo el premio destinado al vencedor, lo perdió durante la refriega de Badenberg; pero Falk no quiso enviar en su busca, pues habria causado mucha dilacion. Claudia se sintió vivamente conmovida, y un hermoso encarnado coloreó sus mejillas cuando el gallardo paladin saludándola con su lanza, llegó delante del estrado á recibir á sus pies el premio de la victoria. Por consejo del venerable senescal, Claudia desató su banda y la colocó en el cuello del caballero, añadiendo á aquel presente, como un particular favor (tambien por consejo del Rector), el ramo de flores que adornaba su pecho.

Entonces se vió realizado el pronós-

tico de Jorge : la bella Claudia estaba por fin sentada al lado de su señor en el sitio de terciopelo carmesí. Los paladines se acercaron al estrado capitaneados por Jorge , quien en voz alta dijo :

—Viva nuestro dueño el valiente Falk de Falkenstein , y viva también su bella esposa.

Todos los húsares repitieron esta aclamación con entusiasmo y alegría.

La modesta Claudia bajaba los ojos llena de vergüenza : al contrario , los de Falk se veían animados de un verdadero júbilo. Tomó á Claudia por la mano y levantándose en pie , respondió á la regocijada turba :

— Compañeros y amigos míos , yo os agradezco con todo mi corazón vuestra salutación.

Claudia solo se inclinó con una amable seriedad.

Jorge que observó las apasionadas mi-

radas que su señor dirigia á su compañera , gritó en voz mas alta : —Y que Dios les conceda una noble y numerosa posteridad ; aclamacion que fue repetida por todos los húsares con mucho mayor entusiasmo que la primera.

Claudia estaba confundida de vergüenza.

— Amada Claudia , la dijo Falk con dulzura , estas gentes sencillas creen obran bien con esto ; en particular Jorge : sus deseos nada tienen de malo. Dios oiga vuestros deseos , si tal es su voluntad , amigos míos , prosiguió dirigiéndose á los húsares , y yo por mi parte os repito de nuevo las gracias.

Dicho esto bajó del estrado , y volviendo á subir á caballo , entraron con buen orden en el castillo y cada uno fue á despojarse de sus pesadas armaduras.

La música y algunos toneles de cerve-

za dieron fin á una fiesta en que todos los vasallos de Falk habian tomado tanta parte. La dichosa Claudia corrió á su habitacion , para entregarse con entera libertad á los pensamientos que alimentaban su corazon al contemplar tantas felicidades.


CAPITULO V.

DESCUBRIMIENTOS, PENAS, Y RESOLUCIONES GENEROSAS.

AQUELLA noche paseándose Falk agitado en su estancia, reflexionaba sobre los acontecimientos del día. Claudia vestida de paje y distribuyendo despues los premios en el torneo, se presentaba alternativamente á su imaginacion bajo un aspecto muy lisonjero.

« ¡ Una doncella tan tímida, decia, no separarse un instante de mi lado durante la refriega!... ¡ Esponerse á correr el mayor riesgo para evitar el mio!... »

Estos pensamientos causaban la mas viva sensacion de ternura, y las aclamaciones de los húsares. *Su bella esposa, y*

una noble posteridad presentaban á sus ojos la perspectiva mas hermosa de todos los goces de la felicidad humana. «Si contiuuo pensando de este modo, añadia, vendré al fin á enamorarme ciegamente de Claudia; y entonces ¿como cumpliré la promesa que casi tengo hecha á mi hermano de no casarme... ¿casi hecha!... No Wenceslao, no trates ya de buscar subterfugios para evadirte de lo ofrecido, y transigir con la conciencia. Tu promesa ha sido solemne y espontánea, y tu hermano cuenta con que la cumplirás como hombre de honor.

La entrada de Jorge en este momento sacó á Falk de sus reflexiones. El complaciente escudero habló de Claudia sin detenerse. Falk le escuchó por un momento, pero vuelto en sí prontamente le dijo con seriedad:

—Jorge, no te he enviado á llamar para que me hables de este asunto: demasiado pienso en él. Vete.

Asustado Jorge al ver el aire serio de su amo , se retiró procurando buscar aunque en vano los motivos porque no queria le hablase de una cosa en la que otras veces hallaba tanta complacencia. Luego que Falk quedó solo , tomó un libro de caballeria esperando distraerse un poco con su lectura , y desterrar á Claudia de su pensamiento. Pero ay ! ¡Las Aldegundas, las Bertas y las Ineses. todas le hablaban de su bella prima !

¿Es cosa de encanto esta ? exclamó arrojando colérico el libro y abriendo precipitadamente el *Perfecto escudero de Sind*, donde en una de sus páginas leyó estas palabras : «La colocacion del pie en el estribo es lo que mas principalmente debe llamar la atencion de un buen jinete , sea hombre ó muger.» Estas palabras presentaron inmediatamente á su imaginacion el pequeño pie de Claudia ajustado con el borcegní de tafíete encarnado.

«Anda con mil diablos tú también, dijo; yo pienso que todos van de acuerdo con ella para atormentarme.»

En seguida tomó la voluminosa obra del doctor Kreindenmann, que trata de los deberes de un noble caballero; y apenas hubo abierto el libro, se presentó á su vista el trozo siguiente:

«No hay en el mundo cosa mas dulce para un caballero, que el hallarse ligado con los lazos del himeneo. Dios nos ha manifestado cuan grato le es este estado, al derramar sus bendiciones sobre el primer matrimonio. Por eso el objeto que debe proponerse todo buen caballero es el de buscar una esposa amable y honesta; porque de otro modo no podrá gobernar bien sus vasallos, terminar sus desavenencias domésticas, recompensar el mérito y reprimir el vicio. Si no es esposo, si ignora los deberes reciprocos y la felicidad del amor conyu-

gal, ¿como podrá ejercitar la piedad y derramar en derredor suyo el contento y la felicidad? Si desprecia los mayores beneficios concedidos por Dios, cuales son una consorte, hermosos hijos, y todos los placeres de padre y esposo; afirmo y creo que todo aquel que obra de este modo, no es leal ni verdadero caballero, ni menos acreedor á este título delante de Dios y de los hombres...»

Un frio temblor se apoderó de Falk al leer esta sentencia.

« He aquí otra nueva confusion, dijo arrojando un fuerte suspiro : Dios venga en mi socorro, pues yo mismo me he forjado el instrumento para mi castigo con ofrecer á mi hermano... pero lo he prometido, y como lo prometido es deuda... Mil diantres... doctor Kreindenmann, vos no habeis previsto este caso. Es cierto que el Decálogo no dice, tú te casarás; pero sí, no mentirás, no jura-

rás en falso : y como la promesa de un hombre de bien equivale á un juramento , aunque esto no estuviese escrito en los diez mandamientos , lo está en la conciencia de todos los hombres. Ah!... ¡ una esposa!... ¡ y una esposa como Claudia!..... Falk se mantuvo pensativo un momento ; su cabeza estaba trastornada : ¡ una esposa! continuó por último , ¿ no es un don que recibimos de la mano de Dios?... Mis amigos han manifestado hoy sus deseos de verme colmado con el mayor bien , rodeado de una noble posteridad... ¡ Oh buen Dios! y cuanto seria en efecto mi regocijo al ver en torno mio una multitud de hijuelos!... y Claudia sentada en un sillón con el mas pequeño dormido en su regazo , mirándome al mismo tiempo jugar con los otros!... Ay! yo me hago á mí mismo mas daño con entregarme á estos pensamientos , que *Jorge* , el *Perfecto escudero* , los libros

Caballería , y el doctor Kreindenmann. Pero si mi hermano quisiera contentarse conmigo , yo le abandonaría gustoso mis feudos , mis bosques..... la mitad de mis bienes , todo , todo lo abandonaría por Claudia..... todo! no : porque no me desposeería de mi fe en Dios , de mi anciano Rector , ni ahogaría los gritos de mi conciencia. »

La turbacion de Falk crecia cada vez mas. Despreciar los dones de Dios , faltar á su promesa , eran dos cosas para él igualmente horribles. En vano buscaba una interpretacion á estas dos cuestiones , porque jamás hallaba la solucion de ellas. Determinó cenar en su cuarto aquella noche , porque decia : « Si veo aquellos ojos bajos con tanta modestia , aquella boca inocente de la cual solo salen palabras de miel , y aquellas manos blancas como la nieve..... ; Ah desventurado! lejos de tí semejantes ideas , pues

bastante fuego corre ya por tus venas. Debo renunciar hoy á verla , y desde esta misma noche quiero poner fin á mis tormentos.»

En efecto, Falk no asistió al comedor, y cuando Jorge entró en su cuarto para llevarle la cena , le dejó obrar sin dirigirle una sola palabra. El fiel escudero esperaba que su amo le hablaría largamente , para lo que llevaba preparada la respuesta ; pero con grande admiracion y pesar suyo recibió orden de retirarse. Así que el fiel Jorge estuvo fuera , su amo que acababa de sufrir un violento combate para sostener su resolucion de no hablar de Claudia , se acercó á la ventana para respirar con mas libertad. La noche estaba serena , y el cielo resplandeciente con una multitud de estrellas. Las estuvo contemplando por algun tiempo , y llena su alma de un religioso reconocimiento hácia el Autor de tantas maravillas , exclamó :

«Los hombres no pueden ayudarme...

Oh mi Dios! tú, cuya inmensa sabiduría penetra hasta el último retrete del corazón humano, bien sabes que mis deseos solo se dirigen á seguir constantemente el sendero de la virtud; y si ignoro en esta ocasion como he de obrar, no es por culpa mia: no, tú no dejarás caer en la tentacion por causa de su ignorancia á aquel que únicamente aspira á conducirse bien. Yo voy á acostarme tranquilo, y pongo en tus manos este negocio, porque mis reflexiones no sirven mas que de aumentar la turbacion de mi espíritu... yo confio en tu bondad. Una transaccion con mi hermano, sea de la clase que fuere, es un perjurio que me llenaria de oprobio.»

Concluida esta corta plegaria, Falk permaneció todavía con los ojos fijos en el cielo, y despues se retiró de la ventana con el corazón mas aliviado.

Jorge se perdía en mil conjeturas para adivinar la tristeza que se observaba en su amo. No ignoraba que después del torneo había estado á ver á Irene, y recelaba alguna nueva intriga de parte de la astuta sirena, en cuyo caso era preciso parar el golpe, y emprenderlo todo al día siguiente, aunque tuviese que sufrir una reprension de su amo. Cuando por la mañana entró para vestirle, le halló mas sereno que la noche anterior. Entre otras espresiones ageas de la conversacion en que se entretenian, le dijo Falk :

— No, Jorge, un hombre jamás debe apartarse ni una línea del sendero del honor.

— Sin duda, replicó el escudero con prontitud. Es menester obrar para ello como la señorita Claudia, que ayer no se separó de vuestro lado un instante. ¡ Oh mi querido amo ! todo su aire era

el de un ángel custodio de vuestra vida.

Estas palabras sumergieron de nuevo á Falk en sus melancólicas reflexiones; y despues de una pausa, dijo mirando á Jorge con un aire sombrío :

— Escucha, fiel servidor; pero antes exijo de tí un secreto inviolable.... He dado palabra á mi hermano de no casarme nunca... ¿me entiendes?

La intencion de Jorge era de combatir la resolcion de su amo, caso que fuese contraria á los intereses de Claudia, pero estas palabras le consternaron, y durante su ocupacion, amo y criado guardaron un lúgubre silencio.

«Ay! dijo el húsar cuando estuvo solo; todo se ha concluido. Yo la he colocado sobre un caballo y sobre el sillón de terciopelo carmesí; pero no subirá mas alto...; Pobre señorita! cuanto la compadezco! Si ella no amá á mi buen señor, consiento de buena gana

ser enterrado entre los pucheros de Badenberg..... Pero conozco á mi amo, y veo que es asunto concluido.»

Entretanto Irene habia sabido todas las circunstancias del torneo, y las aclamaciones prodigadas á Claudia. Los vivas y los deseos que manifestaron los concurrentes de verla unida á Falk hicieron en ella tan fuerte impresion, que se sintió repentinamente buena: y regocijándose de que Claudia no fuese tan emprendedora como ella, se levantó de la cama pasando sin detenerse á la pieza del tocador para reparar los desórdenes que en su supuesta belleza habia causado la aventura de Badenberg. Esperando inspirar algun interés á su ingrato primo, por cuyo amor tanto habia sufrido, dió á sus mejillas un colorido menos vivo del que acostumbraba, y salió del gabinete con pasos lentos, dirigiéndose á la sala donde estaba Falk.

Empezó á hablar del torneo; y Falk, que hubiera dado todos los tesoros del mundo porque no se hablase mas de él, la escuchó aunque con frialdad, porque le pareció muy duro saltar á la política con una desgraciada, que se habia espuesto á tantos riesgos por complacerle. No tardó Irene en conocer cuan poco efecto hacia en su primo el tratar de esta materia, y queriendo escitar su atencion por otros medios, abrió el libro del *Perfecto escudero* poniéndose á leer en voz alta; pero esto fue dar armas contra sí misma, porque al instante se presentó á la imaginacion de Falk el pequeño pie de Claudia. Para alejar esta imágen de su corazon, dejó el aposento, pidió el caballo blanco en vez del Relámpago para evitar los recuerdos que este escitaria en su pecho, salió por una puerta escusada, y galopeó durante dos horas por los barbechos, con objeto, segun ma-

nifestó á Jorge , de amansar los bríos del animal.

Jorge contestó á su amo que la jornada del día anterior y las cacharrerías de Badenbergo , habían humillado no solo á todos los habitantes de Falkenstein , sino tambien al fogoso caballo blanco.

— Tienes razon , Jorge , respondió su amo y hasta el alma de Irene , que ha sido la causa inocente de todo el alboroto.

— ¡ Inocente ! inocente ! ¡ Ay , mi querido señor ! yo sé lo que sé.

— Bribon : ¿ que es lo que sabes ?.....

Jorge , cuyo carácter tenia cierta semejanza con el de Caton , á quien le era indiferente la muerte ó el sueño , conoció se hallaba en el caso de hablar ó callar para siempre. El pronto restablecimiento de Irene le inquietaba demasiado , y dijo á su amo con mucha serenidad :

— Mi Comandante, habeis ya dado la palabra á vuestro hermano... pase : pero no por esto ha de pensar la señora Irene que..... vamos : un ciego conoceria el blanco adonde se dirigen sus pensamientos.

— ¿Que blanco?

— El de enviar á la señorita á Steinau, y esto porque os habeis compadecido de una pobre niña perseguida... y despues...

— Perseguida? ¿y por quien?

— Por vuestra señora cuñada y por Irene. Las dos formaron la intriga de hacer salir á la señorita Claudia del castillo. ¿Y sabeis porque?..... Porque la tierna doncella os ama con todo su corazon ; porque moriría gustosa por vos ; porque pasa los dias enteros en su habitacion siempre pensando en su generoso protector : y las dos señoras han temido que llegaseis á notarlo. Si este proceder

no es efecto de amor y de un amor bien sincero , es preciso negar que el sol alumbraba.

— Jorge! Jorge! ¿qué es lo que dices? ¿Eres el diablo en persona, que tratas de trastornar mi razon?

El atrevido Jorge prosiguió : — Se trató entre las dos enviarla á Steinau con la mas posible brevedad. Vos propusisteis el ejercicio á caballo , y la obligasteis á bajar al picadero á instruirse en el arte de la equitacion : el traje azul celeste guarnecido de oro la daba tal bizarría , que os complaciais en mirarla... su pequeño pie...

Falk se puso encarnado , y apretó las espuelas al caballo :

— El pequeño pie, prosiguió el húsar, y otras preudas muy amables de la buena y angelical señorita...

Falk se daba al diablo al oir la pinturn que Jorge hacia de Claudia, que en todo la hallaba exacta.

— Cuando vuestra prima Irene supo que Claudia salia á caballo , aprendió tambien á montar , mas en secreto y sólo con el fin de atacaros por el flanco.

— Bellaconazo!...

— Aprendió de memoria el *Perfecto escudero* y leyó todos vuestros libros de caballerias. La anciana señora os armaba lazos por todas partes mientras que la señorita Claudia , sola en su habitacion , los ojos anegados en lágrimas , el pecho oprimido , y alimentándose con los sueños del amor , apenas se presentaba donde las gentes la viesan , y no se mezclaba en nada : la señorita amaba y lloraba en silencio. Cuando se dispuso celebrar el torneo , Irene , queriendo representar la *Reina de la hermosura* y colocarse en el sillón de terciopelo carmesí , encargó á la bella Claudia el papel de un paje... Dios y las cacharrerías de Bademberg dispusieron otra cosa.

Falk hubiera dejado hablar á Jorge cuanto hubiese querido sin interrumpirle ; pero este astuto criado , que conocia á su amo , guardó silencio y se colocó detrás de él. Sus palabras habian hecho demasiado patente toda la conducta de Irene para grangearse el cariño de Falk , quien despues de un momento de reflexion mandó al húsar se pusiese á su lado , y le dijo :

— Buen Jorge, habia resuelto esta mañana enviar á Claudia á Steinau porque..... breve: Jorge, tú has leído lo que pasa en mi corazón. El pequeño pie es muy lindo; Claudia vestida de paje y siempre á mi lado en lo mas fuerte de la refriega es aun mas seductor... pero mas que todo esto sus ojos arrasados de lágrimas harian inclinar la balanza... Yo te agradezco me hayas desengañado , aunque por ello deba sufrir todos los tormentos del infierno ; y á fe de húsar pro-

que Claudia no se ausentará de Kenstein contra su voluntad: volváse al castillo.

Cuando Irene entró en la sala después de la llegada de Falk, este no pudo ocultar su cólera. Tomó á *Sind* y cuantos libros encontró encima de la mesa, los cerró en un armario, guardándose la llave.

• Si el torneo ha sido una maniobra secreta de mi prima, decía entre sí, ya me ayer bien castigada, y haré de modo que en adelante no me tenga por un espadado.

Falk mudó la hora en que acostumbraba salir á caballo, paseándose al romper el día, á fin de no llevar á Irene consigo, y evitar la tentacion de rogar á Claudia le acompañase: iba por lo regular á caza antes de comer, dando órden no se le esperase; y ocho días después marchó para Steipau con el fin de dis-

Peto que Claudia no se ausentará de Falkenstein contra su voluntad: volvámos al castillo.

Cuando Irene entró en la sala después de la llegada de Falk, este no pudo ocultar su cólera. Tomó á *Sind* y cuantos libros encontró encima de la mesa, los encerró en un armario, guardándose la llave.

«Si el torneo ha sido una maniobra secreta de mi prima, decía entre sí, ya fue ayer bien castigada, y haré de modo que en adelante no me tenga por un estúpido.

Falk mudó la hora en que acostumbraba salir á caballo, paseándose al romper el día, á fin de no llevar á Irene consigo, y evitar la tentación de rogar á Claudia le acompañase: iba por lo regular á caza antes de comer, dando orden no se le esperase; y ocho días después marchó para Steipau con el fin de dis-

traerse : pero antes de dejar el castillo , dijo delante de Irene y de sus domésticos con un semblante que todos conocian , y temiau á un tiempo :

— El que quiera ser despedido de mi casa sin dilacion ni escusa , guárdese de faltar al respeto debido á la señorita Claudia de Falk.

Esta amenaza hizo temblar á Irene: En seguida pasó á la habitacion de Claudia; y sin pasar del umbral , la dijo con voz conmovida.

— Amable y querida hija, si te disgusta alguno durante mi ausencia , díselo inmediatamente al Rector que sabe cuanto te amo y del modo con que quiero seas aquí tratada. Claudia, toma este bolsillo; no ignoro que eres madre de los pobres; entrégate sin reserva á tu natural beneficencia; el Rector cuidará de llenarlo cuando esté vacío...

El corazon de Falk estaba tan agitado

ne no se atrevia á darla el último á
dios.

— Créeme, Clandia, continuó; si tu-
viese una hija, no la amaria tanto como á
tú... Ven aquí, exclamó enternecido, ven
hija mia, á estrecharte en el corazon de
un padre...

Clandia, estraordinariamente conmovi-
da y arrebatada de su pasion, se arroja á
los brazos de un hombre que la daba
tan tierno nombre, derramando en su
regazo dulces lágrimas de placer. — ¡ Oh
padre mio! noble y generoso padre!
exclamó; vuestra hija, en el momento
en que va á separarse de vos, implora
vuestra bendicion...

Al decir estas palabras la agradecida
huérfana se postra de rodillas. Falk, en-
ternecido hasta lo sumo, pone una ma-
no trémula sobre la frente de Claudia y
dice: — ¡ Dios, ante cuya augusta presen-
cia te adopto desde este momento por
mi hija, te colme de bendiciones!

Entonces mas sereno y poseido su corazon de una dulce calma , la levanta y abraza tiernamente. Claudia besó otra vez la mano que acababa de bendecirla, y Falk se apartó de ella sin pesar. Parecia que sus corazones acababan de entenderse : un lazo puro y sagrado los unia ya para siempre ; y este pensamiento , aunque vago en su imaginacion dulcificaba la amargura que sentian con su separacion.

— En verdad , dijo Falk al montar caballo , me parece que podria estar toda mi vida á su lado con la mayor tranquilidad. Jorge , ya es mi hija , y así todo va bien ; pero es preciso que yo vaya á Steinau , puesto que lo tengo determinado.


CAPITULO VI.
**EL ENCUENTRO.**

FALK caminaba con tranquilidad hacia Steinau : despues de haber pasado de Bergborn , echó pie á tierra para descansar un rato. A poco tiempo le alcanzó un hombre que iba á buen paso , y en cuyo semblante se veia impreso el sello de la honradez. Saludó á Falk , y como tenia la costumbre de hablar con mucho agrado á cuantos encontraba , le preguntó á donde se dirigia tan de priesa.

— A Sudern, contestó el viajero.

— Yo tambien voy allá, y si mi paso no es incomoda , irémos juntos : y al decir esto, le presentó su gran bolsa de tabaco. El desconocido bajó la cabeza en señal de

reconocimiento , tomó la bolsa , llenó su pipa , y manifestó el placer que sentia al fumar el esquisito tabaco del Comandante. En seguida examinó con atencion los caballos é hizo una esplicacion de todas sus propiedades con mucha inteligencia.

— Se conoce que habeis sido jinete, le dijo Falk.

— Es verdad, contestó el viajero sonriéndose ; y lo que mas sentí cuando me licenciaron , fue verme precisado á vender mi caballo.

— Como ! ¿ habeis servido ? le preguntó Falk con alegría.

— Soldado del destino , sus caprichos me han reducido á la media paga.

— Ah ! entonces..... eso es peor , pues por lo regular ese señor no suele conceder inválidos.

— Conforme : da y quita segun acomoda ; los hombres por el contrato lo toman todo y no dan nada.

— Sin embargo , cuando la mano del destino hiere con demasiada dureza á un hombre de bien...

— El corazon se endurece.

— No hay duda ; pero esto no deberia ser así , aunque el mejor caballo llega á ser indómito cuando lleva encima un mal ginete : lo que en términos de equitacion se llama no tener freno.

— El destino no es mal ginete : el hombre es incorregible antes de recibir el freno. En fin la desgracia no está mas que en nuestra imaginacion.

— Señor mio , lo que decís no me parece exacto. Sino decidme : los enfermos, por ejemplo...

— Dios les sostiene y les da la fuerza de que careceria un hombre en estado de salud para mantener la vida en medio de sus padecimientos.

— Cierto : Dios es misericordioso, dijo Falk descubriendo su cabeza ; pero los

pobres negros de America..... el señor Rector me ha dicho cosas que me han estremecido al oirlas. Aquí Falk levantó sus ojos hácia el Cielo, y sus miradas espresivas parecian decir con energia : « Dios mio, tened piedad de ellos. »

— Decís bien, repuso el desconocido, yo pensaba otra cosa, y he aquí como yo razonaba : Por cada diez mil personas en estado de salud hay un enfermo, y por un esclavo negro hay cien mil blancos que gozau de libertad.

— Lleve el diablo vuestro razonamiento. ¿ Qué sirven al pobre enfermo vuestros diez mil sanos? ¿ Acaso el desgraciado africano es menos esclavo porque haya otros cien mil libres? Concluyamos : tenga Dios misericordia con los que los maltratan ; siempre he considerado como hermanos á estos seres desgraciados, y no encuentro una razon porque han de estar destinados á padecer.

Un generoso movimiento de cólera animaba los ojos de Falk : el desconocido le miraba con una sorpresa mezclada de placer.—Sin duda que son nuestros hermanos , dijo este : ellos han recibido el sér de la misma mano que nosotros , y Dios me libre de pensar de distinta manera. Digo como vos , que Dios perdone á todo hombre que tenga bastante crueldad para levantar el palo contra su semejante.

— Ah ! para detener estos abusos conveudria erigir , como en el siglo décimo cuarto , tribunales supremos , en los cuales un centenar de ancianos y nobles caballeros entendian de los delitos...

— ¿ Que por lo regular cometian ellos mismos?... interrumpió el compañero : ¿ que hollaban á sus vasallos?..... ¿ que precipitándose de lo alto de sus fortalezas cual una banda de salteadores sobre los traficantes y viajeros , les robaban ó

les exigian el precio de su rescate, y que no conocian otra ley que la del mas fuerte? Si esta seria una bella institucion en efecto (*).

Falk no estaba acostumbrado á que se le contradijese con tanta osadia. Sus ojos arrojaban fuego, pero contuvo el enojo porque conocia cuan cierto era el raciocinio del desconocido.

— Teneis razon, le dijo despues de una pausa: yo solo hablaba segun mi corazon, y lo que hubiera querido hacer.

— Pero..... dijo Jorge que entonces tomó parte en la conversacion, los antiguos caballeros hacian otras cosas: volaban al socorro de la viuda y del huérfano; defendian á su príncipe; libertaban á las bellezas de sus opresores, y á los esclavos de las cadenas. Por ejemplo, Goetz de Berlichingen ó el Caballero de la mano de hierro...

(*) Véase la nota al fin de este tomo.

A estas palabras el nuevo compañero de viaje examinó con la mayor atención á los dos lúsaes.

— ¿Sois por ventura el Conde de Falk? le preguntó con respeto.

— Sí, le contestó : ¿ de donde me conocéis?

— Hasta ahora no habia tenido ese honor, pero desde este instante me considero muy dichoso, respondió el extranjero con una visible alegría.

Falk le presentó su mano, que estrechó con cordialidad, preguntándole quien era.

— Un aldeano de Sibigerade.

— ¿Un aldeano? Sin duda que os burlais.

— Señor Comandante, veo que os admira mi lenguaje distinto del que usa la gente del campo : en efecto, en otro tiempo fui mas de lo que ahora represento ; pero ya os lo he dicho, la mano

del destino ha descargado sobre mí.....

— Y con bastante rigor, amigo mío, según presumo..... Pero si no lo tenéis á mal, yo os daré un caballo para que vayais hasta Sibigerade : mi camino es el mismo, y si allí tenéis casa, me alojaréis esta noche en ella.

— Señor Comandante, vos estais acostumbrado...

— A dormir sobre la dura tierra, mi querido amigo ; no os dé eso cuidado ; ¿ como os llamáis ?

— Lindner.

— Pues bien, señor Lindner, si aceptais mi oferta, sabid en el caballo y marchemos.

Jorge llevaba un caballo de mano ; se le presentó á Lindner quien subió en él sin detenerse, con tal gallardía, que dió bien á entender á Falk que el señor Lindner debía de haber sido un buen jinete.

— Lastima es que no tengáis caballo, le dijo, porque me parece que os sabriais servir de él.

Lindner no respondió á este cumplimiento de Falk, y habló de cosas indiferentes. Al ponerse el sol, llegaron á Sibigerade; atravesaron el pueblo y al dar vuelta á una pequeña colina como á cien pasos de la poblacion, divisaron una casa pequeña cercada de árboles. Una jóven estaba á la puerta; y su trage, en el que se veia mezclado el gusto de la ciudad y de la aldea, era de una particular elegancia.

— Te traigo un huésped, Jacobina, la dijo Lindner con alegría: ¿á qué no adivinas quien es?

La jóven dirigió entonces hácia Falk una mirada dulce y espresiva.

— Al Comandante de Falk, prosiguió Lindner viendo el silencio de su hija.

Un rayo de alegría apareció en los ojos

de Jacobina; le saludó con una amable sonrisa, y le recibió con el mismo placer que se experimenta á la vista de un antiguo amigo.

— Parece que ya me conocéis, dijo Falk un poco sorprendido.

— ¿ Quien no conoce en estas comarcas á un hombre tan noble y generoso como vos? le contestó la jóven con un tono de voz poco comun.

Jorge condujo á la aldea los caballos, porque en la cabaña no habia lugar para ellos.

Falk entró con sus huéspedes en una sala baja, echó una mirada al rededor, y vió que solo contenia dos sillas de madera, dos mesas y un armario de pino; pero observó al mismo tiempo que las ventanas eran claras, las cortinas blancas, y el suelo y todos los muebles brillaban de puro limpios.

— Caramba! señor Lindner, veo que

el destino , dijo Falk , os ha tratado con mas dureza de lo que yo me habia figurado.

— Sí , señor Comandante , pero no con tanta como crecis. Por ejemplo , vos habeis dormido la mitad de vuestra vida sobre la dura tierra , y á mí jamás me ha faltado un lecho. Yo soy un sibarita comparado con un prisionero ó un esclavo africano.

— Sin duda , sin duda ; replicó Falk con viveza : vos teneis todo el valor de un hombre ; pero , ¿ y vuestra hija?... esas lindas manos , cuyo cutis es tan delicado , ¿ se ven en la necesidad de trabajar sin estar acostumbradas á ello ?

— Dios , que ha formado esas manos para el trabajo , las ha endurecido al mismo tiempo. Este Sér soberano da siempre recompensas... Jacobina , dijo Lindner interrumpiendo su discurso , tenemos necesidad , ve á disponernos alguna cosa.

La jóven salió del aposento , y Lindner prosiguió :

— Señor Comandante , no he querido que mi hija estuviese presente á nuestra conversacion, porque no la faltan bastantes motivos para quejarse del rigor de la suerte. Sin embargo , para responder á vuestras objeciones, propias de un corazón excelente, os diré que yo poseo una casa para resguardarme de la intemperie, un lecho para descansar, y un terreno pequeño en verdad , pero suficiente para mi mantenimiento si quiero trabajar ; mis vestidos son sencillos y cómodos ; mi alimento abundante y sazonado por el buen apetito ; soy independiente... estoy sano del cuerpo y del espíritu ; y padre de una buena y valerosa hija ; venero y temo á Dios , y mi conciencia está tranquila. Ahora bien , señor Comandante , ¿ qué teneis mas que yo ? una casa mayor que la mia ; treinta salas, de las cuales so-

una habitais... mesa suntuosa, en la que podeis contentar mas que un apetito... en un lecho de seda y de pluma. Decidme, pregunto : ¿qué mas poseeis que el pobre Lindner?

Falk movió la cabeza. — Lo que me decis es cierto, replicó : yo no poseo nada mas que vos ; soy aun mas pobre, pues no tengo una hija, y por el Dios de las misericordias aseguro que esto es lo que me causa mas pena, porque el doctor Kreindenmann asegura que la felicidad de la vida consiste en ser padre. Pero, querido amigo, no dejaréis de convenir conmigo en que vuestro género de vida es bien sencillo, y bastante monótono, y que el hombre necesita de tiempo en tiempo alguna distraccion.

A estas palabras, Lindner abrió el armario y sacó una flauta. — He aquí mis diversiones, señor Comandante, dijo mostrándosela : este pedazo de madera encier-

ra la voz de un ángel consolador cuando yo la animo ; la de mi hija se une á sus melodiosos acutos , y en estos instantes olvido todas mis penas. En otros tiempos unia ella tambien á este instrumento los ecos de un piano ; ahora , esto poco basta para nuestra alegría.

En seguida le enseñó el interior del armario, que contenia muchas hileras de libros. — Ved aquí, continuó , nuestras distracciones, nuestros consejeros y consoladores : una deliciosa campiña nos rodea, y la naturaleza nos ofrece todavía mayores placeres.

— Señor Lindner, vos me confundis. Yo no tengo todo lo que vos poseeis, aunque... ¿y vuestra hija? será preciso casarla, y entonces...

Lindner guardó por un momento silencio. — Teneis razon, contestó, esta es mi pena secreta... pero ¿porque me he de afligir antes de tiempo? Yo me entre-

en manos de la Providencia ; esto depende de su infinita sabiduría : y si tuviereis una hija, no por eso estaríais menos exento que yo de esas penas.

— Decís bien, y tengo de ello un buen ejemplo : veo que hay cosas que es preciso abandonarlas en manos de la Providencia. Pero ¿ sabéis que hay pocas personas que piensen como vos ?

— ¡ Ah señor de Falk ! si los hombres en general pensasen de esta manera, ¡ cuantas ventajas sacarían de ello ! Renunciad todos los males que reinan sobre la tierra, examinad cada uno de ellos en particular, y veréis que todos ó la mayor parte traen su origen del deseo de poseer mas de lo que realmente gozamos. Si todos nos contentásemos solamente con lo necesario, este mundo seria la morada de la felicidad.

Falk estaba pensativo : al fin, saliendo de su distracción y tomando la mano de Lindner, le dijo :

— Pero , ¿podeis pasar sin tener un amigo ?

Lindner le miró con tranquilidad, y contestó : — Yo creia haber encontrado hoy uno.

— Sí , mi querido Lindner , esclamó el Comandante con entusiasmo : Wenceslao Falk de Falkenstein , hombre de bien , será de aquí en adelante vuestro amigo , con todo cuanto posee , y...

— Y si no hubiese encontrado al señor de Falk , interrumpió Lindner abrazándole , tengo á mi hija y mis vecinos , cuyo afecto me he sabido ganar poco á poco.

— ¡ Que diantre , señor Lindner ! yo me siento sobrecogido de respeto en vuestra presencia , aunque puedo decir que tambien he tenido amigos. Uno sobre todo... Ay ! me ha abandonado , y de una manera... Si una bala le hubiese muerto á mi lado , no le habria llorado tanto. Ninguno he amado con tanta ternura co

no á este ingrato ; y de algun tiempo á esta parte no puedo apartarle de mi memoria , ni dejar de sentir cada vez mas su ausencia... Señor Lindner , tengo el mayor placer en haberos conocido,

Lindner apretó la mano de Falk afectuosamente. En este instante entró Jacobina , tendió unos blancos manteles sobre la mesa , y colocó despues en ella un plato de legumbres y una ave asada , invitando con mucho agrado á su huésped á acercarse á la mesa. Falk comió con apetito. Jorge habia cuidado de llevar consigo la botella de campaña , llena de vino esquisito.

— ¡ Ah señor filósofo ! dijo Falk con alegría , y llenando el vaso de Lindner ; ya os he cogido ; ¿ diréis que el vino no es una privacion para vos ? lo bebeis con gusto ?

— ¿ Quien lo duda ?

— Oh ! bien sabia yo que encontraría

alguna cosa con que hacer frente á vuestros argumentos. De consiguiente , he aquí que yo posco alguna cosa mas que vos.

— Señor Comandante , este solo vaso de vino convierte para mí esta comida frugal en un suntuoso banquete. ¿ Produce en vos el mismo efecto ?

— En verdad que no, porque yo bebo vino diariamente : mas vos que estaré privado de él mañana...

— Entonces digo que he tenido un día mas de regocijo. Mi hija no lo bebió cuando yo tenia aun medios para proveer la bodega.

— No faltará de hoy en adelante, querido amigo , ni tampoco un hermoso buen caballo : yo os doy mi palabra.

Eran entonces los dias mas largos del estío , y concluida la comida , Lindner y su huésped pasaron á la huerta, que Faltner encontró cultivada con todo esmero.

Seíanse los árboles cargados de fruta, las cabillas de trigo adornaban aun las tierras que componian parte de la propiedad de Lindner, y el producto parecia considerable, atendida la pequeñez del terreno. Cerca de él se habia construido un establo, en el que se encerraban dos vacas y algunas cabras con tanto aseo como en Holanda.

— Esta es la posesion de Jacobina, dijo Lindner á Falk que no se causaba de admirar la industria de su amigo. Mi hija tiene buena mano para el cultivo, ó hablando con mas propiedad, es activa y cuidadosa; las mugeres de la aldea recurren por lo comun á ella para oír su dictámen sobre esta materia. Su corral está tambien muy bien cuidado; pero la huerta es creacion suya: yo la he enseñado á enjertar, y espero dentro de tres años poderos ofrecer otros postres distintos de los de hoy.

Falk , siempre meneando la cabeza en muestras de su admiracion , fue introducido en una pequeña sala tan aseada como el resto de la casa , y se acostó en el lecho que le habian preparado , con la cabeza ocupada de las nuevas ideas que su huésped le habia inspirado , y propuso pasar el dia siguiente en su compañía.

A la mañana , cuando vino Jorge , que habia dormido en Sibigerade , en busca de su amo , le refirió cuantas noticias le comunicó el posadero acerca de Lindner. Dijo que era un hombre muy honrado , y siempre dispuesto á servir á unos con sus luces , y á otros con terminar sus contiendas , dedicándose noche y dia á ayudar á todos con su persona y consejo. Que nadie sabia su procedencia ; pero que el párroco habia dicho cien veces que Lindner era un sabio. El elogio de su hija estaba continuamente en boca de todos los habitantes de Sibigerade : cada

uno alababa su piedad , su dulzura , su actividad y modestia , y en fin , que todos á una se hacian lenguas para elogiar al padre y á la hija.

Falk escuchaba á Jorge en silencio : ya tocaba una marcha con los dedos sobre la mesa ; ya se pasaba la mano por el rostro ; y ya se retorcia sus largos y poblados bigotes : señales ciertas de que estaba formando algun plan.

— Prosigue, Jorge, prosigue, le decia de cuando en cuando ; me das el mayor placer en decirme esas cosas.

Cuando ya Jorge no tuvo que contar mas , Falk salió en busca de su huésped.

— Escuchad, señor Lindner , le dijo , yo he reflexionado bastante desde anoche acá , y tengo en la cabeza un proyecto. Quisiera poder explicaros mis razones , mis motivos , pero esto seria demasiado largo , y quiero desde ahora instruiros francamente de mi pensamiento,

Sé que podeis pasar sin mí; pero yo, amigo mio, no puedo pasar sin vos. Yo dirijo las posesiones de Falkenstein así así; y observo algunos defectos, los cuales no puedo remediar, y si algun dia mi hermano heredase mis bienes...

— Qué! ¿no pensais tomar estado, señor de Falk?

— Mi querido amigo, cada uno tiene sus penas en este mundo, y yo no hablo de este asunto sin algun disgusto..... el Rector y yo..... que únicamente soy su instrumento, pues él lo ha hallado todo en sus libros, hemos trabajado cuanto ha estado á nuestros alcances para hacer que floreciese la agricultura; pero unos han tomado á burla las mudanzas, otros no han querido someterse á ellas, de forma que estoy perplejo sobre qué será mejor: si restablecer las cosas al estado antiguo, ó dejarlas seguir como van, no obstante que no me parecen bien.

— A propósito, señor Comandante, ayer he atravesado vuestras tierras, y.....

— Y bien, ¿qué decís?

— Que vuestros deseos son los mejores, pero que ignorais enteramente lo que es agricultura, y que gastais cien escudos para solo reembolsar ochenta.

— Eh! el Rector y yo creíamos haber obrado maravillas, y casi estaba persuadido que mi hermano me imitaria.

— Sin embargo; no va del todo mal; y como teneis otras rentas además de las de Falkenstein, podeis sostener los dispendios que exigen las nuevas reformas.

— Así es, amado Lindner, me felicito que lo hayais visto, lo que me estimula á haceros mi proposicion, que espero no rehusaréis. Venios á Falkenstein; gobernadlo todo á vuestro gusto: haced de modo que mis vasallos vivan felices y contentos, para que yo tambien pueda estarlo. Vos sois el único que puede encargarse de

una tarea que vuestro amigo os agradecerá, y á vuestro gusto queda el estipular las condiciones.

Lindner se mantuvo pensativo por un instante.

— Señor de Falk, dijo al fin, quisiera poder manifestaros cuanto aprecio una confianza que me honra demasiado y penetra hasta el fondo de mi alma. Pero conozco el mundo, y estoy íntimamente persuadido que mi felicidad se encuentra con mas solidez en este paraje solitario que entre los hombres. Sois el único que pudiera inspirarme el deseo de volver á vivir entre ellos : contribuir á vuestro reposo, creo sea corresponder dignamente á vuestra confianza.

— Pensad, Lindner, pensad en el bien que podeis hacer, y el mal que quizá evitaréis.

— Señor Comandante, cedo á vuestros deseos, pero bajo ciertas restricciones.

una tarea que vuestro amigo os agradecerá, y á vuestro gusto queda el estipular las condiciones.

Lindner se mantuvo pensativo por un instante.

— Señor de Falk, dijo al fin, quisiera poder manifestaros cuanto aprecio una confianza que me honra demasiado y penetra hasta el fondo de mi alma. Pero conozco el mundo, y estoy íntimamente persuadido que mi felicidad se encuentra con mas solidez en este paraje solitario que entre los hombres. Sois el único que pudiera inspirarme el deseo de volver á vivir entre ellos: contribuir á vuestro reposo, creo sea corresponder dignamente á vuestra confianza.

— Pensad, Lindner, pensad en el bien que podeis hacer, y el mal que quizá evitaréis.

— Señor Comandante, cedo á vuestros deseos, pero bajo ciertas restricciones.

— Sois dueño de fijarlas.

— Bruchstedt constituye parte de vuestros dominios : este es el paraje que elijo para mi residencia.

— Amigo mio , la casa es muy mezquina.

— Es un palacio comparada con mi cabaña : yo seré dueño de escoger mis domésticos ; nadie podrá contradecir lo que yo emprenda.

— Asi debe de ser, porque de otra manera nada se conseguirá.

— Cuando vayais á visitarme no llevaréis en vuestra compañía ningun extraño, sea quien quiera.

— Señor Lindner , yo siempre he estado orgulloso de que todos conozcan á mis amigos , y de vos lo estaría aun más : sin embargo , si así lo exigís , hágase vuestro gusto. Quizá tendréis razones para ello.

— Y muy graves , señor de Falk : tambien vendréis solo , aun en el caso en que

vuestro hermano quiera visitar á Bruchstedt , á menos que no me lo aviseis antes, pues entonces yo me mantendré retirado.

— Sea á vuestro gusto , Lindner.

— De ese modo , señor , siempre miraré vuestras visitas como un don del Cielo.

— Oh ! estad tranquilo , todos los dias me tendréis en vuestra casa.

— Además os propondré para el Curato y dirigir la primera educacion de Bruchstedt dos sugetos de mérito : vos convendréis con mi opinion.

— Consiento en todo con el mayor gusto : pero Lindner , tratemos de vuestra manutencion , pues os aseguro en conciencia que Bruchstedt no está en estado de producir nada.

— Tanto mejor : asi nuestras cuentas no serán largas. Además...

— ¿ Aun os queda que proponer ?

— No estaré obligado á ir á Falkens-

leín sino cuando guste: y si tenéis huéspedes, no se me podrá obligar á presentarme.

— Pero no dejaréis de ir algunas veces para ver lo que haya que hacer.

— Para ver, aconsejaros, y nada mas.

— Señor Lindner, mucho aborrecéis á los hombres.

— No los aborrezco, pero los temo: ellos me han puesto en el caso de temerlos, y ved porque yo vivo solitario y oculto.

— Lindner, decidme quienes son los autores de vuestras penas, y veréis que vuestro amigo es un hombre...

— Generoso Falk, interrumpió Lindner enternecido, creed que si con las armas hubiese podido castigar á mis enemigos, no habria estado ocioso mi brazo, porque yo tambien soy un hombre. Mas ¿que defensa quereis oponer á una nube de piedra que de repente destruye vues-

tros sembrados, y al rayo que abrasa vuestra cabaña? Nada, sino bajar la cabeza, conformarse con la Providencia, y buscar un asilo: creia haberle hallado aqui; vuestra generosa oferta me seduce, y me refugio en vuestros brazos: desde este instante, mi corazon y cuanto soy son vuestros.

Falk y Lindner se dieron cordialmente las manos, y el pacto quedó concluido. Falk partió al dia siguiente á Steinau, y Lindner empezó á arreglar sus asuntos para ir á establecerse sin tardanza á Bruchstedt.

CAPITULO VII.

INSCRIPCION EN LA BIBLIA.

AL acercarse á Steinau , Falk exclamó repentinamente.

— Es cierto que he dado la palabra á mi hermano...

— Y si vuestro hermano fuese el que hubiera hecho esta fatal promesa , ¿ qué hariais entonces ? interrumpió Jorge.

— Nola hubiera aceptado.

— ¿ Y si ya no pensasen en ella ?

— Ah ! si yo hubiese llegado á presumir que mi hermano amaba á una jóven como Claudia , de rodillas le suplicaria se uniese con ella : Jorge , casi creo que mi hermano...

— Pensaría como vos , si fuese un verdadero Falk ; pero...

Falk dió de espuelas al caballo para distraerse de las tristes ideas que le perseguían.

Apenas llegó á casa del baron Aloisio, todas las señales del pesar desaparecieron de su rostro : tanto fue lo que le conmovió el recibimiento que le hicieron.

— ¿Donde están los niños? preguntó.

— Hermano mio , dijo la Baronesa, los niños se han hecho grandes desde el largo tiempo que ha que estuvisteis en Steinau. Valentina es dama de honor de la princesa de W***; y mi hijo Ernesto es paje en la misma corte.

Falk suspiró, sin dar otra respuesta.

— ¿Qué hace la buena prima Irene? preguntó la Baronesa.

— Os saluda de mi parte.

— ¿Y la taciturna Claudia?

— Taciturna? Perdonad , hermana

mia ; Claudia, cuando es preciso , habla con mucho juicio y precision. El Rector me ha hablado mucho de un ciudadano de Atenas llamado Focion, á quien nombraban *la Regla*, porque todo lo que hablaba era arreglado y conciso : ahora bien , con este célebre personaje puede compararse á Claudia.

— Sin duda ; pero esa jóven no tiene la vivacidad de espíritu necesaria.

— No lo creo yo así ; y para servirme de una comparacion , diré que cuando la prima Irene habla sus palabras son como un monton de monedas de cobre, del mas infimo valor ; pero si Claudia deja escapar algunas palabras , estas son otras tantas monedas de oro.

La Baronesa se mordió los labios de despecho. — ¿ Con que vuestras damas , segun me han dicho , montan á caballo ?

— ¿ Y como lo sabeis ? En efecto, Irene monta como un húsar ; Claudia es verdad...

—No se da buena maña, ¿es así? Creedme, hermano mio : vos malgastais el tiempo con ella.

—Hermana, siempre me atajais la palabra. Claudia no monta como un lúsar, pero...

—Es lástima que una jóven regularmente linda carezca de sensibilidad : yo la tengo por estúpida.

—Bien veo que no la conocéis, pues de otra manera no hablariais así. Su corazón es como su boca, silencioso... pero fiel.

Falk se avergonzó al pronunciar estas palabras, y la Baronesa mudó de conversacion por la llegada de Adolfo y de Ines. Ambos se arrojaron á un tiempo á los brazos de Falk prodigándole las mas tiernas caricias, sin cesar de repetir el tierno nombre de padre, en vez del de tio. Su sensible corazón siempre dispuesto á amar, no adivinó que los niños represen-

entaban aquella comedia, por órden de su madre, puesto que no podian profesar tan grande cariño como manifestaban á una persona á quien solo habian visto tres veces desde que vivia en Falkenstein.

— Dios os bendiga, hijos míos, les dijo en medio de la efusion de su alegría.

— ¡Ay hermano mio, y que á punto viene ese deseo! Dios oiga vuestros votos. Pero no es pequeña carga la colocacion de cuatro hijos. Hay una muy notable diferencia entre vos y el Baron. Mi esposo tiene que guardar la mayor economía para colocar sus hijos, y vos no teneis ninguna carga: además, habéis heredado de vuestro tio cuantiosos bienes...

Falk arrugó las cejas, y la Baronesa prosiguió: — Con todo tratamos, de colocar á Ines en un convento de damas nobles.

— Meditadlo antes bien, hermana mía, y nunca obligueis á la tierna Ines á elegir un estado sin consultar su voluntad.

— Será forzoso que lo abrace, porque nuestros bienes solo alcanzan para establecer á dos hijos. Adolfo seguirá, como vos, la noble carrera de las armas. Ah! cuando yo reflexiono en la suerte de mis hijos, no puedo reprimir las lágrimas, y entonces para consolarme, digo entre mi: Mis hijos tienen un padre poderoso que nunca les abandonará.

— Pensais con mucha justicia, hermana mía; sí: este padre jamás ha dejado perecer á ninguno.

— Eso mismo repito al Baron cuando le veo inquieto sobre este particular: bien lo sabes, Alix, le digo, tu hermano nunca ha desamparado á nadie.

Falk habia pensado en Dios al dar su respuesta, y la Baronesa en la herencia.

— Además, continuó aquella, si he-

Van á reunirse los bienes de las dos casas, mis cuatro hijos serán dichosos : de otro modo es preciso que Ines tome el velo , y Adolfo siga la milicia.

Falk no tenia nada que responder á este último argumento : no podia criticar que su hermano obrase como buen padre : suspiró y meneó la cabeza en señal de aprobacion. Mas esto no dejaba satisfechos los deseos de la Baronesa : necesitaba para calmar su inquietud que Falk hablase de la herencia , y no pudo conseguirlo por entonces.

Al tiempo de desnudarse por la noche, Jorge renovó la conversacion de la mañana , y dijo :

— Estoy seguro que vos jamás habriais aceptado esa maldita promesa.

— No ciertamente ; pero ya la he hecho : ellos me conocen , y no espero ninguna gracia por su parte,

Jorge no replicó ; pues su corazon es-

taba traspasado al ver la pesadumbre de su amo.

A los dos dias despues de la llegada de Falk á casa de su hermano , recibió la baronesa una carta cuya lectura la llenó de un furor extraordinario : abría y cerraba las puertas con violencia ; arrojaba cuanto tenia delante de sí ; reñía con los criados ; su voz era áspera , y todas sus facciones ofrecían la imágen de una persona poseida de una cólera pronta á manifestarse.

La carta era de Irene , en que la decia que el Comandante estaba perdidamente enamorado de la estúpida Claudia , y que habia dado las disposiciones necesarias para desposarse con ella á su vuelta. Añadia que Falk antes de su partida habia declarado era su voluntad se la mirase con el respeto debido á la señora de la casa ; acusaba despues á su jóven primo de la mas horrible ingratitud hácia ella.

y por último conjuraba á la Baronesa no dilatase la ejecucion del plan meditado si queria impedir tan detestable matrimonio. «Es preciso que Claudia salga del castillo, repetia, antes del regreso del primo: de lo contrario, todo se ha perdido.»

La Baronesa tembló al leer esta carta: Irene no la daba ningun cuidado; su edad no era ya á propósito para tener hijos, y caso que Falk se uniese á ella, tarde ó temprano recaerian los bienes de este en su familia: mas no sucedía lo mismo con Claudia, cuya belleza, juventud y modestia la daban mucho temor. Habia notado ya que los recelos de Irene no carecian de fundamento, pues siempre que se hablaba de Claudia, Falk no dejaba de decir que aquella jóven era un ángel: y cuando se tocaba á la herencia, guardaba un profundo silencio.

Al efecto empleó cuantos medios estu-

vieron á su alcance para obligar á Falk á que se esplicase sobre este punto : Alix, instigado por ella, habló con tanta claridad, que al fin su leal hermano se vió precisado á hablar.

— Hermano mio, le dijo con gravedad ; te he dado mi palabra, y por Dios santo que te la cumpliré, á pesar de las reflexiones que despues he hecho : si yo estuviese en tu lugar, no habria aceptado semejante promesa.

— Pero, Wenceslao, respondió Alix, yo no trato de despojarte de tus bienes, los disfrutarás hasta tu muerte...

— Eh ! vete al diablo con tus bienes : no se trata ahora de eso ; yo quisiera derramar aqui mis riquezas del mismo modo que el viento esparce las arenas. De lo que se trata es del doctor Kreindenmann, un jurisconsulto excelente, que es de distinto dictámen que tú.

Alix se asustó al oír estas palabras*

creyó que su hermano habia consultado con algun letrado acerca de la validacion de su promesa.

— Wenceslao , le dijo temblando , estamos muy distantes de emplear la fuerza , y así no hay necesidad de consultar á los letrados : yo confio en tu palabra , que has guardado siempre religiosamente ; y sobre todo en tu ternura para con mis pobres hijos , que ya te llaman su padre y fundan en tí sus esperanzas.

— ¡Sus esperanzas !..... Ya..... y las mias?... Diante !... En fin , he prometido y cumpliré : solo exijo no se trate mas de este asunto.

Alix enjugó el sudor que las indagadoras miradas de su hermano hacian correr por su rostro. La victoria estaba ganada , pues Falk habia reiterado su promesa , aunque la desconfiada Baronesa queria que esta constase por escrito ; mas ¿como proponérselo al terrible Co-

mandante? Para conseguirlo se valió de una estratagema.

Se acercaba el aniversario del nacimiento de Falk, y para celebrarle se dispuso una fiesta solemne, cercándose de árboles la capilla donde descansaban las cenizas de sus abuelos y adornándola con cuadros de flores. Los paisanos acudieron á bailar en los patios del castillo el día de la función: el anciano maestro de primeras letras recibió un buen regalo, y se decretó la construcción de una nueva escuela, perdonándose con toda autenticidad á los vasallos pobres la mitad de sus arrendamientos. En medio de la general alegría, los dos niños presentaron á su tío una corona de flores, con un rico sable turquesco que habia pertenecido á su abuelo, y recitaron varios versos, en los cuales las palabras *amor paternal* y *amor filial* se repetían á cada momento. Conmovidó Falk con esta escena, estre-

chaba contra su corazon penetrado de gozo y de melancolía á los hijos de su hermano ; lo que visto por la Baronesa y con voz halagüeña, le dijo :

— ¿ No seria bueno , hermano mio , que en tan solemne dia dieseis por escrito á vuestros sobrinos la ratificacion de una promesa cuya memoria debe serles tan honrosa como agradable ?

— ¿ Y á que fin ? preguntó Falk.

— A fin de que cuando estemos descansando en el sepulcro de nuestros padres, vuestros últimos sobrinos lean con reconocimiento esta prueba del amor que les teneis.

— Dejad obrar á mis últimos sobrinos como quieran , Baronesa : si condescendiese con semejante propuesta ; no tendria á sus ojos ningun valor una herencia que seguramente no habrian recibido de mí : ellos heredarán porque he dado mi palabra, y no porque...

— Hermano , somos mortales , interrumpió la Baronesa.

— ¡Que diantre ! yo podría en este momento , y lo digo en presencia de Dios , daros cuanto poseo : mi corazón se halla vivamente conmovido ; mas quiero que confiéis en mi palabra. Desgracia es que tenga en el mundo mas fuerza un papel escrito que la palabra de un hombre honrado. Antes quisiera ser molido á palos , y este es un gran juramento , que obrar con mi hermano como un judío. Lo he dicho y lo cumpliré ; dejadme en paz.

Falk acompañó á estas palabras un gesto que daba bien á entender cuanto deseaba terminar una conversacion que le era muy poco grata.

No por esto se desaminó la Baronesa : hizo que Falk repitiese la promesa delante de sus hijos , y en seguida echó mano del último medio. Alix tomó la gran Biblia que habia servido á sus bisabuelos , á

muerte. Ya no hay remedio, decia entre dientes.

El lazo estaba tan bien dispuesto, que el honrado Falk no pudo evitar caer en él, por mas que lo evitó, porque su conciencia ahogaba todas sus reflexiones. Este último acontecimiento aumentó su tristeza, al verse ligado de una manera irrevocable. Cuando estuvo solo en su cuarto, un espantoso desaliento se apoderó de su alma: conocia la pasión con que amaba á Claudia, y veia frustradas las esperanzas de hacerla su esposa.

« ¡Que desgraciado soy! esclamaba; pues aunque puedo casarme, si lo hiciese pasaria eternamente entre mi posteridad por un hombre sin fe y sin honor. No, jamás habria yo escrito tan fatales palabras contra los intereses de un hermano, aunque por cada una de ellas me hubiesen ofrecido una Claudia..... ¡Esta amable Claudia!... Yo quiero ser su pa-

bre, y Dios me prestará fuerzas para vencer mi pasión. Ah! si pudiese hallar un hombre digno de ella, que la apreciase tanto como yo!... mi Gustavo, por ejemplo : ay! si él la viese!.. No... Gustavo ha echado una mancha en su honor, una mancha que no puede lavar sino con su sangre. ¡Un desertor! Gran Dios! ¿porque mi corazón padece tanto por causa de aquellas personas á quienes tan tiernamente se halla ligado?...»

Falk se acostó, y nadie, ni aun el fiel Jorge oyó sus lamentos.

CAPITULO VIII.**LA ASECHANZA.**

Si la Baronesa hubiese conocido mejor á su hermano, se habria contentado con solo su palabra; pero ella juzgaba á todos por su propio corazon, y no miraba la inscripcion puesta en la Biblia sino como un débil lazo para Falk.

« Si regresa á Falkenstein, decia, los artificios de aquella coquetilla (así llamaba á Claudia) romperán los débiles hilos que con tanto trabajo he urdido. Es preciso emprenderlo todo para conseguir mi proyecto. »

En uno de los dominios de la Baronesa de Falk residia un jóven llamado

Laufer , atrevido , emprendedor , y capaz por el interés de cometer cualquiera acción por arriesgada que fuese. La Baronesa habia propuesto al veedor de sus bosques Reinhard que sacase á Claudia del castillo ; pero este lo rehusó , porque conocia demasiado el genio del Comandante , y no trataba de indisponerse con él.

Laufer fue menos tímido y menos escrupuloso. La Baronesa le preguntó si queria por esposa una jóven de diez y ocho años con buen dote, y la plaza de juez de Dorstedt despues del fallecimiento del que la servia; cuya proposición aceptó con tanto mayor gusto , como porque habiendo visto muchas veces á Claudia no le desagradaba. No obstante, cuando supo que el Comandante la amaba , y que era preciso sacarla de su poder , se quedó pensativo , porque nadie queria tener ninguna diferencia con él ;

pero la Baronesa le alentó representándole la necia credulidad de su cuñado, y para acabar de determinarle, se comprometió á dispensarle su proteccion caso que la empresa se desgraciase.

Además, habia combinado su plan de tal modo, que Laufer debia correr poco peligro en la tentativa. En su consecuencia, marchó á Falkenstein con una carta para Irene, en la cual su prima la prescribia el papel que debia representar en el asunto. Se introdujo furtivamente en el castillo, y despues de haber entregado el papel, logró salir sin ser visto. En aquella misma mañana, Irene preguntó al Rector si conocia á un jóven de hermosa presencia que habia visto pasearse con Claudia fuera del castillo: el Rector la respondió sin alterarse que no era su bedor de nada. Durante la comida, Irene hizo la misma pregunta á Claudia, quien contestó que no le conocia; y que

viéndola rogado le dijese si el Comandante estaba en sus dominios , le había respondido que se hallaba en Steinau. Irene añadió haberle visto pasearse en su compañía por bajo de los sauces , y aun seguirla hasta el parque, observacion que hizo revivir los colores de su rostro y bajar la vista sin decir una palabra. El Rector la miró ; mas distraido en otros pensamientos , no concibió ninguna sospecha de estas demostraciones.

En efecto , todas las mañanas Claudia acostumbraba pasearse por las cercanías del castillo y por los mismos sitios donde en otras ocasiones había acompañado á caballo á su noble protector. Gustaba mucho de recorrer aquellos parajes porque la traian á la memoria dulces recuerdos , y porque allí podia pensar con tranquilidad en él. El dia que llegó Laufer al castillo , y despues de haber entregado la carta á Irene , cuando ya había gran rato

que Claudia estaba dando su paseo de costumbre , se acercó á ella y la preguntó con mucho respeto si hallaría al Comandante en su casa : Claudia le dijo que había marchado á Steinau; y Laufer con muestras del mayor sentimiento espuso tenía que comunicar un asunto importante que le tocaba muy de cerca , y que no convenia que nadie le viera en el castillo ; pero que sabiendo que ella se interesaba en todo lo que le concerniente , y no siéndole posible esperar á su vuelta sin correr el mayor riesgo , confiaba en que ella cuidaría de advertirle se guardase de un enemigo muy poderoso de quien todo podia temer. Claudia le estuvo mirando un buen rato con la mayor sorpresa y angustia : luego que se repuso algun tanto de la turbación , le rogó fuese con ella á ver al Comandante para advertirle de aquella circunstancia ; pero Laufer manifestó que aun en

No creia fuese aquel sugeto el mejor de
 los hombres , como le era desconocido
 no podia confiarle el secreto ; y que la
 aconsejaba muy particularmente desconfiar
 de todos , excepto de Jorge , que des-
 pués de ella , era el único y fiel amigo
 que Falk tenia. Estas palabras ganaron
 enteramente la confianza de Claudia. El
 astuto Laufer añadió que en cuanto á
 Irene ignoraba si le conocia ; pero que
 tenia poderosas razones para no ser visto
 de ella , y evitar el peligro en que se ha-
 llaba.

Estas razones aumentaron el temor de
 Claudia. El tono misterioso de aquel
 hombre , el interés que manifestaba por
 la suerte de Falk , los daños de que este
 último parecia hallarse amenazado , y el
 encargo de no fiarse de nadie , la puso en
 la mayor confusion , y asegurando á Lau-
 fer que podia decirle el secreto sin nin-
 gun recelo , la suplicó le esperase el dia si-

guiente en la parte mas solitaria del jardin, y que guardase sobre lo que acababa de oír el mayor silencio, y en particular con Irene. Despues de este encargo y de ponderar lo importante que era el no ser visto de los habitantes de l'alkenstein, se despidió de ella y desapareció prontamente de su vista, internándose en el bosque. Claudia entró temblando en el castillo; y aunque el Rector la hizo algunas preguntas acerca del jóven con quien segun Irene, habia estado hablando, no quiso faltar á lo que habia ofrecido.

Cuando Claudia salió de la pieza de comer, la pérfida Irene, que representaba á las mil maravillas su papel, dijo varias veces al Rector era preciso que aquella aventura encerrase un gran misterio, mayormente cuando Claudia, que siempre se mantenía taciturna con todos, hablaba al jóven con bastante calor, que parecia que ambos trataban de

asunto de mucha importancia; pero el Rector no encontraba nada de reprehensible en este encuentro.

Al día siguiente, Irene con pretexto de enseñarle un libro, le llevó á un gabinete cuyas ventanas caían al parque. A poco tiempo entró una criada á pedir la llave de un aposento, é Irene la mandó fuese en busca de Claudia; pero habiéndole respondido que estaba en el parque en compañía de un jóven desconocido, Irene aparentó una extraordinaria sorpresa al oirla; y como hubiese en aquella habitacion un telescopio montado, luego que se retiró la criada aplicó á él la vista, y rogó inmediatamente al Rector mirase hácia donde ella habia dirigido el telescopio.

El Rector obedeció y vió... á Claudia sentada al lado de un jóven, no tan hermoso como Irene le habia retratado, pero de una prescucia que podia conmover

el corazón de una doncella. Vió que Claudia le escuchaba con un aire enternecido, manifestando acceder á sus proposiciones, y que él arrojándose á sus pies, la tomó las manos, se las besó una y muchas veces sin que ella hiciese la menor resistencia. Concluida esta escena, que duró algunos minutos, se alejó de allí haciendo una seña á Claudia, que con las manos puestas sobre su corazón, le estaba mirando hasta perderle de vista.

Et Rector no pudo menos de admirarse al ver cuan pronto habia sabido ganar aquel jóven el corazón de Claudia.

— No os engañeis tan fácilmente, mi querido Rector, dijo la pérfida Irene, porque estos amores no son los primeros de Claudia. Antes de la llegada de mi primo su desenfreno era aun mayor. Yo no sé si amaba á ese jóven ó á otro; lo que sí puedo asegurar es que han sido inútiles todas mis amonestaciones. Ya veis

lo poco que hay que fiar de estas doncellas : cuidados amorosos eran los que la hacian taciturna , y reservada , y lo que la obligaban á mantenerse siempre en su estrecho aposento. ¿ Y porque? Porque desde allí veia el camino y la llegada de su amante. En verdad , yo habria debido vigilar sobre ella ; pero Dios me libre, habiendo mandado mi primo se la dejase en libertad de hacer su voluntad.

— El Comandante no ha prohibido hacerla algunas reconvenciones amistosas , respondió el Rector ; y yo mismo voy á hacérselas. Ver la pérdida de una criatura como Claudia sin advertírselo , es un crimen del que debe responderse á Dios.

— Señor Rector , teneis razon ; creed que el temor que tengo á mi primo es lo que me ha contenido. Sin embargo, en vista de lo que sucede es indispensable que yo la hable.

Irene habló en efecto á Claudia con una dulzura artificiosa, y sin hacer mérito de la escena del parque. La triste huérfana no respondió palabra, porque Laufer al encargarle el secreto en la conferencia que tuvo con ella, la aseguró que de quebrantarle, se arriesgaba el reposo y aun la vida del Comandante; y habiéndole rogado la tierna doncella se explicase, Laufer dijo que el Comandante en cierto tiempo habia amado con excesiva pasión á una dama cuyos parientes tenían mucho valimiento en la corte; que habiéndose indispuerto con ella de repente, se presumia que un nuevo amor era la causa de hacerle faltar á su palabra.

Claudia se puso muy encendida al oír esto, y su corazón latia con vehemencia en el pecho. Se acordó de las relaciones de Jorge, en las que figuraba una cierta condesa Julia de Schlenz, hermana del favorito del Principe. Tra-

jo tambien á la memoria lo que el húsar repetia , que por causa de aquella dama Falk se habia retirado del servicio ; y todos estos recuerdos la llenaban de terror : con lo que se apresuró á responderle que tenia algunas noticias de aquel asunto y que el nombre de la Condesa de Schlenz no la era desconocido. El impostor , que solo tenia ideas muy confusas del particular , apoyó la asercion de Claudia , y el nombre de Schlenz dió mayor fuerza á su engaño. Conocia la familia de la Condesa , á quien habia visto muchas veces en la corte.

—Teneis razon , repelia , y no os es difícil prever que la conducta del Comandante para con esta familia puede traerle funestos resultados , y tiemblo por la vida del noble Falk , aunque esté inocente.

— Ciertamente ; mas la persona de quien el Comandante está enamorado...

Laufer interrumpiendo á Claudia , la hizo sentar en un paraje donde podian ser vistos desde el castillo , segun su convenio con Irene.

— Los parientes de la Condesa , replicó , han jurado un odio inestinguible á la que la ha arrebatado el corazon de Falk. Se dice que es una parienta...

— ¡ Oh Dios ! exclamó Claudia mudando de color , yo daría mi vida por él.

— Vos la habeis nombrado : vos sois á quien culpan de haberle separado de su amor.

— Os engañais , replicó ella con mucha dignidad ; todos se engañan como vos : el Comandante es mi protector , es mi padre , y yo no exijo de él otras atenciones.

— Ah ! si sus enemigos supiesen esto !

— ¿ Y podrá instruirseles de ello ? dijo Claudia con viveza.

Laufer se mantuvo pensativo por un

momento , y despues arrojándose á sus pies , la besó la mano y exclamó con la mayor alegría :

« Si señorita : nosotros que hemos, recibido de mano de este hombre escelente millares de beneficios , quizá estamos destinados por la Providencia para salvarle. Voy á discurrir el medio , pero antes decidme : que dia , y en que sitio podré volver á veros ?

— Mañana , aquí , y á esta misma hora.

— Basta , dijo el pérfido. Y sin detenerse se retiró despues de haberla saludado.

Claudia entró en su habitacion para meditar con tranquilidad sobre la conversacion que acababa de tener con Laufer : ella podia salvar la vida á su noble protector , y este solo pensamiento la colmaba de alegría , aunque ignoraba como ni por que medio llegaria á conse-

guirlo. Mientras se entregaba á estas reflexiones, el buen Rector, que estaba bastante inquieto sobre el acontecimiento de aquella mañana, entró en la habitación de Claudia. Esta le recibió con aquella tranquilidad inseparable de la inocencia, y de una conciencia pura. El Rector, que la amaba con ternura, no quería afligirla; por lo que antes de hacerla ninguna pregunta sobre lo que habia visto, empezó á hablar de cosas indiferentes hasta que por último vino á recaer la conversacion sobre Falk. Claudia, que deseaba adquirir algunas noticias de la vida de su protector, preguntó al Rector por que medios habia entablado amistad con un hombre tan generoso.

El buen anciano, que gustaba hablar de lo pasado y mas cuando se trataba de su amigo y bienhechor, olvidó enteramente el motivo para que habia ido allí, y refirió su propia historia, la generosi-

dad que Falk habia usado con él y con su hijo, la cólera del favorito del Príncipe cuando les habia sustraído de la desgracia que fue causa á que así este como los demas cortesanos le jurasen un odio mortal por la ofensa que juzgaban haberles hecho. No olvidó lo que sabía acerca de las aventuras del Comandante con la bella Julia de Schlenz, y que cuando todos creían se hubiese casado con ella, habia pedido su retiro, y veniéndose á vivir á Falkenstein. Habiéndole Claudia manifestado sus temores acerca del riesgo que pudiera amenazar á Falk por este incidente, el buen Rector la confirmó en sus sospechas, añadiendo que no obstante no habérselo querido decir al Comandante, porque temia su carácter impetuoso, estaba seguro que la ausencia de su hijo no era otra cosa que efecto de la animosidad de sus enemigos, porque estando grabados en el corazón de

su Gustavo los sólidos principios de la sana moral y del verdadero honor, no podia haber sido un infame desertor, lo que le daba fuerzas para soportar sin pesadumbre su ausencia, esperando llegara el dia en que le viese volver, digno de ser recibido por su noble amigo y por él.

La fisonomía del Rector se habia animado al hablar de su hijo: y lleno su corazon de esta idea, se separó de Claudia sin decirle nada de lo que tenia premeditado. Su discurso habia hecho una terrible impresion en la triste huérfana, representándose en la imaginacion un bosque lleno de asesinos esperando Falk para ejecutar la venganza de sus enemigos.

Al dia siguiente se dirigió al parque en donde ya el confidente de la Baronesa la esperaba. Al acercarse á él dijo que cierta del riesgo que amenazaba á su protector, esperaba la indicación

medio mas seguro de salvarle. Laufer
 había meditado su plan. La crédula jó-
 ven caía en el lazo con tanta confianza,
 que era casi inútil recurrir á la fuerza pa-
 ra separarla de unos lugares tan gratos á
 su corazón: y por lo tanto resolvió ir
 en derechura al fin.

— Se os considera en la familia de
 Schlenz, la dijo, como el único obs-
 táculo para que se efectue el matrimonio
 del Comandante con la Condesa.

— Yo? Gran Dios! Y porque?

— Fácil es de adivinar, señorita. ¿No
 se os proclamó en el torneo por su epo-
 sa con toda solemnidad?

— Es cierto, pero aquello solo fue
 una burla, un pasatiempo...

— La irritada familia de la Condesa
 no lo tiene por tal.

— Pues bien, decidme, ¿como podré
 yo salvarle?

— Dejando este castillo sin tardanza.

El señor de Falk parece que ha amado á la Condesa ; acaso la ama todavía , y puede ser dichoso en su compañía ; á menos , señorita , que él os haya declarado que os adora.

— ¡ Oh Dios mio ! Si , él me ama , pero solamente como á una hija suya : esto ha dicho repetidas veces.

— Pues esa incertidumbre en sus afectos prueba hasta la evidencia los derechos de la Condesa. Es preciso que la su mano , ó de lo contrario su sangre. Yo he venido aquí con objeto de advertir al noble Falk su inminente peligro.

La triste Claudia enteramente enredada en la grosera red tendida á su insensatez , refirió al infame impostor cuanto el Rector la habia dicho en el discurso anterior. Su imaginacion acalorada representaba al bueno , al honrado y cubierto de heridas , y nadando en sangre , volviendo hácia ella su pa-

El señor de Falk parece que ha amado á la Condesa ; acaso la ama todavía , y puede ser dichoso en su compañía ; á menos , señorita , que él os haya declarado que os adora.

— ¡ Oh Dios mio ! Si , él me ama , pero solamente como á una hija suya : así lo ha dicho repetidas veces.

— Pues esa incertidumbre en sus afectos prueba hasta la evidencia los derechos de la Condesa. Es preciso que la desu mano . ó de lo contrario su sangre. Yo he venido aquí con objeto de advertir al noble Falk su inminente peligro.

La triste Claudia enteramente enredada en la grosera red tendida á su inesperienza , refirió al infame impostor cuanto el Rector la habia dicho el día anterior. Su imaginacion acalorada le representaba al bueno , al honrado Falk cubierto de heridas , y nadando en sangre , volviendo hácia ella su pálida

astro... Puede salvarle... hará este sacrificio; está decidida á ello. Por otra parte discurría que en efecto ella era á la que Falk amaba : la escena del torneo, las aclamaciones de los caballeros, los paseos á caballo en los que la prodigaba tantas atenciones, todo esto ¿no era un motivo suficiente para que se sospechase de ella? Irene, la misma Irene, ¿no las había tambien formado? Claudia se consideraba como delincente. En este momento creyó haber adivinado porque Jorge la había dicho de un modo ambiguo que su amo estaba en cierto modo comprometido. La turbacion de Falk, que ella había notado muy bien al dia siguiente del torneo, la pareció todavia un indicio mas cierto de su comprometimiento con la Condesa. Sin duda que esta turbacion nacia de la lucha entre la promesa dada á Julia, y el interés que le inspiraba una pobre

huérfana. Al adoptarla por hija , había tratado hacerla conocer las relaciones que debian existir entre ambos : su deber era de volver la tranquilidad á un hombre tan excelente , y sacrificarse por su felicidad.

— ¿A donde podré yo retirarme? preguntó á Laufer sobre manera angustiada despues de haber guardado un largo silencio.

— Si estais resuelta á salvar la vida de nuestro generoso defensor , respondió Laufer , yo os ofrezco un asilo en casa de mi hermana , que vive en W*** donde seréis recibida como una tierna amiga.

— Ah! cuán bondadoso sois! Sí , estoy determinada , y cuanto antes sea mejor.

Laufer añadió todavía algunas imperturbas para probar cuan inminente era el riesgo de Falk ; mas esto era superfluo porque la tierna y sensible huérfana

había resuelto á esponerse á todo con tal que salvase á Falk, y hubiera partido en aquel momento con Laufer si lo hubiese exigido. Pero tuvo por mas prudente diferir la partida hasta la noche, ofreciéndola hallarse en la puerta del parque con una silla de posta. La advirtió llevase consigo toda su ropa y dinero, si tenia alguno. Esta advertencia habria alarmado á cualquiera otra persona que no fuese Claudia; pero su inocencia, y el deseo de hacer un bien, no la dió lugar á concebir la menor sospecha.

Jamás se ha ejecutado un rapto con menos dificultad. Claudia trasladó sus efectos al pabellon del jardin, y despues entró en la habitacion de Falk para recrear su vista por la última vez con todo lo que era de su pertenencia. Tocó sus armas, sus uniformes con una dolorosa opresion; y arrancándose con violencia de unos sitios donde habia dis-



frutado tantas felicidades, se dirigió al fondo del parque mucho antes de la hora convenida. La desgraciada Claudia no necesitaba reflexionar sobre lo indispensable que era su sacrificio; el dolor absorbía sus fuerzas, y lágrimas abundantes corrían de sus ojos. El toque de la trompeta que llamaba por la noche á los húsares á las cuadras, despertó en Claudia una multitud de memorias amargas. Poco á poco cesaron los sonidos, y el silencio de los sepulcros reinó en derredor suyo. La cabeza de Claudia se extravía en sus tristes reflexiones hasta que un ruido ligero la sacó de su enagenamiento. Era Laufer quien le causaba. La tomó por la mano, y la infeliz toda trémula se dejó conducir sin resistencia hasta la silla: Laufer se sentó á su lado, y el postillon partió con velocidad por el camino de Badenbergo.

Durante esta noche, que decidió

su suerte y de la de su rival , Irene no habia podido conciliar el sueño un solo instante. Apenas fue de dia entró secretamente en el cuarto de Claudia , para examinar si con efecto se habia marchado. La cama no estaba descompuesta; señal de que era cierta su partida y la intriga realizada. Irene esperó la hora del desayuno , y preguntó por Claudia con indiferencia. Se la respondió que sin duda se le habia olvidado dar el paseo acostumbrado por la mañana.

Viendo el Rector que Claudia no parecia á la hora de comer , preguntó por ella. Irene la hizo buscar durante algunas horas en la vecindad , en casa del párroco , en el parque y en los parajes donde mas gustaba pasearse. Por la tarde segun órden de Irene , todos los húsares montaron á caballo , la buscaron por todos los caminos , y no volvieron hasta la mañana del dia siguiente , sin

haber podido descubrir la direccion que llevaba la fugitiva.

En fin, el posadero de Falkenstein se presentó en el castillo, porque la nueva de la fuga de Claudia se habia estendido con rapidez. Contó que un jóven con una silla y caballos de posta habia hecho alto delante de su casa la antevíspera por la noche. Un aldeano añadió que la silla habia tomado el camino del parque á cosa de las nueve de la noche; y otro aseguró haber visto salir á una jóven del parque con un desconocido, entrar en la silla, y partir con la mayor rapidez.

Con estas nuevas Irene hacia grandes exclamaciones; llenaba á todos de invectivas, y aun hasta al buen Rector, que habia tres dias estaba corriendo en busca de Claudia. — Bien previsto tenia este suceso, decia la páfida; en vano ha sido que yo lo advirtiese: no ha querido creerme, ni aun oirme.

Los caballos estaban en las cuadras en-sillados noche y dia. Irene , ya por una presuncion , ya por cualquiera noticia de algunos paisanos, enviaba á los húsares á hacer investigaciones por todos lados. Toda la familia temblaba con el fingido enojo de Irene ; cada uno de por si se creia culpable , y todos esperaban con ansiedad la llegada del amo. La prudente Irene dejó pasar diez dias antes de enviar la noticia de este suceso á Falk. Entonces le escribió la fuga de Claudia , encargando á un húsar de confianza llevase la carta á Steinau.

CAPITULO IX.

LA DESESPERACION.

EL amor y confianza , de que diariamente daban pruebas á Falk los hijos de Aloisio , le iban reconciliando poco á poco con su destino. Ines , superando su extrema timidez , le habia contado (bajo el mayor secreto) que Ernesto no era feliz , y que él de su grado habia dejado á sus padres , ignorando todos el motivo : por lo tocante á Valentina , sabia estaba muy contenta con su posicion , no obstante las muchas lágrimas que habia derramado al partir para la corte.

—Desde que mis dos amigos han marchado , añadia , estoy sola , y algunas veces bien triste ; Ah mi buen tio ! si

podiese acompañaros á Falkenstein , me contemplaría por la mas dichosa del mundo.

Falk oia por todas partes elogiar á Ernesto y Valentina ; Jorge le comunicaba todos los dias nuevas noticias del carácter de sus sobrinos ; la señorita , segun se decia , era la misma bondad ; y el corazon del baroncito noble y sensible. Los dos hermanos sabian apreciar el alma generosa de Falk ; su conducta para con sus vasallos les llenaba de admiracion y respeto ; estaban ciertos de que todos sacrificarian gustosos la vida por la de su futuro señor ; y esta adhesion tan lisonjera les obligaba á comparar Falkenstein con Steinau : muchas veces pidieron permiso á su madre para visitar á su buen tio , pero en vano. porque la Baronesa se figuraba que serian capaces algun dia de imitar su ejemplo. Falk manifestaba con frecuencia á Jorge

el placer que le causaban las continuas alabanzas que oía de sus sobrinos, lo que en algun modo mitigaba el disgusto que tenia de verse precisado á renunciar á su amor.

Al dia siguiente propuso á la Baronesa llevarse consigo á Adolfo y á Ines, fundándose en que era preciso conociesen á aquellos á cuya felicidad debian contribuir en algun tiempo; y que supuesto que ya se consideraba como su padre, era tambien necesario que se acostumbrasen á verle á menudo, para de este modo grangearse su cariño y confianza. El tono decisivo con que manifestó su voluntad, obligó á la Baronesa á despedido suyo á condescender con su demanda.

Los dependientes del castillo habrian deseado que Falk permaneciese toda su vida en Steinau, pues entonces se hallaban como en el paraíso. La in-

periosa señora, que no pensaba sino en ganarse el afecto del Comandante por todos los medios posibles, se presentaba siempre con semblante risueño; llamaba *amigos* á todos, y cuando reprendía á las criadas, lo hacia con precaucion, cerrando antes todas las puertas de la casa. En fin, era preciso que de grado ó por fuerza tratase con mas dulzura á sus dependientes, porque si su cuñado advertia en alguno muestras de pesar, a instante se informaba de la causa de él.

El ayo de los hijos de Alix segun costumbre de las casas grandes de Alemania, habitaba en el castillo aun despues de concluidas sus funciones. Con la llegada de Falk, el buen preceptor habia recobrado su energia, debilitada por las humillaciones que la necesidad le habia obligado á sufrir en silencio. Desde e primer dia observó Falk que su asiento en la mesa estaba en un extremo, que

no se le ponía vaso para el vino, y que su servilleta era mas pequeña y ordinaria que las otras.

—Señor Schmidt, le dijo antes de tomar asiento, yo no soy mas que un húsar ignorante, que indudablemente debería estar con la cabeza descubierta delante de vuestros iguales; mas, á pesar de mi ignorancia, me acerco á los sabios cuanto puedo para aprovecharme de sus conocimientos y consejos. ¿Quereis pues honrarme con vuestro lado en la mesa todo el tiempo que yo resida aquí? Y sin esperar su respuesta, le presentó su cubierto, mandando en seguida á Jorge le llevase otro, y un vaso para vino.

El ayo se sentó, y Falk le trató con la mayor delicadeza y consideracion. Después dijo á la Baronesa que si él tuviese en su casa un hombre como Schmidt, de quien hubiera recibido los mismos servicios que ella, le habria hecho engas-

lar en oro , en vez de hacerle pasar por tantas humillaciones.

La Baronesa se mordía los labios al oír estas reconvenciones ; y mientras que todos en Steinau se felicitaban por la presencia de Falk , su cuñada vivía en un continuo tormento. Conocía hasta donde llegaba la estension de su poder , y se aprovechaba de él en beneficio de todos : de modo , que cuando el violento carácter de la Baronesa salía de sus límites , alzaba la voz del mismo modo que si estuviese al frente de su escuadron ; y el temor de perder la pingüe herencia , sofocaba su cólera.

Hallándose Falk una mañana en compañía de su hermano , llegó un húsar á Steinau con carta de Irene para él. El húsar , segun su costumbre , quiso por sí mismo dar cuenta de su comision ; entró en la sala sin descubrirse ; y despues de hecho el saludo de ordenanza , dijo á Falk con gravedad :

— Mi Comandante, una carta de la señora Irene :

— Ota! ¿Están todos buenos en Falkenstein?

— Todos, mi Comandante, excepto el alazan que cojea del lado izquierdo.

— Bien..... ¿Y qué hace la señorita Claudia?

— Esa carta os enterará mejor que yo, mi comandante : por ella veréis que la señorita se ha fugado.

— Fugado?... Vive el Cielo!... Fugado? donde? cuando? y porque? El húsar solo respondió con una señal afirmativa de cabeza.

— Y bien, ¿aguardarás para mañana a hablar? ¿Tienes plomo en la lengua?..?

— Mi Comandante, la señorita Claudia ha partido, según se asegura, con un joven, sin que nadie sepa donde se ha dirigido.

— ¿Con un joven? Jorge, Jorge, en silla corriendo mis caballos.

Abrió la carta , pero estaba tan agitado , que casi no podia leerla : á cada línea interrumpia la lectura con enérgicas exclamaciones ; su impaciencia era estrema ; al ver la lentitud de Jorge en ensillar los caballos. Al fin , cuando ya todo estuvo dispuesto , dió un abrazo á sus sobrinos , diciendo : « Dios os bendiga á todos ; » montó á caballo , y seguido de sus húsares , se dirigió con velocidad hácia Falkenstein. Al cabo de una hora contuvo su marcha ; mandó al portador de la carta se acercara y le repitiese lo que habia contado en casa de su hermano. El húsar obedeció , y concluida su narracion , le ordenó Falk caminase despacio , pues su caballo deberia estar fatigado , que Jorge , y él irian delante.

— ¿ Que juicio formas de esta aventura , Jorge ? le dijo conteniendo el paso de su caballo.

— Mi Comandante , yo pienso que lo

do esto no es mas que una intriga infernal tramada por vuestra prima Irene y sus parciales.

— Pero Jorge, ¿ no has oído, como yo, que ha partido voluntariamente?

— Todo eso es falso. Escuchad, mi Comandante; yo no soy mas que un miserable, un...

— No, mi buen Jorge, interrumpió su amo, eres hombre de honor, y has llevado demasiado tiempo el uniforme de simple húsar: yo quiero hacer alguna cosa en favor tuyo.

— No, mi Comandante, yo no deseo dejar el uniforme; y aunque debiera ascender á general, no por eso dejaria de servir á un amo tan bueno y tan generoso como vos. No, absolutamente no quiero dejar el uniforme.

— Bien, amigo mio, sosiégate; no trato de causarte el menor disgusto. ¿ Qué decias de Claudia?... El amor, mi buen Jorge, es una cosa singular...

— Convengo mi Comandante, y esos es en efecto lo que yo he aprendido en los libros de caballeria y en algunas de nuestras aventuras.

Jorge en seguida trató de combatir las sospechas de su amo acerca de Claudia, acriminando sobre manera á Irene por el odio que sabia profesaba á la jóven huérfana.

En estos coloquios, Falk siempre lleno de sospechas, y Jorge combatiéndolas, llegaron á Sibigerade; se detuvieron á la puerta de la casa de Lindner que aun no habia partido, y el nuevo amigo de Falk salió al ruido de los caballos á ver quien era.

— Lindner, le dijo Falk sin apearse del caballo, voy á escribir cuatro letras para que os hagais reconocer por mi administrador en Bruchstedt, pues no puedo perder un instante de tiempo.

En seguida escribió con un lápiz en la

hoja de su libro de memorias , y dándosela á Lindner, añadió :— tomad, amigo mio , Dios os conceda la alegría y el reposo que me faltan. ¡ Ay, señor Lindner! y cuan desgraciado soy ! A Dios , nos veremos en Bruchstedt : y sin aguardar respuesta , arrimó las espuelas al caballo y Jorge le siguió.

Llegados á Falkenstein, Irene refirió cuanto habia pasado , atestiguando con el Rector , que con semblante triste confirmó su relacion.

— Falsedades y artificios, exclamó Jorge que estaba presente , falsedades, lo repito. El Rector se incomodó.

— Dios me libre de concebir la menor sospecha contra vos, señor Rector , continuó Jorge alentado por el objeto de la discusion. ¡ Un jóven por aquí! un jóven por allá! ¿ y siempre un jóven?... vaya, esto no está muy claro... Si vos pudieseis como yo la historia del borce

encarnado , y la de cierta inscripcion... entonces hablariais de otra forma..... En fin , yo sé lo que sé.

— ¿Qué sabeis pues? preguntó el Rector con sorpresa.

— Falk satisfizo al Rector , pero en unos términos tan ambiguos , que llegó este á persuadirse que el Comandante no le habia entendido , y repitió de nuevo que Claudia se habia apasionado súbitamente de un jóven y fugádose con él. Irene no se atrevia á hablar , porque asustada con la turbacion de Falk , le creia dispuesto á sospechar de ella.

— Si mi Comandante lo tiene á bien , dijo Jorge , voy á montar un caballo descansado , y salir en busca del raptor. Oh! yo traeré á la señorita Claudia , tan cierto como soy húsar.

— Ensilla , ensilla sin detenerte , gritó Falk , volviendo de repente de su distraccion , y síganme todos los que sepan manejar un caballo.

Mientras se preparaban á marchar, Falk escribió á Bruchstedt para que diesen posesion de su destino á Lindner, y prohibió á todos los de su casa ir á aquel pueblo ni mezclarse en los asuntos del nuevo administrador. Despues abrazó al Rector con mayor afecto que nunca, y marchó seguido de todos sus húsares y de los enormes alanos de los Alpes.

A la salida del pueblo, el camino se dividia en dos. El Comandante miró con tristeza á uno y otro lado.

— Con la ayuda de Dios, mi Comandante, exclamó el buen Jorge, sigamos uno ú otro.

— Marchemos, dijo Falk tomando el camino de la derecha y dejando el que iba á Badenbergl. Jorge trotaba al lado de su amo, y los húsares le seguian á corta distancia.

— ¡ Ah Jorge ! exclamaba Falk de cuando en cuando : el Rector es muy hombre

de bien, y casi se asomaban las lágrimas á sus ojos al asegurarme que Claudia se habia fugado voluntariamente.

Jorge oponia á la narracion del buen Rector el cariño de Claudia, refiriendo hasta la mas minima circunstancia, en términos que el corazon de Falk se hallaba violentamente conmovido, y empezaba á creer que Claudia habia sido róbada de su casa por medio del artificio mas grosero.

El fiel criado estaba sumamente gozoso con esta aventura: su imaginacion le trasportaba al tiempo de la caballería, en que dos esforzados paladines perseguian un indigno raptor por montes y vallados. — Si hubiese por aquí algun monasterio arruinado, dijo á Falk riéndose, ó algun fuerte castillo, cualquiera nos tendria por caballeros andantes.

En otro tiempo esta idea habria balagado al Comandante; pero entonces solo

se contentó con menear tristemente la cabeza.

— Yo solamente quisiera saber que es dichosa, dijo arrojando un profundo suspiro : ¿no la ha visto el Rector por medio del telescopio sonreirse con el miserable...

— Mi Comandante , una muger sabe mas que el diablo , y yo estoy persuadido...

— ¿Pero no ha ido muchos días á pasearse con él al campo y al parque?

— Ceguedad , ceguedad diabólica : yo bien sé mi cuerto , mi Comandante ; y si la bendita inscripcion no nos atajase el camino , yo os diria con toda franqueza : «Mi Comandante, á pesar de todas las envidiosas , celebrad mañana vuestra boda, y dentro de nueve meses dadnos un banquete por el nacimiento de un sucesor.»

Estas últimas palabras dieron otra direccion á las ideas de Falk, que se mantuvo

silencioso por mucho tiempo. Los caballeros andantes seguían el camino principal : como no tenían ningunos datos acerca del paraje donde debían dirigirse, esperaban que el acaso les diese algunas nuevas sobre el objeto de sus pesquisas. Se informaban con mucha escrupulosidad en todos los pueblos que encontraban ; preguntaban á cuantos viajeros encontraban si habían oído hablar del rapto de una hermosa jóven ; y cada vez que Jorge, que era el encargado en hacer las preguntas, empezaba su interrogatorio, Falk no dejaba de añadir algunas señas al retrato que el escudero hacia de la fugitiva, con lo que la imágen de Claudia se grababa cada vez mas en su corazón.

A pesar de todo esto , el resultado de sus indagaciones no fue nada satisfactorio. Al cabo de tres dias dijo que mejor quisiera ser pisoteado por los vendedores de Badenbergo que ir con tal incertidum-

bre tras de un raptor de doncellas. A los ocho su enojo iba en aumento; juraba entre dientes no tener ninguna piedad del malvado, fuese de la clase que quisiera: pero á los quince, perdió enteramente la paciencia, y prometió vengarse de un modo espantoso del infame que se burlaba de él de aquella manera.

— Jorge, le dijo una mañana al montar á caballo, quisiera tener que ir á conquistar la Tierra santa, ó á arrancar las barbas al Soldan de Babilonia; y aunque en esta empresa debiera perder la vida, poco me importaba, pues al fin sabria donde debia ir; pero correr hácia el norte, mientras ella quizá se dirige al medio-dia, es un infierno.

Jorge procuraba por cuantos medios le sugeria su imaginacion, alentarle persuadiéndole que Claudia habia sido sacada del castillo á la fuerza; poniendo por prueba de su asercion las muestras de

amor que constantemente habia recibido de ella, que no podian engañar. Repetia á cada momento la escena que pasó el dia en que la bella Claudia montó por primera vez á caballo, sus constantes cuidados con el fogoso Relámpago, y no olvidó los borceguíes encarnados. El honrado Jorge queria infundir en su amo unas esperanzas que ya empezaban á abandonarle á él mismo, no porque creyese á Claudia culpable, sino porque veia claramente en aquel suceso una trama de la prima Irene, cuyos hilos no podia desenredar.

Tres semanas habia que andaban corriendo de una parte á otra sin fruto alguno; las hojas de los árboles empezaban á marchitarse; el invierno se aproximaba con rapidez; y la tristeza y el desaliento de Falk llegaban ya al último término.

Jorge confesó por fin que no era tan

fácil como creyó en un principio el encontrar una doucella robada. Sin embargo , para no hacer perder de todo punto las esperanzas á su amo , le dijo un dia :

«Mi Comandante , si Claudia ha partido gustosa del castillo, sin duda que ella os escribirá ; si en su fuga ha intervenido la astucia y la violencia , debeis interesar en vuestras averiguaciones la autoridad pública. En cualquiera de estos dos casos, juzgo por mas acertado volvamos al castillo , donde creo que descubriremos el hilo de esta trama ; y aunque ahora yo me pierdo en su laberinto , no dudo llegará dia en que logremos desenredarla.

Falk estaba bastante agobiado de dolor para oponer ninguna resistencia á la propuesta de su fiel Jorge. En su consecuencia , tomó el camino de Falkenstein, adonde llegaron dos meses despues de su salida.


CAPITULO X.
**HUBERTO.**

CLAUDIA empezó á gozar de alguna tranquilidad cuando se vió en la silla de posta. La idea del sacrificio que hacia, por el cual iba á salvar la vida de su bienhechor, la inspiraba un valor extraordinario; mas á medida que iba alejándose de Falkenstein, una turbacion, una mortal agonía se apoderaba de su alma.

Su compañero de viaje, por el contrario, cada vez se mostraba mas contento. Asió la mano de Claudia, la estrechó con las suyas, y empezó á hablarla con cierta confianza y aun osadía, que no

dejó de causarla alguna inquietud. Aprovechándose de los violentos vaivenes de la silla, pasó su brazo al rededor de la cintura de Claudia, lo que la obligó á arrimarse á uno de los ángulos y á estar con la mayor vigilancia; porque los ademanes del desconocido, nuevos del todo para ella, la infundieron mucho terror, y la dieron á conocer cuan peligroso era dejarse robar. La noche se pasó sin ningún accidente.

Al otro día por la mañana Laufer mudó de silla, de caballos y de camino, para deslumbrar mejor á los que intentasen seguirle. Mientras se detuvo en la casa de postas dió á Claudia el título de esposa; y habiéndole manifestado su descontento, la dijo que á ella era á quien únicamente se perseguía, y que usando de esta precaucion se hallaba fuera de todo riesgo. Quiso continuar viajando de noche, pero Claudia declaró con firmeza

su resolución de no caminar á tales horas. La audacia de Laufer favorecida por la oscuridad estaba siempre presente á sus ojos. En el segundo descanso que hicieron en una posada, insistió él en hacer pasar á la huérfana por su esposa, pero ella le dijo con seriedad: — Señor, exijo de vos que sin detencion me trasladéis á otra posada, y que en adelante no me deis otro nombre que el de hermana.

El tono de Claudia era tan imponente que Laufer tuvo que ceder, temeroso de perder su confianza: por mas que discurría, no podia comprender el carácter de la jóven. Cuanto mas sencilla, crédula y fácil le habia parecido hasta entonces, tanta mayor energía y firmeza mostraba despues de veinte y cuatro horas. Estaba efectivamente enamorado de ella, y viendo el buen éxito de su empresa, olvidó poco á poco la pru-

dencia. Un dia durante el viaje se atrevió á decirle que los nobles sentimientos de que la veia animada le habian inspirado la mas viva pasion, y que solo ella podia asegurar su felicidad y el reposo de Falk de un modo estable.—Sí, añadió, solo se trata para conseguirlo de Claudia, que comprendió su pensamiento, le dijo mirándole con el mayor desden :

— Quien? yo? Nunca.

— Ah señorita! Ese es el partido mas prudente que debeis adoptar. Habeis salido de Falkenstein sin otra compañía que la mia, y vuestra reputacion está ya perdida : no os queda otro medio que desposaros conmigo.

El corazon de Claudia se oprimió fuertemente al oir este discurso : un presentimiento funesto la advirtió del peligro en que se hallaba. Laufer echó de ver su indiscrecion, y de allí adelante guardó

La mayor reserva, resuelto á no dejar penetrar sus intentos hasta el instante en que hubiese depositado á Claudia en casa de su hermana ; pero tuvo que valerse de toda su destreza para volver á inspirar confianza á la hermosa huérfana , cuyas inquietas miradas procuraban indagar sus secretos pensamientos.

Al fin llegaron á la capital donde residia su hermana, situada en otro estado distinto del en que Falk habia servido. Cuando llegaron á las puertas de la ciudad, el Comandante de la guardia les pidió el pasaporte , y viendo que no le tenían , les preguntó quienes eran.

— El secretario Laufer y su esposa , respondió él.

— No , no , exclamó Claudia sobresaltada : falta á la verdad ; soy la señorita Falk de Falkenstein.

El Comandante miró entonces con atencion á un hombre que queria hacer

pasar por esposa suya una jóven de nombre tan ilustre.

— ¿De donde venis? volvió á preguntarle.

— De Falkenstein , respondió Claudio prontamente , antes que Laufer hablase.

Después de haber tomado las señas de su morada , y continuando en mirar con desconfianza , le permitió pasase adelante.

El parte del Comandante fue entregado al Ayudante mayor de húsares de B. El rostro de este se cubrió de una escueta alegría al leer el nombre de Falkenstein : dió cuenta al Gobernador , é inmediatamente fue á ver á la hermosa Valentina de Falk , hija del Baron hermano de Wenceslao , que era dama de la Princesa.

— ¿Conoceis una señorita , la pregunta que tiene vuestro apellido , y que ha vivido en casa de vuestro tio?

— Conozco á dos solamente de nombre, respondió Valentina : la una es Irene ; la otra es casi de mi edad , y se llama según creo Claudia.

— Pues una de las dos ha llegado hoy aquí : ¿ quereis verla ?

— Si es la anciana Irene , de ningún modo , porque tenemos sobrados motivos para desconfiar de ella. En cuanto á Claudia , yo no la conozco ; pero es la favorita de mi tío , y la veré con mucho gusto.

— Pronto quedaréis satisfecha , porque ha llegado con un secretario llamado Laufer. ¿ Le conocéis ?

— Irene es, exclamó Valentina asustada : no tengo la menor duda. Cielos ! ¿ qué será esto ? Ese Laufer , el mas bajo y adulator de todos los hombres es el confidente de mi madre. Por lo comun le empleaban en Steinau en asuntos que todo hombre honrado se desdeñaria de

— Conozco á dos solamente de nombre, respondió Valentina : la una es Irene ; la otra es casi de mi edad , y se llama segun creo Claudia.

— Pues una de las dos ha llegado hoy aqui : ¿ quereis verla ?

— Si es la anciana Irene , de ningun modo , porque tenemos sobrados motivos para desconfiar de ella. En cuanto á Claudia , yo no la conozco ; pero es la favorita de mi tío , y la veré con mucho gusto.

— Pronto quedaréis satisfecha , porque ha llegado con un secretario llamado Laufer. ¿ Le conocéis ?

— Irene es, exclamó Valentina asustada : no tengo la menor duda. Cielos ! ¿ qué será esto ? Ese Laufer , el mas bajo y adulador de todos los hombres es el confidente de mi madre. Por lo comun le empleaban en Steinau en asuntos que todo hombre honrado se desdeñaria de

tomar á su cargo : repito que es preciso que haya algun misterio extraordinario en esta venida.

— ¿Y qué presumís de esto Valentina?

— No lo sé ; pero me inquieta ver á las personas adictas á mi madre. No , no es posible sea Claudia la que ha venido. Ernesto me ha dicho que mi tío la quiere tanto como Irene y mi madre la detestan. Yo os suplico , señor Mayor , averigüeis que hay en esto ; y si por desgracia esa dama es Irene , conviene estar alerta.

El Mayor , cuyas sospechas habia agravado el discurso de Valentina , marchó á la casa designada por Laufer. Preguntó por él , y habiéndosele respondido no estaba en ella , le introdujeron en una sala bien amueblada , donde habia dos damas. Preguntó si era allí donde debia encontrar á la señorita de Falk , y habiéndole mostrado la hermana de Laufer

Claudia , la preguntó si se llamaba Claudia , á cuya pregunta solo respondió con una inclinacion de cabeza. Entonces la dijo estaba encargado de felicitarla en nombre de una parienta suya...

— ¿Una parienta mia? le interrumpió Claudia con frialdad.

— Sí, señorita : vengo de parte de la sobrina del Conde de Falk , en cuya casa habeis vivido mucho tiempo.

Al nombre de Falk Claudia se tranquilizó un poco , y el Mayor continuó :

— La señorita Valentina desea saber por vuestro conducto el estado de la salud de su tío.

Claudia prorumpiendo en amargo llanto , contestó : — ¡ Ay de mí ! Hace mas de un mes que no le he visto : estaba en Steinan cuando salí del castillo.

— ¿ En casa de su hermano sin duda ?
¿ Y como habeis venido aquí , señorita ?

— Mi hermano la ha puesto bajo mi

salvaguardia . replicó prontamente la señora Laufer.

— ¿ Pues que habeis venido sola ? Teniais que evacuar algunos asuntos para los que le era necesaria vuestra presencia en una ciudad extranjera y tan distante de donde ordinariamente residis ?

— Ninguno , señor , respondió Claudio temblando : con lo que acabó de confirmar las sospechas del Mayor.

— Señorita , la dijo con gravedad despues de un rato de silencio ; tengo que comunicaros un asunto reservado de parte de vuestra parienta : ¿ me permitis que os hable un instante á solas ?

— Esta señorita , contestó la señora Laufer , se halla bajo mi proteccion de consiguiente , no puedo permitir que quede á solas con una persona á quien tengo el honor de conocer.

— Señora , replicó el Mayor con arrogancia , yo soy un ayudante mayor

regimiento veinte y dos de húsares, y.....

— Será como decis; pero mi hermano me ha confiado esta jóven, y vuelvo á deciros que se halla bajo mi proteccion.

— Creo que la jóven de Falk no tiene necesidad de que nadie la proteja; pues en este caso, una dama de honor de la Princesa, la señorita Valentina de Falk seria su principal protectora; y me parece que su crédito valdria mas que el del señor Laufer y el vuestro. Por último, yo no os pregunto á vos. Decidme, señorita Claudia: ¿estais dispuesta á oirme un momento á solas?

Claudia condescendió con la peticion del Mayor, y la señora Laufer salió furiosa de la sala.

— Vamos, señorita, tranquilizaos, dijo el Mayor con mucha dulzura. Vnestra parienta me ha dicho que su tio os queria mucho, y esta sola circunstancia atrae hácia vos los corazones de todos aquellos

regimiento veinte y dos de húsares, y.....

— Será como decís; pero mi hermano me ha confiado esta jóven, y vuelvo á deciros que se halla bajo mi proteccion.

— Creo que la jóven de Falk no tiene necesidad de que nadie la proteja; pues en este caso, una dama de honor de la Princesa, la señorita Valentina de Falk seria su principal protectora; y me parece que su crédito valdria mas que el del señor Laufer y el vuestro. Por último, yo no os pregunto á vos. Decidme, señorita Claudia: ¿estais dispuesta á oirme un momento á solas?

Claudia condescendió con la peticion del Mayor, y la señora Laufer salió furiosa de la sala.

— Vamos, señorita, tranquilizaos, dijo el Mayor con mucha dulzura. Vuestra parienta me ha dicho que su tio os queria mucho, y esta sola circunstancia atrae hácia vos los corazones de todos aquellos

que han tenido la dicha de conocer á un hombre tan sin igual.

— ¿Le habeis conocido? preguntó Claudia con timidez.

— ¿Si le he conocido preguntáis?...

Aquí se detuvo el Mayor repentinamente; sus mejillas se encendieron con un vivo encarnado, y parecía hallarse entregado á un combate interior..... un secreto parecia que iba á escaparse de sus labios... De repente fijando su vista en Claudia, la preguntó por la salud del rector Hubert.

— ¡Oh señor Mayor! exclamó Claudia dirigiendo hácia él los brazos en ademan de súplica, ¿sois su amigo? sois vos su Gustavo Hubert?

— Silencio, amable Claudia; ese es mi nombre; y la amistad debe comenzar entre nosotros por una prueba de confianza. Os hago depositaria de un secreto que aquí, sin esceptuar la sobrina de vue-

tro tío , todos ignoran. Pero ya se acerca el tiempo que pueda hablar , y eu que volveré á mi patria , á los brazos de mi padre , y á los de mi amigo.

— ¡ Ay señor Gustavo ! Bien decia vuestro respetable padre que no erais culpado: pero cuando el Comandante piensa en vos , su furor es igual á su pena.

— ¿ Falk me cree culpable ? ¿ No sabe que me han obligado á obrar del modo que lo he hecho ?

— Todo lo ignora , y no pasa un dia sin llorar vuestra pérdida y la de vuestro honor.

— ¡ Gran Dios ! me han vendido , y aun me tiene ligado mi palabra !... Pero señorita , tratemos ahora de vuestro asunto. ¿ Como ha sido el venir hasta aquí en compañía de un hombre tal como Laufer ?

— ¿ Le conoceis vos tambien ?

— No tiene la mejor reputacion. Es

medio secretario de la Baronesa de Falk:

Una mortal palidez cubrió el rostro de Claudia al oír esto, y juntando ambas manos con espanto:

— ¡Dios mio! exclamó, me han engañado! ¡Oh señor Gustavo! ¿por qué me habrán engañado?

— Instruídme, os suplico, de esta aventura.

Clandia entonces le refirió con la mayor franqueza la manera con que contrajo conocimiento con Laufer, y como la persuadió á que dejase el castillo para salvar la vida de su bienhechor, asegurándole al mismo tiempo con penetrada se hallaba de que no podía ser dichosa si se veía condenada á no volver mas al castillo. Gustavo la tranquilizó, haciéndola ver que el peligro á que creía estaba espuesto Falk era imaginario, pues habia ciertas circunstancias relativas á él, por donde se probaba hasta que punto se ha-

medio secretario de la Baronesa de Falk.

Una mortal palidez cubrió el rostro de Claudia al oír esto, y juntando ambas manos con espanto :

— ¡ Dios mio! exclamó, me han engañado! ¡ Oh señor Gustavo! ¿ porque me habrán engañado?

— Instruidme, os suplico, de esta aventura.

Claudia entonces le refirió con la mayor franqueza la manera con que contrajo conocimiento con Laufer, y como la persuadió á que dejase el castillo para salvar la vida de su bienhechor, asegurándole al mismo tiempo cuan penetrada se hallaba de que no podia ser dichosa si se veía condenada á no volver mas al castillo. Gustavo la tranquilizó, haciéndola ver que el peligro á que creía estaba espuesto Falk era imaginario, pues habia ciertas circunstancias relativas á él, por donde se probaba hasta que punto se ha-

medio secretario de la Baronesa de Falk.

Una mortal palidez cubrió el rostro de Claudia al oír esto, y juntando ambas manos con espanto :

— ¡ Dios mio! exclamó, me han engañado! ¡ Oh señor Gustavo! ¿ porque me habrán engañado?

— Instruidme, os suplico, de esta aventura.

Clandia entonces le refirió con la mayor franqueza la manera con que contrajo conocimiento con Laufer, y como la persuadió á que dejase el castillo para salvar la vida de su bienhechor, asegurándole al mismo tiempo cuan penetrada se hallaba de que no podia ser dichosa si se veía condenada á no volver mas al castillo. Gustavo la tranquilizó, haciéndola ver que el peligro á que creía estaba expuesto Falk era imaginario, pues habia ciertas circunstancias relativas á él, por donde se probaba hasta que punto se ha-

abuso de su candor por no hallarse amenazados los dias de su bienhechor y amigo. Los enemigos que por su carácter demasiado franco, añadió, se ha adquirido, están muy contentos con su ausencia, y ahora solo se ocupan en intrigas que no tienen la menor relacion con él. Yo os afirmo bajo mi palabra de honor que ninguna condesa de Schlenz tiene el menor derecho sobre su mano, ni sobre su corazón, y que dentro de poco volveréis á verle. Claudia se estremeció de gozo, y por todo su semblante se dejó ver una serenidad igual á la de un hermoso día de primavera.

Entonces contó á Gustavo la llegada del Comandante á Falkenstein, como con su bondad natural cicatrizó las llagas de su corazón: librándola del yugo en que vivia desde su infancia, y que siempre la habia manifestado un verdadero afecto de padre. También le contó

que habia aprendido á montar á caballo, y todo cuanto era concerniente á ella, sin olvidar los discursos de Jorge, el torneo, ni las solemnes aclamaciones de los caballeros.

La inocente Claudia hablando de este modo desahogaba su corazon en el de Gustavo; su desgracia y las vivas emociones que experimentaba despues de algun tiempo, habian hecho una notable mudanza en su persona. Ella se explicaba con una viveza extraordinaria durante su narracion; no habia salido de sus labios una sola vez la palabra amor; pero sus miradas y acciones pintaban la mas tierna y pura de las pasiones.

— ¿Habeis tenido valor para abandonarle? la preguntó Gustavo cuando hubo cesado de hablar.

— ¡Ay de mí! Yo creia salvar su vida de este modo.

— ¡Alma tierna y fiel! Es preciso recibir la recompensa.

En este momento entró Laufer en la sala. El Mayor se adelantó á recibirle , y le dijo con urbanidad :

— Señor , pongo en vuestra noticia como esta señorita ha escogido otra casa para su morada , y va á seguirme al instante.

— Esta señorita , respondió Laufer turbado , se ha puesto de su grado bajo mi proteccion : tengo que responder de ella á personas cuyo carácter me parece será de alguna valor para vos , si teneis á bien oirme reservadamente.

— Ya penetro lo que podeis decirme. Sin duda que de órden de la señora Baronesa de Falk habréis sacado á esta jóven de casa de su hermano. Yo no creo que este os agradezca el zelo que mostrais por servir á la Baronesa. En conclusion , la señorita está ahora bajo mi proteccion , y debe seguirme.

— Antes es preciso que sepa donde la

llevais. No os conozco, y bien veis que me es permitido concebir algunas sospechas...

El Mayor mirado á Laufer con indignacion, repuso vivamente: — ¿Algunas sospechas?... ¡ Miserable!... ¿Qué hariais si yo os dijese que sois un impostor, y os hiciese arrestar en este momento? ¡Impudente! engañador!..... ¡haberse atrevido á sacar de casa del Conde de Falkenstein!... Repetid en mi presencia las fábulas que habeis contado á esta crédula y sencilla jóven... Pero sois dueño de seguir nuestros pasos, para que podais decir á los que os han encargado de tan honrosa comision, que yo llevo á la señorita de Falk en casa de la señora viuda del valeroso general Steinfurt.

Aterrado Laufer al oir este nombre, hizo una profunda reverencia, y quiso entonces para justificarse hablar de los plenos poderes que la Baronesa le habia dado.

— Silencio, interrumpió Gustavo con altivez, y dad gracias á Dios que el asunto termine de este modo. Si algun dia llega á saber el Comandante vuestra infame conducta, podeis recurrir á aquellos cuyas órdenes habeis ejecutado. Ahora haced venir sin dilacion un coche, y dad orden para que se coloquen en él los efectos de esta señorita: guardaos en adelante de profanar su nombre pronunciándole.

Gustavo condujo á Claudia en casa de la señora de Steinfurt, que le queria como á su propio hijo. Habia sido edecan del General su esposo, y despues de haber hablado los dos en secreto, la viuda recibió á Claudia con la mas viva ternura.

Aquella misma noche vino Valentina á ver á su parienta. Cuando las dos jóvenes estuvieron solas, Valentina estrechó á la tímida Claudia entre sus brazos. Era

la primera vez que la desconsolada huérfana reposaba en el seno de una amiga, y este primer momento llenaba su alma de delicias. La tierna confianza de Claudia no tardó en corresponder á la amistad de su prima, á quien contó todos sus placeres y desgracias.

— Amada Claudia, le dijo Valentia despues de haberla abrazado estrechamente por segunda vez; voy á decirte una cosa de la que estás bien cierta con respecto á tí. Amas á tu bienhechor, y él te corresponde con la mas violenta pasión, pero es tan tierna y reservada como la tuya: yo sé bastante de este asunto, primita..... y seguramente él dará su mano, á pesar de todas las intrigas de... Pero callemos: ámame solamente, y verás mi promesa cumplida.

Ya hacia tiempo que Claudia no ignoraba el estado de su corazón respecto á Falk; pero cuando se la aseguró que

riño era correspondido , creyó haber llegado al colmo de su felicidad. Olvidó las injurias de Irene , la perfidia de Laufer , y solo pensó en entregarse á las mas halagüeñas esperanzas. Su dulzura , su candor , y su amor ardiente á Falk , interesaron los corazones de sus nuevos amigos. El amor de Falk la habia como elevado á sus ojos. En la sociedad de las mugeres amables é instruidas se desenvolvió su talento ; salió de los lazos en que hasta entonces habia estado cautiva ; y la gracia inseparable aun de sus menores palabras , la daba un hechizo que ella sola ignoraba.

Al dia siguiente de su libertad quiso escribir á Falk para tranquilizarle acerca de su suerte ; pero la confianza que Valentina tuvo con ella la noche anterior , detuvo su pluma. Gustavo tambien se opuso á que se diese cuenta de este acontecimiento al Comandante.

— Hermosa Claudia , la dijo , á mi es á quien está reservada la dicha de anunciarle que estais libre : permitidme que lo dilate por algun tiempo. Estoy aun ligado por una palabra de honor , que no me es lícito quebrantar : dentro de poco tiempo estaré libre de mi juramento , y el generoso Falk recobrará al propio tiempo á su amada y su amigo. Entretanto que esto se verifica , rogad á vuestra amiga os comuniqué algunos de los preciosos talentos que posee : emplead el tiempo para sorprender á Falk agradablemente.

El proyecto de Gustavo se puso luego en ejecucion. La señora de Steinfur que empezaba á tomar cariño á la amable huérfana , se encargó de su instruccion. La hizo leer á su lado varias poesias , ya sublimes y graves , ya graciosas y ligeras , complaciéndose en formar su diction y dirigir su gusto. La voz

Audia era encantadora , y tenia las me-
 jores disposiciones para la música. Va-
 lentina se propuso enseñarla á tocar el
 piano, sin embargo de haberse buscado
 un hábil profesor de este instrumento
 para que se instruyese mas presto. Com-
 prendia con facilidad las lecciones : su
 razon y su talento eran como la arci-
 lla, que manejada por una mano inteli-
 gente , se presta á recibir todas las for-
 mas que se le quiere dar. La naturaleza
 la habia dotado de una fácil intelligen-
 cia , y el estudio la costaba poco. Su ob-
 jeto principal era el de agradar á Falk.
 y con semejantes deseos ¿que obstácu-
 los no habria superado ?

En Falkenstein se levantaba al salir el
 sol , y como no habia perdido esta cos-
 tumbre en la residencia , tenia el tiempo
 necesario para dedicarse á sus distintas
 ocupaciones. Todos los dias escribia á
 Valentina y á Gustavo, para aprender de

Jaudia era encantadora , y tenia las mejores disposiciones para la música. Valentina se propuso enseñarla á tocar el arpa , sin embargo de haberse buscado un hábil profesor de este instrumento para que se instruyese mas presto. Comprendia con facilidad las lecciones : su corazon y su talento eran como la arcilla , que manejada por una mano inteligente , se presta á recibir todas las formas que se le quiere dar. La naturaleza la habia dotado de una fácil inteligencia , y el estudio la costaba poco. Su objeto principal era el de agradar á Falk , y con semejantes deseos ¿ que obstáculos no habria superado ?

En Falkenstein se levantaba al salir el sol , y como no habia perdido esta costumbre en la residencia , tenia el tiempo necesario para dedicarse á sus distintas ocupaciones. Todos los dias escribia á Valentina y á Gustavo , para aprender de

Claudia era encantadora , y tenia las mejores disposiciones para la música. Valentina se propuso enseñarla á tocar el arpa , sin embargo de haberse buscado un hábil profesor de este instrumento para que se instruyese mas presto. Comprendia con facilidad las lecciones : su corazon y su talento eran como la arcilla , que manejada por una mano inteligente , se presta á recibir todas las formas que se le quiere dar. La naturaleza la habia dotado de una fácil inteligencia , y el estudio la costaba poco. Su objeto principal era el de agradar á Falk , y con semejantes descos ¿ que obstáculos no habria superado ?

En Falkenstein se levantaba al salir el sol , y como no habia perdido esta costumbre en la residencia , tenia el tiempo necesario para dedicarse á sus distintas ocupaciones. Todos los días escribia á Valentina y á Gustavo , para aprender de

este modo á coordinar sus ideas. En poco tiempo sus cartas adquirieron cierto colorido de originalidad, en que se mezclaba un profundo sentimiento de melancolía, y un amor tan tierno como heróico. Todos sus escritos llevaban el sello de su alma: cada palabra expresaba los sentimientos de su corazón.

Presto sus modales participaron de la mudanza de su espíritu: se hizo más grave: hablaba poco, pero cuanto decía iba lleno de sentido y expresado con dignidad. Sucesivamente víctima de la opresión, exaltada por un reconocimiento apasionado, y en fin enternecida por los testimonios de una amistad generosa, no pensaba ni hablaba sino de una manera sublime. Una palabra, una mirada, una lágrima bastaban para desenvolver en ella un sentimiento. El estudio de la música la era muy fácil. Su afición por este arte encantador era

tremada. Aprendió sin trabajo su mecanismo: pero el seguir las notas de las canciones que otros habían escrito, le fue mucho más difícil. Pasaba horas enteras en el arpa, y trataba de expresar con los sonidos todos los pensamientos que agitaban tan vivamente su corazón.

La señora de Steinfurt veía con el placer de una madre los asombrosos progresos de Claudia. Esta respetable señora había pasado toda su vida en el gran mundo, y su alma oprimida por la desgracia, había permanecido tierna y sensible. Sus conversaciones con Claudia fueron para ella una especie de escuela de la ciencia de vivir. La jovialidad y franqueza de Gustavo y de Valentina daban á las lecciones de su instructora, una dulce y apacible alegría; y apenas eran pasados diez meses, cuando ya Claudia estaba considerada como el ornamento de la sociedad. Había conser-

vado sus virtudes ; sus gracias y belleza la daban mayor realce ; todos cuantos la veían esclamaban : « *Es verdaderamente irresistible.* »




CAPITULO XI.
**EL ADMINISTRADOR DE BRUCHSTEDT.**

HABIA algunos meses que Falk estaba de vuelta de su expedicion caballeresca, sin haber podido adquirir ninguna noticia del paradero de Claudia. Las diligencias practicadas por la autoridad en todo el distrito fueron tan infructuosas como las del Comandante: de lo que infirió que la fugitiva no ocultaria con tanto cuidado su morada, si no hubiese sido gustosa en romper para siempre las relaciones con su familia; y este pensamiento confirmó su idea de que habia partido de toda su voluntad.

Un sombrío pesar se apoderó entonces

de Falk ; ya no visitaba la sala de armas ; montaba rara vez á caballo , y nunca á Relámpago ; pasaba dias enteros encerrado en su aposento , en donde el fiel Jorge y el buen Rector eran los únicos que tenian derecho á entrar. Este último trataba de consolarle recurriendo para ello á la filosofía , y leyéndole algunos rasgos heroicos de los antiguos ; para mas estimularle á la resignacion , le citaba su propio ejemplo : pero estos discursos , lejos de cicatrizar las profundas heridas del corazon de Falk , solo servian para abrirlas con mas fuerza , pues á cada paso le recordaban tambien la pérdida de su único amigo. Jorge por el contrario , ardiente defensor de Claudia , sabia dulcificar mejor las penas de su amo , consolándose algun tanto al oir la apologia de la jóven fugitiva.

Un dia en que se hallaba mas atormentado que nunca por el pesar , dijo con viveza á Jorge :

—¿De que diantres me sirve lamentarme y suspirar por una cosa que ya no tiene remedio? ¿Porque he de pasar mi vida en la inaccion, sin pensar si hay otras personas que, como yo, sean presa del dolor y de la amargura? Buen Jorge, mi conducta actual no es la de un hombre juicioso: quiero salir de este estado de apatía y mirar por el bienestar de mis semejantes. Ayer me dijiste no sé que cosa del jóven Bichter; repítemelo.

Jorge refirió que Bichter amaba á la hija de un rico labrador vecino suyo; y que este no queria concederle la mano de su hija á causa de su pobreza.

— ¡Ay triste Bichter! dijo Falk suspirando: tambien yo sé lo que se padece cuando uno quiere unirse á una muger que ama, y se oponen obstáculos á su dicha. Llámale, Jorge, que yo le daré los medios para conseguirlo. Ay! cuan dichoso le considero, pues no necesita

mas que un poco de oro para remover todos los estorbos. Dentro de un mes, Dios mediante, celebrará su matrimonio.

Con efecto, antes del término señalado por Falk hubo boda en Falkenstein. Bichter y su esposa se presentaron á su señor para manifestarle su reconocimiento, y quisieron besar sus pies. Mas Falk se opuso á ello, y los despidió colmándoles de bendiciones. Al verlos partir, no pudo menos de decir á Jorge :

—Amigo mio, ya lo ves, estoy condenado á ver la felicidad de otros sin morir de pena. Yo tambien me pondria de rodillas, y aun consentiria gustoso en ver correr la sangre de mis miembros desgarrados, si á semejante precio pudiese algun dia estrechar á Claudia contra mi corazon. Ay! me siento tan débil como un niño: los pesares me quitan toda energía: es menester no pensar en ella.

tres meses he pasado en una inaccion vergonzosa , y casi me he olvidado del buen Lindner. Ensilla , Jorge , los caballos y vamos á Bruchstedt.

Falk encontró á Lindner ocupado en el cultivo de sus bienes , y todo manifestaba que la cosecha seria abundante. Jacobina , vestida como una simple labradora , cuidaba del manejo interior de la casa , disponiendo las cosas con tal orden y prudencia , que en sus manos tomaban una nueva forma. Los paisanos , que hasta entonces no conocieron mas que avaros administradores , empezaban á concebir por Lindner una verdadera estimacion : miraba por sus intereses , como un tierno padre por el de sus hijos ; sus rebaños y el ganado vacuno se aumentaban prodigiosamente ; y no se pasaba un dia sin que Lindner dejase de disponer nuevos desmontes del terreno.

La mayor parte de las jóvenes de la

aldea acudían diariamente por espacio de dos horas á casa de Lindner , para tomar lecciones de Jacobina de coser , hacer media y otras labores domésticas. Lindner y el Párroco , sugeto de no vulgar instruccion , iban por las tardes á una casa donde los paisanos tenían costumbre de reunirse : allí ponderándoles las ventajas de la agricultura , les prescribía los trabajos que debían emprender , de los cuales podrian sacarse conocidas utilidades , enseñándoles los nuevos descubrimientos aplicables á esta ciencia ; de que resultaba que estas conversaciones ; estableciendo entre todos los lazos de la confianza y de la confraternidad , evitaban las pependencias , frutos inseparables de la ociosidad. El anciano maestro de escuela , que ya no podia dirigir la educacion de los niños , pasó á vivir en compañía de Lindner , donde gozaba una pensión suficiente para atender á sus necesi-

sidades, del reposo y consideracion debidos á su edad, y á sus largas tareas. Le habia sucedido en el destino un jóven tan modesto como sabio, á quien el nuevo administrador habia asegurado en nombre de Falk un buen estipendio. Siempre que pásaba por delante de la escuela no dejaba de visitarla, procurando llevar consigo uno ó dos padres de familia para que por sí mismos juzgasen del adelantamiento de sus hijos. Cuatro meses habia que estaba establecida, y Falk vió con gusto y sorpresa que en tan corto tiempo ya empezaban los niños á leer y escribir medianamente, por lo que suplicó á Lindner fuese tambien á dirigir á los habitantes de Falkenstein, pues allí se dispendiaba mucho dinero sin utilidad de nadie.

El regocijo que tuvo Falk al ver las operaciones de Lindner dispò por algun

tiempo su tristeza; mas pronto volvió á aparecer con mas fuerza. Lindner, que notó la mudanza de humor de su amigo, fue á visitarle y le preguntó con el mayor interés qué era lo que turbaba de aquella manera su tranquilidad.

—No debo ocultároslo, amigo Lindner, contestó : un dia me dijisteis que el destino os habia tratado con bastante dureza; pues sabed que no me ha tratado á mí con menos. He perdido todo lo que hacia mi felicidad en esta vida... una jóven á quien amaba como hija, y acaso como si fuese mas, es quien causa mis tormentos. No, nadie es tan desgraciado como yo, por los afectos de su corazón.

—Señor de Falk', respondió Lindner, yo soy tan digno de lástima como vos... si he conservado á mi hija... he perdido la certidumbre de verla dichosa.

— Porque?

— Perdonad, señor de Falk , á un padre que acaba de dejar escapar una parte de su secreto dolor..... Mi intencion era deciros únicamente que no erais vos el solo desgraciado.

— ¡ Que diantre , Lindner ! ¿ Y creiais calmar mi pena haciéndome semejante confianza ? Jamás he podido creer que esto sea parte de alivio , y lejos de endulzar mi dolor el que otros padecen , me hace aun mas desgraciado. Pero Lindner , hablad : ¿ que temores os agitan sobre la suerte futura de vuestra hija ? ¿ Necesitais un apoyo ? contad con el mio. ¿ Os falta dinero ? yo lo tengo á vuestra disposicion.

Lindner estrechó silenciosamente entre sus brazos al noble Falk.

— ¡ Hombre generoso ! dijo al fin , si un misterio cuya revelacion seria perjudicial no atase mi lengua , os abriria enteramente mi corazon ; no obstante ,

quiero instruiros de una parte de mi secreto. Juradme por vuestro honor que no tan solo no hablaréis de lo que voy á confiaros, sino que tampoco exigiréis de mí que os refiera hechos que indispensablemente debo callar.

— Lindner, esta es mi mano.

— Basta : ¿habeis oido hablar de un tal Siegler, encargado de los negocios de vuestra cuñada en Salen?

— Sí... y de diversas maneras.

— Ese Siegler, soy yo.

— Vos?... Ya no dudo, querido amigo, de lo que en vuestro favor he oido á los vasallos de Steinau ; mas, ¿porqué habeis abandonado...

— Ese es mi secreto, y del cual pende el reposo de mi vida. Yo confio en que mi nombre jamás saldrá de vuestra boca : básteos saber que lo que uno de los hermanos me ha arrebatado... el otro lo devuelve, y con creces. En fin, ve

tro hermano, ó mas bien su esposa solamente, que es quien lo ha manejado todo, no tuvo tanta culpa en un principio; las consecuencias han sido espantosas... Pero hoy que he adquirido vuestra confianza y amistad, olvido mi injuria: al ver vuestras penas se ha abierto una llaga que aun no estaba bien cerrada: el tiempo la cicatrizará.

— Vuestras palabras, Lindner, me admiran y me afligen, y ya que yo no puedo segun decís, reparar vuestras desgracias, al menos quiero con mi afecto indemnizaros de ellas, esperando que en todo caso contaréis conmigo hasta la muerte.

Lindner estrechó la mano del buen Falk exclamando:

— Sí, todo se ha concluido

— ¡Todo! En verdad que si no hubiese dado mi palabra de honor, yo... Alix es mi hermano, vos sois mi amigo, y

por Dios que no sé cual de estos dos títulos sea mas sagrado en su presencia. Esplicadme, Lindner, ¿porque este nombre conmueve tan dulcemente mi corazón? Yo aprecio tanto la nobleza como mi cuñada; y sin embargo, cuando reflexiono que todos los dias se coloca detrás de mi silla durante la comida un amigo á quien solo le falta poseer un pergamino para sentarse á mi lado, enviaria la nobleza al Diablo si pudiese. Este amigo es Jorge: en vano le he dicho que no quiero me sirva á la mesa; me parece que aun cuando le viese con el grado de coronel y lleno su pecho de honrosas condecoraciones, no por eso le profesaria mayor afecto.

—Los generosos sentimientos que manifestais, señor Comandante, provienen de que vuestra nobleza es aquella que Dios imprime en los corazones, y no la que los hombres cifran en un pedazo de piel de oveja.

—Vos me adulais, Lindner; pero cuando miro al rededor mio, y cuento con tres amigos, mi Rector, Jorge y vos, ay! yo contaba con otro, que si se presentase delante de mí, le recibiria con el sable y las pistolas... El amor y la amistad no me han ido propicios hasta ahora; mas no importa. «Dios, dice la sagrada Escritura, recompensa siete veces mas, en comparacion de las tribulaciones que envia.» Esta es mi única esperanza: tambien quiero imitar en adelante vuestro ejemplo. El trabajo, segun me asegurais, nos distrae de nuestros mayores disgustos; yo no puedo trabajar, pero os acompañaré en vuestras ocupaciones; y cuando haya cesado de latir mi corazon, y la imágen de aquella que amo no perturbe su quietud, ¡ojalá que mis vasallos sigan mi ataúd vertiendo lágrimas, y esclamen en medio de sus súplicas: «Wenceslao de Falk poseia un co-

razon humano : ¡ Dios le tenga en su descanso !..... • ¡ Inmensa bondad ! Con esto ¿ no estaré yo recompensado siete veces de todos mis padecimientos ? Vamos , vamos ; no quiero que me devore por mas tiempo el disgusto : buen Lindner , ayudadme á vencer este enemigo de mi tranquilidad. *

Una semana despues de esta conferencia , Falk fue á pasar un poco de tiempo en Bruchstedt. El primer , dia despues de la comida , mandó Lindner á su hija cantase para distraer á su huésped. Jacobina se prestó gustosa á los deseos de su padre , que acompañó su melodiosa voz con la flauta. Su dulce armonia disipó un poco el pesar de Falk : sin embargo al acostarse no pudo reprimir algunos suspiros , ni dejar de pronunciar en voz baja los nombres de *Gustavo* y de *Claudia*.

De vuelta á su castillo , se apresuró

poner en ejecucion algunos preceptos que habia recibido de Lindner. El Comandante iba con frecuencia á casa de su amigo , seguido del fiel Jorge , única persona que tenia licencia de acompañarle. La conducta misteriosa de Falk exasperaba al mas alto grado la curiosidad de Irene. Ya no se trataba de paseos á caballo , de partidas de caza , ni otras diversiones : no veia á su primo mas que á las horas de comer , y esto aun rara vez. Su desesperacion crecia por momentos ; todos sus proyectos se desvanecian como el humo , y lejos de haber adelantado con la ausencia de Claudia , se encontraba mas distante del término adonde se habia propuesto llegar. De buena gana hubiera ido á Bruehstedt , si Falk con gesto amenazador no se lo hubiese prohibido : pero hizo tantas y tan activas pesquisas , que al fin llegó á descubrir que Lindner , el nuevo admi-

nistrador de Bruchstedt, era una especie de filósofo que todo lo gobernaba según su voluntad; que el Comandante pasaba algunas tardes en compañía de este hombre en el salón de la posada en medio de los habitantes de la aldea, y que Lindner por último era padre de una hermosa doncella.

«¡Triste de mí! exclamó al saber esta última nueva: ¿con que apenas me veo libre de una, ya otra ocupa su lugar?» Entonces creyó haber descubierto la causa de ir solo á Bruchstedt, sin otra compañía que la de Jorge. «Sin duda, decía entre sí, es para que nadie presuma que va á ver á su querida. Sin detenerse escribió á Steinau, esta noticia; mas la Baronesa contenta con haber alejado á Claudia, conocia demasiado bien á su cuñado para concebir la menor inquietud por lo venidero. Sabia por Laufer el éxito de sus maquinaciones; y aunque

no salió según sus deseos, estaba tranquila sobre las consecuencias de aquella aventura, por presumir que el joven Mayor bajo cuya protección vivía Claudia, lo había hecho movido por amor, y que se desposaría con ella. La Baronesa había conseguido su fin, que era separar á Claudia del lado de Falk.

Mientras que el Comandante lloraba la pérdida de unos objetos que tanto amaba, Irene ardía de furor por no poder trastornar sus nuevos amores. La Baronesa cantaba su triunfo; pero se acercaba el tiempo en que la suerte iba á mostrarse mas propicia al buen Falk.



Advertencia del Traductor.

Como en el curso de esta obra se hace varias veces mérito de los tribunales privados y de los francos jueces , me ha parecido conveniente dar una noticia del origen de una institucion tan temible como extraordinaria , y que en el siglo XIV llegó á adquirir un poder tan formidable , que hizo temblar á toda la Alemania. La siguiente noticia está sacada de la que el ilustrado teniente coronel don Bernardo Maria de la Calzada puso al principio de su traduccion de la obra titulada : Herman de Unna.

• El origen de los francos condes y francos jueces sube hasta el reinado de Carlo Magno. Pretendian haber sido sustitutos

de los comisarios imperiales que iban anualmente, y aun con mas frecuencia, á los torneos del Imperio. Cualquiera podia quejarse á ellos de los gobernadores de las provincias y demas oficiales, y tambien litigar las causas cuya decision se reservaba esclusivamente al emperador. Y como parece que no era permitido á los magistrados ordinarios condenar á los delincuentes á mayor pena que una multa, juzgaban aquellos comisarios soberanamente casi todos los negocios, y solo ellos tenian derecho de imponer en nombre del emperador penas corporales, ya contra aquellos cuyos delitos no eran perdonables, ya contra los culpados de rebelion por haberse resistido á pagar la multa sentenciada por los jueces ordinarios.

Dos especies de procedimientos exigia la naturaleza de aquella comision: uno público, y otro privado. Sortilegios, ma-

gia y robos de iglesia eran delitos irremisibles, y para ellos se tomaban informes reservados; pudiéndose deducir de aquí que si las primeras juntas del tribunal se celebraban en público, había otras en que á nadie se admitia.

Como aquellos comisarios no podian detenerse mucho en un mismo lugar, se formaban los procesos sumariamente, eligiendo en cada distrito dos personas de probidad conocida, y algunas veces mas. Se les tomaba juramento; se les encargaba luego examinar los delitos de los acusados; y por su relacion se les sentenciaba definitivamente. Ocultábase con cuidado al pueblo el nombre de los jurados, para que no se desconfiase de ellos; de manera, que se vivia en perpetua inquietud, llegando la desconfianza á tanto de no fiarse un hermano de otro.

Si se comparan estas comisiones extraordinarias que estableció Carlo Mag-

no, con el tribunal privado posterior, se hallará entre ellas una semejanza total.

Las secciones de este se llamaban *asunto franco*; el sitio en que se celebraban; *tribunal franco*; el comisario, *franco conde*; y los jurados, *francos jueces*. El Duque de Sajonia, jefe soberano de los comisarios del tiempo de Carlo Magno, lo era tambien de los tribunales francos, y por ello tenia el derecho de patronato sobre cada silla y la nominacion del franco conde, que recibia despues del emperador á titulo de feudo, con la investidura de su cargo.

En este tribunal, así como en el antiguo, se juzgaba de toda especie de delito, y se recibian quejas contra los que rehusaban defenderse delante de sus jueces naturales. Por último, á imitacion del antiguo tribunal, se celebraban juntas públicas en campo raso, y otras se-

cretas en que se trataba de los asuntos principales , de donde le vino el nombre de *tribunal privado*. El pueblo no conocia á los jueces francos , quienes se obligaban con un juramento terrible á entregar padres , hermanos , parientes y amigos , sin excepcion , en el caso de ser denunciados al tribunal privado ; y entonces los francos jueces tenian obligacion de decir lo que sabian sobre el negocio de que se trataba , y de citar á los culpados , y si lo ordenaba la sentencia , de ahorcarlos donde los encontrasen. Los miembros de este tribunal mantenian así la autoridad del emperador como comisarios imperiales en todo el Imperio , sin atender á los derechos del pais á donde los ejercitaban : y si hubieran subsistido mas tiempo , habrian destruido cualquiera otra superioridad territorial.

Ya se habló en el año de 1211 , poco despues de la estincion del gran ducado

de Sajonia, del mencionado establecimiento como de cosa conocida; y acaso los francos jueces antes de dicho tiempo deducian su poder de los duques de Sajonia, que sin duda los nombraban en calidad de gefes soberanos de los comisarios imperiales. Parece, pues que los tribunales privados no fueron públicos hasta despues de estinguido este ducado. Ninguno de los principes del Imperio quiso ya sufrir en sus estados una comision imperial independiente de su autoridad: y cada uno procuró por lo mismo hacerse gefe de aquella comision. Solo el Arzobispo de Colonia, que obtuvo el ducado de Westfalia, se opuso á la empresa; y tanto hizo, que le reconocieron en toda la Westfalia por gefe supremo de los tribunales privados. Nombró por cierto tiempo los francos condes de aquel pais, y recibieron de él la investidura de su representacion.

Así subsistieron bastante tiempo estos establecimientos; pero á fines del siglo xiv, ó á principios del xv, adquirieron tan formidable poder, que tembló de ellos la Alemania. No es ponderacion si se dice que llegó á haber entonces en el Imperio mas de cien mil francos jueces, que usando de todo medio, castigaban de muerte á cualquiera condenado por su tribunal. Siempre que en Baviera, Austria, Franconia y Suabia alguno rehusaba comparecer ante sus jueces naturales, se recurria luego á cualquiera de los francos tribunales de Westfalia, donde se daba una sentencia que sabida por el Orden de los francos jueces ponía en movimiento cien mil asesinos que habian jurado no perdonar á parientes ni amigos

Si viajando un franco juez con algun amigo suyo condenado por el tribunal, intentaba salvarle avisándole del peligro

que corria , y dñciéndole únicamente la fórmula que entonces se usaba en tales ocasiones , que era : «En otra parte se come tan buen pan como aqui ; » desde aquel mismo instante los francos jueces sus hermanos se veian obligados por el juramento á colgar al traidor siete pies mas alto que cualquiera otro delincuente condenado al mismo suplicio. Nada podia objetarse contra las sentencias de aquel tribunal : se ejecutaban inmediatamente con mucha puntualidad y obediencia , aunque el culpado fuese el mas honrado del mundo ; y esto indujo á cuantos eran nobles y ricos á agregarse á aquel Orden. Cada principe tenia algunos francos jueces en su consejo , y lo mismo hacian los magistrados de las ciudades imperiales. El número de los francos jueces en Alemania era infinito , pues en el pleito que la ciudad de Osnabruck sostuvo contra

Conrado de Langen , que lo perdió , se contaron en el tribunal privado cerca de trescientos individuos , una parte de la nobleza inmediata , y otra de meros ciudadanos. Muchos príncipes se hicieron recibir en la Asociación , tales como el Duque de Baviera , el Margrave de Brandenbourg y otros.

Júzguese de la obediencia servil que exigía de sus miembros el tribunal privado por las siguientes palabras del Duque de Brunsvick , que era uno de los francos jueces : « Preciso será , decía , que yo mande ahorcar al duque Adolfo de Sclawie si viniese á verme , porque sino mis hermanos me ahorcarán. »

Difícilísimo era sustraerse á los procedimientos de tan espantoso tribunal ; porque como sus miembros no eran conocidos , acechaban el instante en que un príncipe salía de su palacio , un caballero de su casa , ó un ciudadano de

su pueblo, para ir durante la noche á fijar en su puerta la órden de comparecer delante del tribunal. Si renovada esta formalidad por tres veces no se presentaba, era condenado: pero antes de cumplir la sentencia se le citaba por última vez, y luego se le entregaba á aquel ejército invisible de francos jueces que le perseguían hasta quitarle la vida.

Cuando un individuo de la Corporación era tan pusilánime que no se atrevía á prender á un delincuente y ahorcarlo, tenía obligación de no perderle de vista hasta encontrar con otros congregantes que desempeñasen por él aquella comision, quienes le auxiliaban sin mas informe que el de algunas señas de convenio. Ahorcaban á los desventurados proscriptos de un árbol, usando en lugar de cuerda de una rama de sauce; pero nunca los ejecutaban en la horca porque querían demostrar que obraban

en virtud de comision imperial, y no bajo la autoridad de ningun señor particular; y si se veian forzados por las circunstancias á matar al culpado á puñaladas ó de otro modo, ataban entonces el cadáver á un árbol, dejando el cuchillo para que se supiese que no era asesinato sino ejecucion de un franco juez.

Todas sus operaciones se ocultaban bajo un velo impenetrable, y aun se ignora con que señal se conocian entre sí los *sabios*, nombre que se les daba, como tambien los mas de sus reglamentos. Aunque el emperador era considerado como gefe supremo de aquel Orden, estaba prohibido revelarle lo que pasaba en el tribunal privado: solo cuando preguntaba si habian condenado á alguno se le contestaba *sí* ó *no*; pero cuando se informaba del nombre del sugeto no podia decirsele. Prueba de esto son las

respuestas que los francos condes dieron al emperador Roberto el año de 1104.

El emperador, ó el duque su representante, habian de crear forzosamente los francos jueces en la tierra roja, esto es, en Westfalia, y esto habia de hacerse en un tribunal franco con asistencia de dos ó tres francos jueces, que servian de testigos. Pero el sentido misterioso que ocultaban las palabras *tierra roja* no ha podido hasta ahora explicarse. Acaso llamaban así á la Westfalia porque el fondo del escudo de sus armas de Sajonia, era de color rojo. Los francos jueces estaban muy adictos á sus fórmulas, y tanto, que cuando quiso el rey Wincelao crear francos jueces en Westfalia por su sola autoridad, y el emperador Roberto preguntó como se comportaban con ellos los verdaderos francos jueces, le respondieron «que ahorcando sin detencion á los recién llegados.»

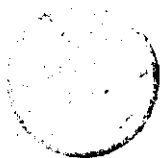
Solo el emperador podia dar salvo' conducto á los que condenaba el tribunal privado ; y esta fue una reserva que Carlo Magno insertó en sus Capitulares.

La superioridad territorial que insensiblemente adquirieron los príncipes en sus estados fue la causa verdadera de la caída de estos tribunales. Trabajaron tanto en destruir un establecimiento independiente de su autoridad, que al fin lo consiguieron ; pero no lo han abolido totalmente las leyes del Imperio : lo que sí han hecho ha sido limitarle á su uso primitivo , y circunscribirle á ciertos distritos. Aun hoy dia da el Emperador en feudos tribunales francos, y se encuentran muchos en el condado de la Marck y en el ducado de Westfalia ; pero han perdido su autoridad , porque solo ejercen sus funciones en nombre del soberano en cuyos estados viven.

Es verosímil que la anarquía que en-

cuces reinaba en el Imperio fue causa del aumento prodigioso que tuvo el poder de los tribunales á fines del siglo xiv ó á principios del xv. La Cámara de Vetzlar y el Consejo áulico ya no subsistian , de modo que ningun particular podia hallar justicia ni en los príncipes ni en los estados del Imperio. Así fue que los tribunales privados corrigieron algun tiempo los vicios de la Confederacion germánica , y lograron hacerse temibles y respetables.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



1891

1891

